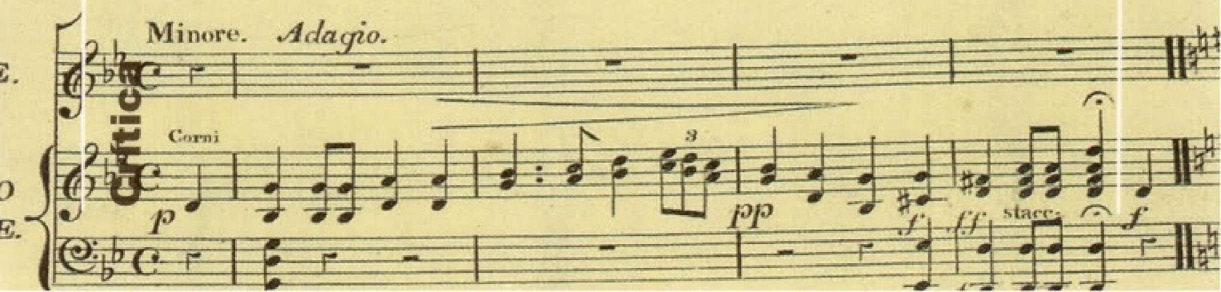


ERIC HOBSBAWM

Los ecos de la Marsellesa

THE

CELEBRATED MARSEILLAISE HYMN.



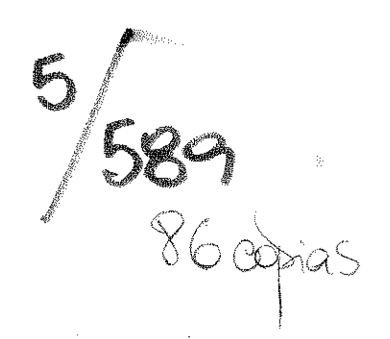
86

19

E. J. HOBSBAWM

LOS ECOS DE LA MARSELLESA

Traducción castellana de
BORJA FOLCH



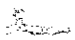
EDITORIAL CRÍTICA
BARCELONA

1

Título original:
ECHOES OF THE MARSEILLAISE.
Two Centuries Look Back on the French Revolution
Verso, Londres y Nueva York

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-542-1
Depósito legal: B. 8.768-1992
Impreso en España
1992. –NOVAGRÀFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona



AGRADECIMIENTOS

Este libro es una versión algo ampliada de las tres conferencias del ciclo Mason Welch Gross que di en la Rutgers University de New Brunswick, New Jersey, en abril de 1989. De ahí en primer lugar que esté en deuda con esta universidad por haberme invitado; con la Rutgers University Press, por sugerir que se publicasen; y tal vez más que con nadie, con el fallecido Richard Schlatter, eminente historiador y buen amigo, que tuvo la iniciativa de invitarme. La mayor parte de la redacción de las conferencias y su posterior elaboración la llevé a cabo, bajo condiciones que rayaban en una utópica perfección, en el Centro J. Paul Getty para la Historia del Arte y de las Humanidades de Santa Mónica, California, donde estuve como profesor invitado en la primavera de 1989. Quiero hacer constar mi gratitud a esa institución y a los colegas y amigos que estuvieron allí durante aquellos meses. Ferenc Féher me brindó la ocasión de hacer una exploración preliminar de algunos de los temas que se tratan aquí al pedirme que colaborara en el número especial dedicado a la Revolución francesa de Social Research*, la revista de la New School for Social Research (56, n.º 1, primavera de 1989), cuyos alumnos escucharon pacientemente mis clases sobre «La revolución en la historia». Uno de ellos, Fred*

Longenecker, me ayudó en la investigación de las publicaciones periódicas del siglo XIX y principios del XX. La lectura de comentarios franceses recientes sobre la Revolución suministró la adrenalina necesaria.

E. J. H.

PREFACIO

En enero de 1989 las librerías disponían en sus catálogos de más de un millar de títulos en francés listos para el bicentenario revolucionario. El número de obras publicado desde entonces, así como las publicadas en otros idiomas, entre los cuales el inglés es el más importante con diferencia, debe ser de varios centenares. ¿Tiene sentido aumentar esta cifra? El presente ensayo tiene la excusa de estar basado en las Conferencias Mason Welch Gross de Rutgers, la Universidad Estatal de New Jersey, celebradas en 1989, año en que la Revolución francesa fue materia obligada al cumplirse su segundo centenario. De todos modos, explicar no es justificar. Tengo dos justificaciones.

La primera es que la nueva literatura sobre la Revolución francesa, especialmente en su país de origen, es extraordinariamente sesgada. La combinación de la ideología, la moda y el poder de los medios publicitarios permitió que el bicentenario estuviera ampliamente dominado por quienes, para decirlo simplemente, no gustan de la Revolución francesa y su herencia. Esto no es nada nuevo (en el primer centenario probablemente se publicó más en contra de la Revolución que a su favor), sin embargo, en cierto modo no deja de ser sorprendente oír a un primer ministro (socialista) de la República Francesa (Michel Rocard) dando la bienvenida al bicentenario «porque

convenció a mucha gente de que la revolución es peligrosa y que si puede evitarse, tanto mejor».[1] Se trata de admirables sentimientos que probablemente las más de las veces expresan un amplio consenso. Los tiempos en que la gente corriente desea que haya una revolución, y no digamos hacerla, son poco frecuentes por definición. Con todo, uno habría pensado que hay momentos (1789 fue uno), y el señor Rocard sin duda pudo haber pensado en varios de ellos si su mente hubiese volado hacia el este de París, donde los pueblos han dado muestras de querer conseguir Libertad, Igualdad y Fraternidad.

La novedad de la situación actual es que hoy el recuerdo de la Revolución se ve rechazado por quienes no están de acuerdo con ella, porque consideran que la tradición principal de la historiografía revolucionaria francesa desde aproximadamente 1815 debe rechazarse por ser marxista y haber demostrado ser inaceptable, en el campo erudito, por una nueva escuela de historiadores «revisionistas». («Mientras, las carretas* recorren las calles para recoger a la vieja guardia [de historiadores] y la muchedumbre lleva en alto la cabeza de Marx clavada en una pica», según apunta un historiador reaccionario, acertado al percibir el humor de los tiempos, aunque ignorante del tema.)[2]

En efecto, ha habido notables progresos en investigación, principalmente en los años setenta, obra las más de las veces de historiadores británicos y norteamericanos, tal como pueden verificar los lectores de la revista *Past and Present*, que ha publicado artículos de la mayoría de eruditos innovadores.[3]

1. Publicado en *Le Monde* (11 de enero de 1988).
* Se refiere a las carretas para llevar a los condenados a la guillotina. (*N. del t.*)
2. Jonathan Clark en el suplemento literario del *Sunday Times* (21 de mayo de 1989), p. 69.
3. Puesto que este autor, escéptico ante el revisionismo político, ha estado relacionado con este periódico, no se me puede acusar de falta de interés en los nuevos rumbos de la investigación histórica de la Revolución.

No obstante, es erróneo suponer que este nuevo trabajo requiera que se eche a la basura la historiografía de todo un siglo, y aún sería un error más grave suponer que las campañas ideológicas contra la Revolución se basan en esta investigación. Se trata de diferentes interpretaciones de lo que tanto los nuevos como los viejos historiadores a menudo aceptan como los hechos mismos. Por otra parte, las variadas y a veces conflictivas versiones «revisionistas» de la historia revolucionaria no siempre proporcionan una mejor orientación sobre el papel histórico y las consecuencias de la Revolución que las versiones anteriores. Sólo algunos de los revisionistas creen que es así. En realidad, algunas de las nuevas versiones ya dan muestras de caducidad, tal como lo harán otras a su debido tiempo.

El presente ensayo es una defensa, así como una explicación, de la vieja tradición. Una de las razones para escribirlo ha sido la irritación que me han suscitado sus detractores. La segunda, y más importante, es que aborda un tema sorprendentemente desatendido: la historia, no de la propia Revolución, sino de su recepción e interpretación, su herencia en los siglos XIX y XX. La mayoría de especialistas de este campo (entre los que no me cuento) están demasiado cerca de los acontecimientos de 1789-1799, o de cualquier otra fecha que se elija para definir el período revolucionario, como para preocuparse demasiado por lo que aconteciera después. Sin embargo, la Revolución francesa fue una serie de acontecimientos tan extraordinaria, reconocida en seguida universalmente como los cimientos del siglo XIX, que parte de la historia de la Revolución es lo que el siglo hizo de ella, igual que la póstuma transformación de Shakespeare en el mayor genio literario británico es parte de la historia de Shakespeare. El siglo XIX estudió, copió, se comparó a sí mismo con la Revolución francesa, o intentó evitar, repetir o ir más allá de ella. La mayor parte de este breve libro aborda este proceso de asimilar su experiencia y sus enseñanzas, las cuales, por supuesto, están le-



jos de haberse agotado. Es una satisfactoria ironía de la historia que cuando los liberales franceses, ansiosos por distanciarse de un pasado jacobino, declaraban que entonces la Revolución ya no tenía nada que decir, la inmediata pertinencia de 1789 en 1989 estaba siendo observada por estudiantes de Pekín y miembros recién elegidos del Congreso de Moscú.

Y sin embargo, a cualquier estudioso de la recepción e interpretación de la Revolución en el siglo XIX tiene que chocarle el conflicto entre el consenso de ese siglo y, al menos, alguna de las investigaciones revisionistas modernas. Incluso si tenemos en cuenta el sesgo ideológico y político de los historiadores, o la simple ignorancia y falta de imaginación, esto hay que explicarlo. Los revisionistas tienden a sugerir que en realidad la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia, y que sin duda no se trató de cambios para mejorar. Además, fue «innecesaria», no en el sentido de que fuera evitable, sino porque tuvo resultados modestos (incluso negativos) con un coste desproporcionado. Pocos observadores del siglo XIX e incluso menos historiadores habrían comprendido, y mucho menos aceptado, esta opinión. ¿Cómo vamos a explicar[nos] que hombres inteligentes e informados de mediados del siglo XIX (como Cobden o el historiador Sybel) dieran por sentado que la Revolución incrementó drásticamente el crecimiento económico francés y que creó un amplio cuerpo de satisfechos campesinos propietarios?[4] No se tiene la misma impresión al leer muchas de las investigaciones actuales. Y, aunque las de los contemporáneos por sí mismas no tengan peso y puedan ser invalidadas por investigaciones modernas serias, tampoco deben ser descartadas como mera ilusión o error. Es bastante fácil demostrar que, tal como se miden actualmente las depresiones económicas, las décadas que

4. Véase E. J. Hobsbawm, «The Making of a Bourgeois Revolution», *Social Research*, 56, n.º 1 (1989), pp. 10-11.

van de mediados de los años setenta a los primeros años noventa del siglo pasado no eran de ninguna forma una era de crisis económica secular, y mucho menos una «Gran Depresión», lo cual hace que nos debamos explicar por qué personas por otra parte sensibles y con opiniones bien fundadas sobre la realidad económica, insistieran en que lo fueron. Entonces, ¿cómo podemos explicar la divergencia, a veces considerable, entre los puntos de vista nuevos y viejos?

Un ejemplo tal vez nos ayude a explicar cómo ha podido suceder. Actualmente, entre los historiadores económicos ha dejado de estar de moda pensar que la economía británica, y mucho menos cualquier otra economía, experimentara una «revolución industrial» entre 1780 y 1840, no tanto debido a los motivos ideológicos que llevaron al gran experto en estadística de datos biológicos Karl Pearson a rechazar la discontinuidad porque «ninguna reconstrucción social que vaya a beneficiar permanentemente a cualquier clase de la comunidad está provocada por una revolución», sino porque los cambios en el índice del crecimiento económico y la transformación de la economía que tuvieron lugar, o incluso su mero incremento cuantitativo, simplemente no parecen suficientemente grandes ni repentinos a nuestro juicio para justificar semejante descripción. De hecho, es fácil mostrar que, en los términos de los debates entre historiadores cuantitativos, esto no fue una «revolución».

En ese caso, ¿cómo se explica que el término *Revolución industrial* se incorporara al vocabulario tanto en la Francia como en la Gran Bretaña de 1820 junto con el nuevo léxico originado por el reciente concepto de *industria*, hasta el punto de que antes de 1840 la palabra ya fuera «un término de uso corriente que no precisa explicación» entre los escritores sobre problemas sociales?[5] Por otra parte, está claro que personas

5. «Schon mit einer gewissen Selbstverständlichkeit gebraucht», Ernst Nolte, *Marxismus und Industrielle Revolution*, Stuttgart, 1983, p. 24.

5

inteligentes e informadas, entre las que se contaban hombres con una gran experiencia práctica en tecnología y manufactura, predijeron (con esperanza, temor o satisfacción) la completa transformación de la sociedad por medio de la industria: el *tory* Robert Southey y el fabricante socialista Robert Owen incluso antes de Waterloo; Karl Marx y su *bête noire*, el doctor Andrew Ure; Friedrich Engels y el científico Charles Babbage. Parece claro que estos observadores contemporáneos no estaban meramente rindiendo tributo a la contundente novedad de las máquinas de vapor y de los sistemas de fabricación, ni reflejando la alta visibilidad social de lugares como Manchester o Merthyr, atestiguada por las sucesivas llegadas de visitantes continentales, sino que estaban sorprendidos, ante todo, por el ilimitado *potencial* de la revolución que ellos personificaban y la *velocidad* de la transformación que predijeron correctamente. En resumen, tanto los historiadores escépticos como los contemporáneos proféticos tenían razón, aunque cada grupo se concentrara en un aspecto diferente de la realidad. Uno hace hincapié en la distancia entre 1830 y los años ochenta, mientras que el otro subrayó lo que vio de nuevo y dinámico más que lo que vio como reliquias del pasado.

Hay una diferencia similar entre los observadores contemporáneos y los comentaristas posnapoleónicos de la Revolución francesa, así como entre historiadores que se mantuvieron en su camino y los revisionistas actuales. La pregunta sigue planteándose: ¿cuál de ellos es más útil para el historiador del siglo XIX? Apenas cabe dudarlo. Supóngase que deseamos explicar por qué Marx y Engels escribieron un *Manifiesto comunista* prediciendo el derrumbamiento de la sociedad burguesa mediante una revolución del proletariado, hija de la Revolución industrial de 1847; por qué el «espectro del comunismo» obsesionó a tantos observadores en los años cuarenta; por qué se incluyeron representantes de los trabajadores revolucionarios en el Gobierno Provisional francés tras la Revolución de 1848, y los políticos consideraron brevemente si la bandera de la nueva república tenía que ser roja o tricolor. La historia que se limita a contarnos lo alejada que estaba la realidad de la Europa occidental de la imagen que de ella se tenía en los círculos radicales sirve de muy poco. Sólo nos dice lo obvio, a saber, que el capitalismo de 1848, lejos de estar en las últimas, apenas estaba empezando a entrar en juego (tal como incluso los revolucionarios sociales no tardarían en reconocer). Lo que precisa una explicación es cómo fue posible que alguien tomara en serio la idea de que la política francesa, y tal vez la de todas partes, se convirtiera en una lucha de clases entre empresarios burgueses y asalariados, o de que el propio comunismo pudiera considerarse a sí mismo y ser temido como una amenaza para la sociedad burguesa, a pesar del escaso desarrollo cuantitativo del capitalismo industrial. Sin embargo así fue, y no sólo por parte de un puñado de impulsivos.

Para los historiadores que quieran contestar preguntas sobre el pasado, y tal vez también sobre el presente, es indispensable una interpretación histórica arraigada en el contexto contemporáneo (tanto intelectual como social y político; tanto existencial como analítico). Demostrar mediante archivos y ecuaciones que nada cambió mucho entre 1780 y 1830 puede ser correcto o no, pero mientras no comprendamos que la gente se vio a sí misma como habiendo vivido, y como viviendo, una era de revolución (un proceso de transformación que ya había convulsionado el continente y que iba a seguir haciéndolo) no comprenderemos nada sobre la historia del mundo a partir de 1789. Inevitablemente, todos nosotros formulamos por escrito la historia de nuestro tiempo cuando volvemos la vista hacia el pasado y, en cierta medida, luchamos en las batallas de hoy con trajes de época. Pero quienes *sólo* escriben sobre la historia de su propio tiempo no pueden comprender el pasado y lo que éste trajo consigo. Incluso

pueden llegar a falsear el pasado y el presente sin que sea esta su intención.

Esta obra se ha escrito con el convencimiento de que los doscientos años que nos separan de 1789 no pueden pasarse por alto si queremos comprender «la más terrible y trascendental serie de acontecimientos de toda la historia ... el verdadero punto de partida de la historia del siglo XIX», para utilizar palabras del historiador británico J. Holland Rose. Y comparto la opinión de que el efecto de esta Revolución sobre la humanidad y su historia ha sido beneficioso, con el convencimiento de que el juicio político es menos importante que el análisis. Después de todo, tal como dijo el gran crítico literario danés Georg Brandes a propósito del apasionado ataque contra la Revolución que hiciera Hippolyte Taine en *Los orígenes de la Francia contemporánea*, ¿qué sentido tiene pronunciar un sermón contra un terremoto? (¿O a favor de él?)

E. J. HOBSBAWM

Santa Mónica y Londres, 1989

1. UNA REVOLUCIÓN DE LA CLASE MEDIA

El subtítulo de este libro es «Dos siglos recuerdan la Revolución francesa». Mirar hacia atrás, hacia adelante o en cualquier otra dirección siempre implica un punto de vista* (en el tiempo, el espacio, la actitud mental u otras percepciones subjetivas). Lo que veo desde la ventana que se abre sobre Santa Mónica mientras escribo esto es harto real. No me estoy inventando los edificios, las palmeras, el aparcamiento que hay seis pisos más abajo, ni las colinas de la lejanía, apenas visibles a través del *smog*. Hasta este punto los teóricos que ven toda la realidad puramente como una construcción mental en la que el análisis no puede penetrar están equivocados, y al decir esto al principio, estoy colgando mis colores conceptuales en una especie de mástil. Si la historia sobre la que escribimos no fuera discernible de la ficción, ya no habría lugar para la profesión de historiador, y la gente como yo habría desperdiciado su vida. No obstante, es innegable que lo que veo desde mi ventana, o al volver la vista hacia el pasado, no es sólo la realidad que existe ahí fuera o allá atrás, sino una selección muy específica. Es a la vez lo que *puedo* ver físicamente des-

* Se refiere al subtítulo de la edición original: *Two Centuries Look Back on French Revolution*. El autor hace un juego de palabras con *to look back on*, recordar o rememorar, y *to look back*, mirar hacia atrás. (*N. del t.*)

de el punto en que me encuentro y bajo determinadas circunstancias (por ejemplo, si no voy al otro lado del edificio no puedo mirar en dirección a Los Ángeles, así como no podré ver gran cosa de las colinas hasta que mejore el tiempo) y lo que me *interesa* ver. De la infinidad de cosas que son objetivamente observables ahí fuera, de hecho sólo estoy observando una selección muy limitada. Y por supuesto, si volviera a observar exactamente el mismo panorama desde la misma ventana en otro momento, podría centrar mi atención en otros aspectos de él; o lo que es lo mismo, podría hacer una selección diferente. Sin embargo, es casi inconcebible que yo, o cualquier otro que estuviera mirando por esta ventana en *cualquier* momento mientras el paisaje permanezca como es ahora, no viera, o para ser más precisos no advirtiera, algunos elementos ineludibles del mismo: por ejemplo, el esbelto chapitel de una iglesia que está justo al lado de la mole insulsa de un edificio de dieciocho plantas, y la torre cúbica que hay en el terrado del mismo.

No quiero insistir en esta analogía entre mirar un paisaje y mirar hacia una parte del pasado. En cualquier caso, vamos a regresar a la cuestión que he intentado abordar a lo largo de estas páginas. Como veremos, lo que la gente ha leído sobre la Revolución francesa durante los doscientos años transcurridos desde 1789 ha variado enormemente, sobre todo por razones políticas e ideológicas. Pero ha habido dos cosas que han suscitado la aceptación general. La primera es el aspecto general del paisaje que se observa. Prescindiendo de las distintas teorías sobre el origen de la Revolución, todo el mundo está de acuerdo en que se produjo una crisis en el seno de la antigua monarquía que en 1788 condujo a la convocatoria de los Estados Generales (la asamblea que representaba a los tres estados del reino, el clero, la nobleza y el resto, el «Tercer Estado») por primera vez desde 1614. Desde que se establecieron, los principales acontecimientos políticos permanecen inalterados: la transformación de los Estados Generales, o más bien del Tercer Estado, en Asamblea Nacional y las acciones que terminaron visiblemente con el Antiguo Régimen: la toma de la Bastilla, la prisión real, el 14 de Julio; la renuncia de la nobleza a sus derechos feudales el 4 de agosto de 1789; la Declaración de Derechos; la transformación de la Asamblea Nacional en la Asamblea Constituyente que entre 1789 y 1791 revolucionó la estructura administrativa y la organización del país, introduciendo de paso el sistema métrico en el mundo, y que redactó la primera de las casi veinte constituciones de la Francia moderna, una monarquía constitucional liberal. Asimismo tampoco existe desacuerdo alguno sobre los hechos de la doble radicalización de la Revolución que tuvieron lugar después de 1791 y que condujeron, en 1792, al estallido de la guerra entre la Francia revolucionaria y una coalición variable de potencias extranjeras contrarrevolucionarias, y a insurrecciones contrarrevolucionarias interiores. Este estado de cosas se mantuvo casi sin interrupción hasta 1815. Asimismo llevó a la segunda revolución de agosto de 1792, la cual abolió la monarquía e instituyó la República (una era nueva y totalmente revolucionaria en la historia de la humanidad) simbolizada, con un pequeño retraso, por un nuevo calendario. Empezando en el año I, el calendario abolió la antigua división en semanas y dio nuevos nombres a los meses para ocasionar dolores de cabeza a los estudiantes de historia a pesar de ser también útiles mnemotecnias. (La nueva era y su calendario duraron sólo doce años.)

El período de la revolución radical de 1792 a 1794, y especialmente el período de la República jacobina, también conocida como el «Terror» de 1793-1794, constituyen un hito reconocido universalmente. Como también lo es el final del Terror, el famoso Nueve de Termidor, fecha del arresto y ejecución de su líder Robespierre (aunque ningún otro período de la Revolución ha suscitado opiniones más encontradas que este).

El régimen de liberalismo moderado y corrupción que asumió el poder durante los cinco años siguientes carecía de una base de apoyo político adecuada, así como de la capacidad para restituir las condiciones necesarias para la estabilidad y, una vez más todo el mundo está de acuerdo, fue sustituido el famoso Dieciocho de Brumario de 1799 por una dictadura militar apenas disimulada, la primera de muchas en la historia moderna, como resultado del golpe de Estado de un joven general ex radical de éxito, Napoleón Bonaparte. La mayoría de historiadores modernos dan por terminada la Revolución francesa en este punto. Aunque, tal como veremos, durante la primera mitad del siglo XIX, el régimen de Napoleón, en todo caso hasta que en 1804 se proclamó a sí mismo emperador, generalmente fue considerado como la institucionalización de la nueva sociedad revolucionaria. El lector tal vez recuerde que Beethoven no retiró la dedicatoria a Napoleón de la 3.ª sinfonía, la *Heroica,* hasta que éste hubo dejado de ser el jefe de la República. La sucesión de los acontecimientos básicos, así como la naturaleza y los períodos establecidos de la Revolución, no se discuten. Cualesquiera que sean nuestros desacuerdos sobre la Revolución y sobre sus hitos, en la medida en que vemos los mismos hitos en su paisaje histórico, estamos hablando de lo mismo. (Lo cual no siempre sucede en historia.) Si mencionamos el Nueve de Termidor, todos aquellos que tengan un mínimo interés en la Revolución francesa sabrán lo que significa: la caída y ejecución de Robespierre, el final de la fase más radical de la Revolución.

La segunda noción sobre la Revolución universalmente aceptada, al menos hasta hace muy poco, es en cierto modo más importante: la Revolución fue un episodio de una profunda importancia sin precedentes en la historia de todo el mundo moderno, prescindiendo de qué es exactamente lo que consideramos importante. Fue, retomando la cita de Holland Rose, «la más terrible y trascendental serie de acontecimientos de

toda la historia ... el verdadero punto de partida de la historia del siglo XIX; pues este gran trastorno ha afectado profundamente la vida política y más aún la vida social del continente europeo».[1] Para Karl von Rotteck, historiador liberal alemán, en 1848 no había «un acontecimiento histórico de mayor relevancia que la Revolución francesa en toda la historia del mundo; de hecho, casi ningún acontecimiento de una grandeza semejante».[2] Otros historiadores eran menos extremistas, limitándose a pensar que era el acontecimiento histórico más importante desde la caída del Imperio Romano en el siglo V d. C. Algunos de los más cristianos o, entre los alemanes, los más patrióticos, estaban dispuestos a compararla con las Cruzadas y la Reforma (alemana), pero Rotteck, que tuvo en consideración otros candidatos como la fundación del Islam, las reformas del papado medieval y las Cruzadas, los desdeñó. Para él, los únicos acontecimientos que habían cambiando el mundo en la misma medida eran el cristianismo y la invención de la escritura y de la imprenta, y éstos habían cambiado el mundo *gradualmente*. Pero la Revolución francesa «convulsionó abruptamente y con una fuerza irresistible el continente que la vio nacer. También se extendió hacia otros continentes. Desde que se produjo, ha sido virtualmente el único asunto digno de consideración en la escena de la historia del mundo».[3]

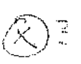
Por consiguiente, podemos dar por sentado que la gente del siglo XIX, o al menos la sección culta de la misma, consideraba que la Revolución francesa era extremadamente importante; como un acontecimiento o una serie de acontecimientos de un tamaño, escala e impacto sin precedentes. Esto no se debió sólo a las enormes consecuencias históricas que resulta-

1. J. Holland Rose, *A Century of Continental History. 1780-1880*, Londres, 1895, p. 1.
2. *Allgemeine Geschichte vom Anfang der historischen Kenntnisz bis auf unsere Zeiten*, vol. 9, Brunswich, 1848, pp. 1-2.
3. *Ibidem.*

ban obvias para los observadores, sino también a la espectacular y peculiarmente drástica naturaleza de lo que tuvo lugar en Francia, y a través de Francia en Europa e incluso más allá, en los años que siguieron a 1789. Thomas Carlyle, autor de una temprana, apasionada y colorista historia de la Revolución escrita en los años treinta del siglo pasado, pensaba que la Revolución francesa en cierto modo no era sólo una revolución europea (la veía como predecesora del *cartismo*) sino el gran *poema* del siglo XIX; un equivalente real de los mitos épicos de la antigua Grecia, sólo que en lugar de escribirlo un Sófocles o un Homero, lo había escrito la vida misma.[4] Era una historia de terror, y de hecho el período de la República jacobina de 1793-1794 todavía se conoce como el Terror, a pesar de que, dados los estándares actuales de las matanzas, sólo mató a una cantidad de gente relativamente modesta: tal vez unas cuantas decenas de miles. En Gran Bretaña, por ejemplo, esta fue la imagen de la Revolución que estuvo más cerca de apoderarse de la conciencia pública, gracias a Carlyle y a la obra de Dickens (basada en una idea del primero) *Historia de dos ciudades*, seguida de los epígonos de la literatura popular como *La Pimpinela escarlata* de la baronesa d'Orczy: el golpe de la cuchilla de la guillotina, las mujeres *sans-culottes* tejiendo impasibles mientras veían caer las cabezas de los contrarrevolucionarios. *Citizens*, de Simon Schama, *best-seller* de 1989 escrito para el mercado anglófono por un historiador británico expatriado, sugiere que esta imagen popular sigue estando viva. Era una historia de heroísmo y de grandes hazañas, de soldados harapientos liderados por generales veinteañeros que conquistaban toda Europa y que precipitaban a todo el continente y a los mares a casi un cuarto de siglo de guerra prácticamente ininterrumpida. Produjo héroes y

4. Véase Barton R. Friedman, *Fabricating History: English Writers on the French Revolution*, Princeton, 1988, p. 117.

villanos que fueron leyendas vivas: Robespierre, Saint-Just, Danton, Napoleón. Para los intelectuales produjo una prosa de una fuerza y una lucidez maravillosamente lacónica. En resumen, fuera lo que fuere la Revolución, era un gran espectáculo.

Pero el principal impacto de la Revolución sobre quienes la rememoraban en el siglo XIX, así como en el XX, no fue literario sino político, o más en general, ideológico. En este libro examinaré tres aspectos de este análisis retrospectivo. Primero, enfocaré la Revolución francesa como una revolución burguesa; de hecho, en cierto sentido, como el prototipo de las revoluciones burguesas.  A continuación, la analizaré como modelo para las revoluciones posteriores, especialmente para las revoluciones sociales o para quienes quisieron llevarlas a cabo.   Y por último, examinaré las cambiantes actitudes políticas que han quedado reflejadas en las conmemoraciones de la Revolución francesa celebradas entre su primer y su segundo centenario, así como su impacto sobre quienes escribieron y escriben su historia. 

Actualmente, no sólo está pasado de moda ver la Revolución francesa como una «revolución burguesa», sino que muchos historiadores excelentes considerarían que esa interpretación de la Revolución es refutable e insostenible. De modo que, aunque no tendría ninguna dificultad en mostrar que los primeros estudiosos serios de la historia de la Revolución, que dicho sea de paso vivieron durante el período que va de 1789 a 1815, la vieron precisamente como tal, tendré que decir una palabras preliminares sobre la fase actual del revisionismo histórico que tiene por objeto a la Revolución, y que fue iniciado por el difunto Alfred Cobban de la Universidad de Londres a mediados de los años cincuenta. El revisionismo llegó a ser un movimiento importante en 1970, cuando François Furet y Denis Richet criticaron las ideas establecidas sobre la historia revolucionaria, tal como

se enseñaban desde la cátedra de la Sorbona (establecida con este propósito casi un siglo antes).[5] En el último capítulo, volveré sobre la sucesión canónica de profesores que defendieron la Revolución y la República. Ahora lo importante es observar que el ataque revisionista se dirigió principalmente contra lo que se consideraba como una (o mejor como *la*) interpretación marxista de la Revolución tal como se formuló en los veinte años anteriores y los veinte posteriores a la segunda guerra mundial. Que se tratara o no de la propia interpretación de Marx es una cuestión relativamente trivial, especialmente porque los exámenes eruditos más completos sobre los puntos de vista de Marx y Engels al respecto muestran que sus opiniones, que nunca fueron expuestas sistemáticamente, a veces eran incoherentes y contradictorias. Sin embargo, merece la pena mencionar de paso que, según los mismos eruditos, el concepto de revolución burguesa (revolución *bürgerliche*) no aparece más de una docena de veces en los treinta y ocho enormes volúmenes que recogen las *Werke*[6] de ambos autores.

La idea que ha suscitado controversia es la que ve el siglo XVIII francés como una lucha de clases entre la burguesía capitalista naciente y la clase dirigente establecida de aristócratas feudales, que la nueva burguesía, consciente de su condición de clase, aprovechó para reemplazar la fuerza dominante de la sociedad. Este parecer veía la Revolución como el triunfo de esta clase, y, en consecuencia, como el mecanismo histórico que terminó con la sociedad aristocrática feudal y que inauguró la sociedad burguesa capitalista del siglo XIX, la cual, estaba

5. François Furet y Denis Richet, *La Révolution Française*, París, 1970 (hay trad. cast.: *La Revolución francesa*, Rialp, Madrid, 1988).

6. Eberhard Schmitt y Matthias Meyn, «Ursprung und Charakter der Französischen Revolution bei Marx und Engels», en Ernst Hinrichs, Eberhard Schmitt y Rudolf Vierhaus, eds., *Vom Ancien Regime zur Französischen Revolution*, Vandenhoeck y Rupprecht, Gotinga, 1978, pp. 588-649.

implícito, no podría haberse abierto paso de otra manera a través de lo que Marx, al hablar de la revolución proletaria que veía destinada a derribar el capitalismo, llamó «el tegumento de la vieja sociedad». En resumen, el revisionismo criticaba (y critica) la interpretación que considera que la Revolución francesa fue esencialmente una revolución social necesaria, un paso esencial e inevitable para el desarrollo histórico de la sociedad moderna, y, por supuesto, como la transferencia del poder de una clase a otra.

No cabe duda de que opiniones de este tipo han sido ampliamente defendidas, y no sólo entre los marxistas. Sin embargo, también hay que decir que los grandes especialistas en historia que defendían esta tradición están lejos de ser reducibles a un modelo tan simple. Por otra parte, este modelo no era específicamente marxista, aunque (por razones que discutiré en el último capítulo) entre 1900 y la segunda guerra mundial, la tradición ortodoxa de la historiografía revolucionaria se encontró a sí misma convergiendo con la tradición marxista. También está claro por qué un modelo como este podía resultar adecuado para los marxistas. Proporcionaba un precedente burgués del futuro triunfo del proletariado. Los obreros eran una nueva clase que había nacido y crecido con una fuerza imparable en el seno de una vieja sociedad, y su destino era hacerse con el poder. Su triunfo también se alcanzaría *inevitablemente* mediante una revolución; y tal como la sociedad burguesa había derrocado al feudalismo que la precedió para tomar el poder, la nueva sociedad socialista sería la siguiente y más alta fase del desarrollo de la sociedad humana. La era comunista aún se adaptaba más a la ideología marxista, dado que sugería que ningún otro mecanismo podía tansformar la sociedad tan de prisa y con tanta trascendencia como la revolución.

No es preciso que resuma las razones que han hecho insostenible esta opinión para describir lo que sucedió en la

11

Francia de finales del siglo XVIII. Limitémonos a aceptar que en 1789 no había una burguesía con conciencia de clase que representara la nueva realidad del poder económico y que estuviera preparada para tomar las riendas del Estado y de la sociedad; en la medida en que una clase como esta puede discernirse a partir de la década de 1780, su objetivo no era llevar a cabo una revolución social sino reformar las instituciones del reino; y en todo caso, no concebía la construcción sistemática de una economía capitalista industrial. Pero aun así, el problema de la revolución burguesa no desaparece, a pesar de haberse demostrado que en 1789 la burguesía y la nobleza no eran dos clases antagónicas bien definidas que lucharan por la supremacía. Citando a Colin Lucas, cuyo trabajo «Nobles, Bourgeois and the Origins of French Revolution» han utilizado con frecuencia los revisionistas franceses, si en 1789 no había dos clases antagónicas bien diferenciadas,

> tenemos que decidir por qué, en 1788-1789, grupos que pueden ser identificados como no nobles combatían con grupos que podemos identificar como nobles, estableciendo con ello los fundamentos del sistema político de la burguesía del siglo XIX; asimismo debemos aclarar por qué atacaron y destruyeron los privilegios en 1789, acabando así con la organización formal de la sociedad francesa del siglo XVIII y preparando de este modo una estructura en cuyo seno podría florecer el desarrollo socioeconómico del siglo XIX.[7]

En otras palabras, tenemos que descubrir por qué la Revolución francesa fue una revolución burguesa aunque nadie pretendiera que lo fuese.

Este problema nunca preocupó a los primeros hombres que vieron la Revolución francesa como una revolución social, una lucha de clases y una victoria burguesa sobre el feudalismo en los años inmediatamente posteriores a la caída de Napoleón. Ellos mismos eran liberales moderados, y, como tales, *bourgeois* sin conciencia de clase; tómese como ejemplo al curioso liberal moderado Tocqueville, que pertenecía a la antigua aristocracia. De hecho, tal como el propio Marx admitió abiertamente, de estos hombres fue de donde sacó la idea de la lucha de clases en la historia.[8] Se trataba esencialmente de historiadores de su propio tiempo. François Guizot tenía veintinueve años cuando Napoleón fue deportado a Santa Helena, Augustin Thierry tenía veinte, Adolphe Thiers y F. A. Mignet diecinueve y Victor Cousin veintitrés. P. L. Roedereder –que vio la Revolución como algo que *ya* se había producido «dans les moeurs de la classe moyenne» («en las costumbres de la clase media»)–, y que escribió sobre la predestinada ascensión secular de las clases medias y la sustitución de la tierra por el capital en 1815) nació en 1754 y tomó parte activa en la propia Revolución.[9] Era un poco mayor que Antoine Barnave, un moderado que fue guillotinado pero cuya «Introducción a la Revolución francesa», escrita mientras esperaba su ejecución, siguió una línea similar. Jean Jaurès utilizó este texto en su *Historia de la Revolución francesa* como fundamento de la interpretación socialista de las clases. Al escribir sobre la Revolución francesa estos hombres estaban formando un juicio sobre lo que ellos habían vivido, y sin duda sobre lo que sus padres, maestros y amigos habían experimentado de primera mano. Y lo que estaban haciendo cuando empezaron a escribir historia a partir de la déca-

7. *Past & Present*, 60 (1973), pp. 469-496; y en Douglas Johnson, ed., *French Society and the Revolution*, Cambridge, 1976, p. 90.

8. De Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, de Marx a Engels, 27 de julio de 1854, de Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 39, Londres, 1983, pp. 62-63, 473-476.

9. Para su (póstumo) «L'Esprit de la Révolution», véase *Oeuvres du comte P. L. Roederer publiées par son fils A.M. Roederer*, París, 1854, vol. 3, pp. 7, 10-11.

da de 1820 era, para citar un texto francés reciente, «celebrar la epopeya de las clases medias francesas».[10]

Esta epopeya, para Guizot y Thierry, así como para Marx, empezó mucho antes de la Revolución. De hecho, cuando los burgueses medievales lograron cierta autonomía respecto de los señores feudales, se constituyeron en el núcleo de lo que llegarían a ser las clases medias modernas.

> La burguesía, una nueva nación, cuyos principios y moral los constituyen la igualdad civil y el trabajo independiente, apareció entre la nobleza y los siervos, destruyendo así para siempre la dualidad social original del antiguo feudalismo. Su instinto para la innovación, su actividad, *el capital que acumuló* [la cursiva es mía], formaron una fuerza que reaccionó de mil modos distintos contra el poder de aquellos que poseían la tierra.[11]

«La continua ascensión del *tiers état* es el hecho predominante y la ley de nuestra historia», pensaba Thierry. La aparición histórica de esta clase, y su ascenso al poder, fue demostrado y ratificado por la Revolución, y aún más por la Revolución de 1830, que Thierry vio como «la providencial culminación de todos los siglos desde el XII».[12]

François Guizot, un historiador sorprendentemente interesante que llegó a ser primer ministro de Francia durante el régimen con conciencia burguesa de 1830-1848, fue incluso más claro. La suma de las emancipaciones locales de burgueses durante la Edad Media «creó una clase nueva y general».

10. Marcel Gauchet, «Les Lettres sur l'histoire de France de Augustin Thierry», en Pierre Nora, ed., *Les Lieux de mémoire*, vol. 2 de *La Nation*, París, 1986, p. 271.

11. Augustin Thierry, *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers Etat*, París, 1853, p. 21.

12. Lionel Gossman, *Augustin Thierry and Liberal Historiography History and Theory*, Beiheft 15, Middletown, 1976, pp. 37-39, para referencias.

Por eso, aunque no había ninguna conexión entre estos burgueses que no compartían una actividad pública común como clase, «los hombres que se hallaban en la misma situación en distintas partes del país, que compartían los mismos intereses y el mismo estilo de vida [*moeurs*], no podían dejar de engendrar vínculos mutuos, una cierta unidad, de donde iba a nacer la burguesía. La formación de una gran clase social, la burguesía, fue la consecuencia necesaria de la emancipación de los burgueses».[13] Y no sólo esto. La emancipación de los municipios medievales produjo la lucha de clases, «esa lucha que llena las páginas de la historia moderna: la Europa Moderna nació de la lucha entre las distintas clases de la sociedad».[14] Sin embargo, la nueva burguesía que se desarrollaba gradualmente se limitaba a lo que Gramsci llamaría su *subalternidad* y que Guizot denominó «la prodigiosa timidez de espíritu de los burgueses, la facilidad con la que se les podía satisfacer».[15] En resumen, la burguesía fue lenta al hacer valer sus derechos como clase dirigente, tardó en demostrar lo que Guizot llamó «ese auténtico espíritu político que aspira a influir, a reformar, a gobernar».[16] En 1829, bajo el gobierno reaccionario de Carlos X, que pronto sería barrido por una auténtica revolución burguesa, era imposible hablar más claramente desde una tarima universitaria.

¿Pero cuál sería el carácter exacto de la sociedad dirigida por la burguesía una vez ésta se decidiera finalmente «a influir, a reformar, a gobernar»? ¿Acaso fue, tal como sigue manteniendo la visión convencional de la Revolución y a pesar del rechazo de los «revisionistas», «la era del capitalismo

13. François Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*, ed. Pierre Rosanvallon, Plueriel, París, 1985, p. 181 (hay trad. cast.: *Historia de la civilización en Europa*, Alianza, Madrid, 1968).

14. *Ibid.*, p. 182.

15. *Ibid.*, pp. 181-184.

16. *Ibid.*, p. 183.

13

liberal basado en la propiedad privada, la igualdad ante la ley y *les carrières ouvertes* (al menos teóricamente) *aux talents*»?[17] No cabe ninguna duda sobre la intención de los portavoces del *tiers état*, por no hablar de los liberales de la Restauración, de instaurar los tres últimos principios. La *Declaración de los Derechos del Hombre* dice otro tanto. Tampoco puede dudarse de lo primero, a pesar de que en 1789 los términos *liberal* y *capitalismo* no existían, o no tenían sus connotaciones modernas, puesto que el término capitalismo no aparece en la lengua francesa hasta después de 1840, en la década en que la recién acuñada expresión *laissez-faire* también pasa a formar parte del vocabulario francés.[18] (No obstante *capitalista*, en el sentido de persona que vive del rédito de una inversión, aparece documentado en 1798.)

Estos hombres estaban a favor de la libertad de empresa, de la no interferencia del gobierno en los asuntos de la economía. El propio hecho de que el eslogan internacional de semejante política («laissez-faire, laissez-passer») sea de origen francés y ya tuviera una antigüedad de varias décadas en 1789 lo sugiere claramente.[19] Como lo hace la popularidad e influencia de Adam Smith cuya *Riqueza de las naciones*, tal como admitirían los propios franceses muy a su pesar, «desacreditó a los economistas franceses que eran la vanguardia mundial ... reinando sin competencia durante la mayor parte del siglo».[20] Hubo al menos tres ediciones en francés de su trabajo antes de la Revolución y otras cuatro se publicaron durante el período revolucionario (1790-1791, 1795, 1800-

17. W. G. Runciman, «Unnecessary Revolution: The Case of France», *Archives européennes de sociologie*, 24 (1983), p. 298.

18. Paul Imbs, ed., *Trésor de la langue française, Dictionnaire de la langue du XIX^e et du XX siècles*, París, 1971, vol. 5 (1977), pp. 143, 144; vol. 10 (1983), p. 927.

19. Se atribuye con más frecuencia a J. C. M. Vincent de Gournay (1712-1759).

20. «Smith, Adam» en *La Grande Encyclopédie*, París, s.d., 30.

1801, 1802, sin contar la primera edición de la obra de su discípulo J.-B. Say *Tratado de economía política* (1803) ya que el autor sólo hizo valer sus méritos con la Restauración) y sólo hubo otras cinco ediciones francesas de *La riqueza de las naciones* desde la caída de Napoleón hasta el final del siglo XIX.[21] Apenas puede negarse que esto demuestra que durante el período revolucionario había un considerable interés por el profeta de lo que hoy sin duda llamaríamos la economía del capitalismo liberal.

Uno no puede siquiera negar que los liberales burgueses de la Restauración apuntaban hacia un capitalismo *industrial* aunque los teóricos de 1789 no pudieran formularlo así. (Pero entonces no busquemos en la gran obra de Adam Smith ninguna anticipación seria de la Revolución industrial, la cual estaba a punto de producirse en su propio país.) Hacia el final del período napoleónico, la conexión entre desarrollo económico e industrialización ya era evidente. El economista J.-B. Say, antiguo girondino, probó suerte con los hilados de algodón y pudo confirmar sus convicciones sobre el mercado libre al enfrentarse a los obstáculos de la política de intervencionismo estatal de Napoleón. Hacia 1814, Saint-Simon ya vio la industria (en el sentido moderno de la palabra) y los industriales (término que acuñó él mismo) como la base del futuro, y el término *Revolución industrial* estaba abriéndose camino en los vocabularios francés y alemán por analogía con la Revolución francesa.[22] Además, el vínculo entre el progreso, la políti-

21. *Catalogue général des livres imprimés de la Bibliothèque Nationale*, París, 1948. Cabe añadir que en ese período se adquirieron también dos ediciones inglesas (1799, 1814), que se sumaron a las tres primeras ediciones que ya estaban allí antes de 1789, así como el compendio (inglés) de la obra (1804). También se publicó una traducción francesa de los *Philosophical Essays* de Smith en 1797.

22. La primera discusión en A. Bezanson, «The Early Use of the Term Industrial Revolution», *Quarterly Journal of Economics*, 36 (1922), pp. 343-349; también Ernst Nolte, *Marxismus und Industrielle Revolution*, Stuttgart, 1983, pp. 23-25.

ca económica y la industria ya estaba claro en las mentes de los jóvenes filósofos liberales. Victor Cousin declaró en 1828: «Las ciencias matemáticas y físicas son una conquista de la inteligencia humana sobre los secretos de la naturaleza; la industria es una conquista de la libertad de volición sobre las fuerzas de esta misma naturaleza ... El mundo tal como las ciencias matemáticas y físicas y, siguiéndolas, la industria, lo han hecho, es un mundo a la medida del hombre, reconstruido por éste a su imagen y semejanza».[23] «La economía política –anunciaba Cousin (es decir, Adam Smith)– explica el secreto, o mejor el detalle, de todo esto; es consecuencia de los logros de la industria, que a su vez están estrechamente relacionados con los de las ciencias matemáticas y físicas.»[24] Y es más,

> la industria no será estática e inmóvil sino progresiva. No se contentará con recibir de la naturaleza lo que la naturaleza esté dispuesta a concederle ... Ejercerá fuerza en la tierra con el objetivo de arrancarle el máximo número de productos y a su vez actuará sobre estos productos para darles la forma que se adapte mejor a las ideas de la época. El comercio se desarrollará a gran escala, y todas las naciones que tengan un papel en esta era serán naciones comerciantes ... Será la era de las grandes empresas marítimas.[25]

No es preciso un gran esfuerzo para reconocer tras las generalidades del discurso del joven profesor el modelo de la sociedad del siglo XIX que tiene en mente: podía verse desde Francia a través del Canal. En breve volveremos a la orientación británica del liberalismo francés.

23. Victor Cousin, *Introduction to the History of Philosophy*, trad. ing. de Henning Gottfried Linberg, Boston, 1832, p. 8.

24. *Cours de philosophie par V. Cousin: Introduction à l'histoire de la philosophie*, París, 1828, pp. 10-12.

25. *Ibid.*, pp. 14-15.

El punto que debe quedar claro ahora no es que la idea de una economía *industrial* como tal no surgió claramente hasta después de la era napoleónica, tal como atestiguan tanto Saint-Simon como Cousin, cuando el concepto general ya era familiar para la izquierda intelectual, sino que apareció como una prolongación natural del pensamiento ilustrado del siglo XVIII. Fue el resultado de la combinación del «progreso de la Ilustración» en general, de la libertad, la igualdad y la economía política junto a los avances materiales de la producción. La novedad residía en hacer depender el triunfo de este progreso del ascenso y el triunfo de una clase específica, la *bourgeoisie*.

¿Pero cuándo encajó en este esquema la Revolución francesa? F. A. Mignet, en su *Historia de la Revolución francesa* de 1824, nos da una respuesta. Siendo la primera obra que mereciera el nombre de historia, al trabajo de Mignet sólo lo precedió un trabajo similar, aunque más amplio, escrito por un hombre que, como Guizot, estaba destinado a los más altos cargos políticos, Adolphe Thiers. En el Antiguo Régimen, mantenía Mignet, los hombres estaban divididos en dos clases rivales: los nobles y «el pueblo» o Tercer Estado, «cuyo poder, riqueza estabilidad e inteligencia aumentaban a diario».[26] El Tercer Estado formuló la Constitución de 1791 instituyendo una monarquía constitucional liberal. «Esta constitución –afirma Mignet– fue obra de la clase media, que en aquellos tiempos era la más fuerte; pues como todo el mundo sabe, el poder dominante siempre toma el control de las instituciones.» En resumen, la clase media era ahora el poder dominante o clase dirigente. Desgraciadamente atrapada entre el rey y la aristocracia contrarrevolucionaria por un lado y «la multitud» por el otro, la clase media fue «atacada por unos e inva-

26. A. F. Mignet, *Histoire de la Révolution française, depuis 1789 jusqu'en 1814*, vol. 1, París, 1898, p. 15.

dida por los otros».[27] Si había que mantener los logros de la revolución liberal, la guerra civil y la intervención extranjera requerían la movilización de la gente común. Pero dado que se necesitaba a la multitud para defender el país, «ésta exigió gobernar el país; de modo que llevó a cabo su propia revolución, tal como la clase media había llevado a cabo la suya». El poder popular no duró. Pero se había alcanzado la finalidad de la revolución liberal a pesar de «la anarquía y el despotismo; durante la Revolución se destruyó la antigua sociedad, y la nueva se estableció bajo el Imperio».[28] Con bastante lógica, Mignet terminó su historia de la Revolución con la caída de Napoleón en 1814.

Por consiguiente, la Revolución se contemplaba como un proceso complejo y en absoluto lineal que, sin embargo, supuso el punto culminante de la larga ascensión de la clase media y que reemplazó la vieja sociedad por otra nueva. La discontinuidad social fundamental que marcó se ha expresado pocas veces de forma más elegante y elocuente que en las obras de Alexis de Tocqueville, cuyos trabajos citan con otros propósitos los historiadores revisionistas. «Nuestra historia –escribió en sus *Recuerdos*–, vista a distancia y en conjunto, configura el cuadro de la lucha a muerte entre el Antiguo Régimen, sus tradiciones, sus conmemoraciones, sus esperanzas y sus hombres, representados por la aristocracia, y la Nueva Francia dirigida por la clase media.»[29] Como Thierry, Tocqueville contemplaba la Revolución de 1830 como una segunda y más afortunada edición de la de 1789 que fue necesaria dada la tentativa de los Borbones por hacer retroceder el reloj hasta 1788. La Revolución de 1830, declaró, fue un triunfo de la clase

27. *Ibid.*, pp. 206, 209.

28. Hay una traducción, probablemente del editor, en Walter Simon, ed., *French Liberalism 1789-1848*, Nueva York, 1972, pp. 139-143.

29. Alexis de Tocqueville, *Recollections*, ed. J. P. Mayer, Nueva York, 1949, p. 2.

media «tan claro y completo que todo el poder político, todas las prerrogativas y todo el gobierno fueron confinados y amontonados entre los estrechos límites de esta clase ... Por consiguiente, no sólo gobernó la sociedad sino que podemos decir que la formó».[30] «La Revolución –como escribió en otra parte– ha destruido completamente, o está en trance de destruir, todo aquello de la antigua sociedad que derive de las instituciones feudales y aristocráticas, todo lo que de una forma u otra tuviera relación con ellas, todo lo que tenga la mínima huella de ellas.»[31]

Ante tales aseveraciones en boca de hombres que al fin y al cabo estaban describiendo la sociedad donde vivían es difícil comprender las opiniones contemporáneas que afirman que la Revolución fue «ineficaz en su resultado», por no mencionar a los historiadores revisionistas que mantienen que «al final la Revolución benefició a la misma elite terrateniente que la había empezado», o que veían a la nueva burguesía «s'insèrer dans une volonté d'identification à l'aristocratie» («participando de una voluntad de identificarse con la aristocracia»).[32] Lo último que se puede decir es que esta fuera la impresión que tenían quienes vivían o visitaban la Francia posrevolucionaria. Al menos en opinión de los observadores extranjeros, así como de Balzac, la Francia posrevolucionaria era una sociedad en la que, más que en ninguna otra, la riqueza era el poder y los hombres se consagraban a acumularla.

Lorenz von Stein, al seguir la pista del surgimiento de la lucha de clases entre burgueses y proletarios en Francia después de la Revolución, incluso concibió una explicación histórica de esta excepcional propensión al capitalismo. Bajo

30. *Ibidem.*

31. Tocqueville, *Ancien Régime*, trad. ing. de M. W. Paterson, Oxford, 1947, p. 23 (hay trad. cast.: *El Antiguo Régimen y la revolución*, Guadarrama, Madrid, 1969).

32. Runciman, «Unnecessary Revolution», p. 318; Jacques Solé, *La révolution en questions*, París, 1988, pp. 273, 275.

Napoleón, razonó, la cuestión crucial de la Revolución, a saber, «el derecho de todo individuo a alcanzar, por sus propios méritos, los puestos más elevados de la sociedad civil y del Estado», se vio reducida a la alternativa de acumular propiedades o hacer carrera en el ejército.[33] El despotismo excluía las demás formas de competencia para alcanzar honores públicos. De modo que Francia se enriqueció «precisamente porque al caer bajo el despotismo del Imperio inauguró el período donde la *riqueza* constituye el *poder* de cada individuo».[34] Cómo explicar esta considerable divergencia entre algunos historiadores de fines del siglo XX y los observadores de principios del XIX es otra cuestión. Sea cual fuere la respuesta, el hecho de que los liberales moderados del primer período vieran las consecuencias de la Revolución francesa en términos completamente distintos que sus sucesores liberales moderados de los años ochenta, no puede eludirse.

Una cosa está clara. En algún momento entre 1814, cuando Mignet terminó su historia, y 1820, los jóvenes liberales de clase media que crecieron con el cambio de siglo leyeron la interpretación de la Revolución francesa como la culminación del ascenso secular de la burguesía hasta la posición de clase dirigente. Adviértase, no obstante, que ellos no identificaban la clase media exclusiva ni esencialmente con los hombres de negocios, a pesar de que tuvieran pocas duda de que, en terminología posterior, la sociedad burguesa de hecho tomaría la forma de una sociedad capitalista y cada vez más industrial. Guizot, una vez más, lo expresó con su habitual lucidez. En el siglo XII, la nueva clase la constituían básicamente mercaderes, pequeños comerciantes («négociants faisant un petit commerce») y pequeños propietarios de casas o de tierra residentes en

33. Lorenz von Stein, *Der Socialismus und Communismus des heutigen Frankreich: Ein Beitrag zur Zeitgeschichte*, 2.ª ed., Leipzig, 1848, pp. 128-129, 131.
34. *Ibidem.*

las ciudades. Tres siglos más tarde, también incluía a los abogados, los médicos, las personas cultivadas de todo tipo y todos los magistrados locales: «la burguesía fue tomando forma con el tiempo, y estaba compuesta por elementos diversos. Tanto su secuencia cronológica como su diversidad a menudo han sido insignificantes en su historia ... Tal vez el secreto de su destino histórico resida precisamente en la diversidad de su composición en los diferentes períodos de la historia».[35]

Sociológicamente, Guizot estaba obviamente en lo cierto. Fuera cual fuese la naturaleza de la burguesía o clase media del siglo XIX, estaba formada por la transformación de varios grupos situados entre la nobleza y el campesinado, que anteriormente no tenían necesariamente mucho en común, en una clase única, consciente de sí misma y tratada por los demás como tal; y muy especialmente por aquellos cuya posición se basaba en la educación (*Besitzbürgertum* y *Bildungsbürgertum*, en la reveladora terminología alemana).[36] La historia del siglo XIX es incomprensible para quien suponga que sólo los empresarios eran «auténticos» burgueses.

La interpretación burguesa de la Revolución francesa llegó a ser la dominante, no sólo entre los liberales franceses sino entre los liberales de todos los países donde «el comercio y el liberalismo», es decir, la sociedad burguesa, todavía no había triunfado (tal como, por supuesto, los liberales pensaban que era su destino en todas partes). En 1817, Thierry pensaba que los únicos países donde había triunfado hasta entonces eran Francia, Inglaterra y Holanda. La afinidad entre los países donde la sociedad burguesa había llegado a ser dominante parecía ser tan estrecha que en 1814 Saint-Simon, el profeta de la industrialización e inventor de la palabra, y Thierry,

35. Guizot, *Histoire de la civilisation*, pp. 181-182.
36. Una discusión completa en Jürgen Kocka y Ute Frevert, eds., *Bürgertum im 19 Jahrhundert*, 3 vols., Munich, 1988, esp. vol. 1, parte 1.

Francia y Gran Bretaña

que por aquel entonces era su secretario, llegaron a vislumbrar un único parlamento anglofrancés que sería el núcleo de un organismo único de instituciones paneuropeas en el seno de una monarquía constitucional paneuropea cuando el nuevo sistema fuera universalmente triunfante.[37]

Los historiadores liberales no sólo observaron la afinidad existente entre Francia y Gran Bretaña sino que también vieron a esta última como en cierto modo predecesora y modelo para Francia. Nada es más sorprendente, dado el habitual galocentrismo de la cultura francesa, que la dedicación de estos hombres a la historia de Gran Bretaña (especialmente Thierry y Guizot, ambos profundamente influidos por Walter Scott). Incluso podría decirse que no sólo vieron la Revolución francesa como una revolución burguesa, sino que hicieron lo mismo con la Revolución inglesa del siglo XIX. (Este es otro de los aspectos de la herencia liberal de la Restauración que más adelante llamaría la atención de los marxistas.) Había una poderosa razón para ello: el precedente inglés ratificaba la postura de los liberales franceses de clase media, cuyo ideal sin duda no era la propia revolución sino, citando de nuevo a Thierry, «el progreso lento pero ininterrumpido», con la convicción de que, con todo, la revolución podía ser necesaria, mientras el ejemplo inglés demostraba que tal revolución tanto podía sobrevivir al equivalente de 1793-1794 (1649 y Cromwell) como evitarlo (1688) para crear un sistema capaz de llevar a cabo una progresiva transformación no revolucionaria.[38]

Los argumentos de Guizot están particularmente claros, pues aunque insistía en la importancia de la lucha de clases en la historia europea, no veía esta lucha como un enfrentamiento que llevara a la victoria completa de unos y a la eliminación

37. Gossman, *Thierry*, p. 40.
38. Thierry, *Tiers État*, pp. 76-77.

de otros, sino (incluso en 1820) como generadora, *dentro de cada nación*, «de un determinado espíritu general, un determinado conjunto de intereses, ideas y sentimientos que triunfan sobre la diversidad y la guerra».[39] Su ideal era la unidad nacional bajo la hegemonía burguesa. Sin duda estaba fascinado por el desarrollo histórico de Inglaterra, donde, más que en cualquier otro lugar de Europa, «los distintos elementos del entramado social [*état social*] se han combinado, han luchado y se han modificado recíprocamente, obligándose permanentemente a consensuar una existencia en común». Donde «el orden civil y religioso, la aristocracia, la democracia, la realeza, las instituciones locales y centrales, el desarrollo político y moral, avanzaron y crecieron juntos, aparejados, tal vez no siempre con la misma velocidad, pero nunca demasiado alejados unos de otros». Y de este modo Inglaterra había sido capaz, «más rápidamente que cualquiera de los estados del continente, de conseguir el anhelo de toda sociedad, es decir, el establecimiento de un gobierno firme y libre a la vez, y desarrollar un buen sentido político así como opiniones fundadas sobre los asuntos públicos. ["Le bon sens national et l'intelligence des affaires publiques."]».[40]

Hubo razones históricas que explicaron esta diferencia entre las revoluciones francesa y británica (fue el tema de la última clase del curso de Guizot), a pesar de que la tendencia fundamental de la evolución de ambos países fue similar. Mientras el feudalismo británico (el «Norman Yoke») fue la conquista de una nobleza normanda sobre una organización política anglosajona estructurada, lo cual trajo aparejada una resistencia popular institucionalizada y estructurada que reivindicaba las anteriores libertades anglosajonas, el equivalente francés había sido la conquista de los nobles francos sobre

39. Guizot, *Histoire de la civilisation*, pp. 182-183.
40. *Ibid.*, pp. 287-288.

una población nativa gala disgregada («nos ancêtres les Gaulois»), que no se resignaba pero que era impotente. Su insurgencia contra los nobles durante la Revolución francesa fue por ello más incontrolada e incontrolable, y en consecuencia dicha revolución fue más terrible y extrema.[41] Así se intentaba explicar lo que tanto chocaba a los historiadores liberales del siglo XIX, es decir, el por qué (en palabras de lord Acton) en Francia «el paso de una sociedad feudal y aristocrática a otra industrial y democrática estaba ligado a convulsiones», lo cual no sucedía en otras naciones (es decir, en Inglaterra).[42] A pesar de eso, los británicos podían servir de modelo para la Francia posterior a 1789: si Gran Bretaña había superado a su Robespierre y/o a su Napoleón (Cromwell) para posibilitar una segunda, pacífica y más decisiva revolución que instaurara un sistema permanente (la Revolución Gloriosa de 1688), Francia podía hacer lo mismo. Podía, y así lo hizo, instaurar la Monarquía de Julio en 1830.

Por lo tanto, en la Francia de la Restauración, los vencedores de la revolución burguesa ya eran moderados en potencia, conscientes de haber alcanzado la victoria decisiva de su clase. Fuera de Francia, lo que resonaba claramente en los oídos de las clases medias eran las exigencias de 1789. A las instituciones de la Edad Media les había llegado la hora, pensaba un historiador liberal alemán. Habían surgido nuevas ideas, y éstas afectaban «ante todo a las relaciones de las clases sociales [*Stände*] en la sociedad humana», siendo la «clase burguesa» [*Bürgerstand*] la que cada vez cobraba más importancia. De ahí que «los hombres empezaran a hablar y escribir sobre los Derechos del Hombre, y a investigar los derechos de quienes

41. Cf. Guizot en Simon, ed., *French Liberalism*, p. 108. Aquí se hace evidente la influencia tanto de la ecuación de Thierry sobre la raza y la lucha de clases como del *Ivanhoe* de Walter Scott.

42. Lord Acton, *Lectures on the French Revolution*, Londres, 1910, p. 2. Las conferencias, publicadas póstumamente, se dieron originalmente en 1895.

basaban sus reivindicaciones en los llamados privilegios».[43] Estas palabras eran términos de lucha en la Alemania de 1830, mientras que en Francia ya habían dejado de serlo. El término *bourgeois*, en Francia, se definía por contraste con el *pueblo* (*peuple*) o los *proletarios* (*proletaires*). En Alemania (en la enciclopedia *Brockhaus* de 1827), se contrastaba con *aristocracia* por un lado y con *campesinado* por el otro, mientras que el término *bürger* cada vez se identificaba más con el término *clase media* y con el francés *bourgeois*.[44] Lo que los liberales alemanes de clase media querían o consideraban necesario era una revolución burguesa. Y lo veían mucho más claro que sus predecesores franceses en 1788, puesto que contaban con los hechos y las experiencias de 1789 como referencia.

Además, los alemanes consideraban que el modelo británico, que los historiadores franceses analizarían *a posteriori*, establecía un mecanismo de transformación histórica muy poderoso y de gran alcance: «¿Acaso es preciso que un gran pueblo, para alcanzar una vida política independiente, para hacerse con la libertad y el poder, tenga que pasar por una crisis revolucionaria? El doble ejemplo de Inglaterra y Francia nos apremia a aceptar esta proposición». Así escribía el liberal germano Georg Gervinus en la víspera de 1848. Él, como muchos de su clase, era al mismo tiempo erudito y activista político.[45]

Como tantas otras ideas que posteriormente serían adoptadas por los marxistas, esta concepción de la necesidad de la

43. Wilhelm Friedrich Volger, *Handbuch der allgemeinen Weltgeschichte*, vol. 2, 2.ª parte: *Neueste Geschichte*, Hannover, 1839, p. 240.

44. «Bürger», *Geschichtliche Grundbergriffe*, ed. O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, Stuttgart, 1972, pp. 715-716.

45. «Revolution», *ibid.*, vol. 5, p. 747. Incluso hacia finales de siglo sucede lo mismo en el *Brockhaus Conversationlexikon*, 13.ª ed., Leipzig, 1886, vol. 13, p. 652, artículo «Revolution». Las revoluciones inglesa y francesa se consideran «las dos catástrofes que señalan el verdadero momento crucial de la vida cultural de Europa, y al que están más o menos vinculados los demás cambios violentos de la época».

19

revolución, establecida mediante una extrapolación histórica (lo que Charles de Rémusat llamaría «una convicción geométrica de que en el mundo moderno existía una ley de las revoluciones»), procedía de los liberales franceses de la Restauración.[46] Desde luego resultaba plausible, y los desarrollos ulteriores no han disminuido su plausibilidad.

En algún momento entre el siglo XVII y mediados del siglo XX, la historia de prácticamente todos los estados «desarrollados» (Suecia es una de las raras excepciones) y de todas las grandes potencias del mundo moderno registran una o más discontinuidades repentinas, cataclismos o rupturas históricas, clasificables bien como revoluciones o bien como inspiradas en las mismas. Sería excesivo achacarlo a una simple combinación de coincidencias, aunque es bastante ilegítimo y evidentemente erróneo inferir que los cambios por rupturas discontinuas sean inevitables en todos los casos.

De cualquier modo, la revolución necesaria de los liberales de la Restauración no debe confundirse con versiones posteriores de la misma. No les preocupaba tanto demostrar la necesidad de la violencia para derrocar un régimen, ni se oponían a la política de proceder gradualmente. Es más, sin duda habrían preferido proceder de este modo. Lo que necesitaban era (*a*) una teoría que justificara la revolución liberal ante las acusaciones de que necesariamente produciría jacobinismo y anarquía, y (*b*) una justificación para el triunfo de la burguesía. La teoría de la revolución necesaria e inevitable les proporcionaba ambos ases, puesto que esquivaba toda crítica. ¿Quién podía discutir contra un fenómeno que escapaba a todo control y voluntad humana, similar al deslizamiento de las placas tectónicas en la Tierra? Por mil razones, pensaba

46. En su *Politique libérale ou défense de la Révolution française* (1860) mencionada en Alice Gérard, *La Révolution française: Mythes et interprétations 1789-1970*, París, 1970, p. 37.

Victor Cousin, la revolución había sido absolutamente necesaria, incluidos sus excesos, los cuales formaban parte de su «misión destructiva». Y para Guizot, «los *shocks* que llamamos revoluciones no son tanto el síntoma de lo que está empezando como la declaración de lo que ya ha tenido lugar», es decir, la ascensión secular de la clase media.[47] Para algunos observadores razonables de la primera mitad del siglo XIX, esta opinión no era del todo insostenible.

De forma progresiva, al enfrentarse a la necesidad de llevar a cabo una revolución burguesa y conscientes de que la posibilidad de realizarla había llegado a Alemania procedente de Francia, incluso para las clases medias alemanas menos extremistas fue más fácil pasar por alto la violencia de la Revolución de lo que jamás lo fue para sus contemporáneos ingleses, quienes (*a*) no necesitaban tomar a Francia como modelo del liberalismo inglés y (*b*) se enfrentaban a la erupción de las fuerzas sociales desde abajo. La imagen de la Revolución francesa que penetró más profundamente en la conciencia británica no fue la de 1789 o la de 1791 sino la de 1793-1794, el «Terror». Cuando Carlyle escribió su *Historia de la Revolución* en 1837, no sólo estaba pagando un tributo a la grandeza del espectáculo histórico, sino que imaginaba lo que podría ser una revuelta de los trabajadores pobres ingleses. Tal como aclaró más adelante, su punto de referencia era el cartismo.[48]



Los liberales franceses, por supuesto, temían los peligros del jacobinismo. Los liberales alemanes lo contemplaban con una calma sorprendente, aunque los radicales germanos, como el joven genio revolucionario Georg Büchner, lo afrontaran

47. *Ibid.*, p. 34.
48. En «Cartism», *Critical and Miscellaneous Essays*, Londres, 1899, vol. 4, p. 149. Carlyle argumenta que la Revolución francesa todavía no se ha completado: «Fue una revuelta de las clases inferiores oprimidas contra las clases superiores opresoras: no sólo una revolución francesa, no; una revolución europea».

sin pestañear.[49] Friedrich List, el paladín del nacionalismo económico alemán, defendió a la Revolución de la acusación de ser una mera erupción de fuerza bruta. Su origen estaba en «el despertar del espíritu humano».[50] «Sólo lo débil e impotente nace sin dolor», escribió otro liberal alemán, estudioso de la Revolución,[51] antes de casarse con una *soubrette** y convertirse en catedrático de economía en la Universidad de Praga.[52]

Así pues, si es innegable que la generación de liberales franceses inmediatamente posteriores a la Revolución la vieron como una revolución burguesa, también está igualmente claro que el análisis de las clases y de la lucha entre ellas que éstos desarrollaron habría sorprendido a todos los observadores y participantes de 1789, incluso a esos miembros del Tercer Estado más resentidos ante el privilegio aristocrático, como Barnave, o, si se me permite, como Fígaro en la obra de Beaumarchais y en la ópera de Mozart y Da Ponte. Fue la propia Revolución la que creó, en el estrato intermedio entre la aristocracia y el pueblo, la conciencia de la *clase media* o *classe moyenne*, un término que de hecho se utilizaría más (excepto en el contexto de su desarrollo histórico) que *bourgeoisie*, especialmente durante la Monarquía de Julio.[53]

49. Especialmente en el extraordinario docudrama *Danton's Tod*.

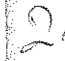
50. Friedrich List, *Schriften, Reden, Briefe*, Berlín, 1932, vol. 1, p. 286. El pasaje no tiene fecha, pero se escribió entre 1815 y 1825.

51. Carl Richter, *Staats und Gesellschaftsrecht der Französischen Revolution von 1789 bis 1804*, Berlín, 1866, vol. 1, p. VIII.

* Actriz especializada en los papeles de camarera o confidenta. (*N. del t.*)

52. Véase Constant V. Wurzbach, *Biographisches Lexicon des Kaiserthums Osterreich*, Viena, 1874, vol. 26, p. 63.

53. Cf. «La classe moyenne est arrivée au pouvoir», Maurice de Guérin, «Correspondance 1824-1839», en *Oeuvres Complètes*, ed. B. d'Harcourt, París, 1947, p. 165 (cita de 1834). Edouard Alletz, *De la démocratie nouvelle ou des moeurs et de la puissance des classes moyennes en France*, París, 1837, 2 vols.: Jules Michelet: «La classe moyenne bourgeoise, dont la partie la plus inquiète s'agitait aux Jacobins», *Histoire de la Révolution française* citada en *Dictionnaire Robert*, París, 1978, vol. 4, p. 533.



Se trataba de una clase media en dos sentidos. Ante todo, el Tercer Estado que se erigió a sí mismo en «nación» en 1789, era, para entendernos, no ya la propia nación sino lo que el abad Siéyès, su más elocuente portavoz, y dicho sea de paso, defensor de Adam Smith, llamó «las clases disponibles» de ese Estado; a saber, en palabras de Colin Lucas, «el grupo sólidamente unificado de los profesionales», el rango medio de la sociedad, que fueron los elegidos como sus representantes. Que ellos también se vieran a sí mismos, con bastante sinceridad, como los representantes de los intereses de toda la nación, e incluso de la humanidad en general, porque defendían un sistema que no se basaba en el interés y el privilegio ni en «los prejuicios y las costumbres, sino en algo que pertenece a todos los tiempos y lugares, en algo que debería ser el fundamento de toda constitución, la libertad y la felicidad del pueblo», no impide que observemos que procedían de un segmento específico del pueblo francés, y que eran conscientes de ello.[54] En palabras de Mignet, si el electorado de 1791 (la revolución de los liberales) se «restringía a los ilustrados», quienes de este modo «controlaban toda la fuerza y el poder del Estado», al ser «los únicos cualificados para controlarlo puesto que sólo ellos tenían la inteligencia necesaria para el control del gobierno», ello se debía a que constituían una elite seleccionada por su capacidad, capacidad que quedaba demostrada por su independencia económica y su educación.[55] Esta elite abierta, basada no en el nacimiento (salvo en la medida en que se consideraba que la constitución física y psicológica de las mujeres las privaba de tales capacidades) sino en el talento, inevitablemente estaba compuesta en su mayoría por los rangos medios de la sociedad (puesto que la nobleza

54. Thierry, *Réorganisation de la société européenne* (1814), mencionado en Gossman, *Thierry*, p. 37.

55. Mencionado en Simon, *French Liberalism*, p. 142.

no era numerosa y su estatus no se consideraba en absoluto vinculado a la inteligencia, mientras que la plebe no tenía educación ni medios económicos). No obstante, dado que uno de los fundamentos esenciales de dicha elite era el libre acceso del talento a cualquier carrera, nada podía evitar que cualquiera que satisficiese los requisitos correspondientes pudiera pasar a formar parte de ella, con independencia de su origen social. Cito de nuevo a Mignet: «Dejemos que compartan los derechos *cuando sean capaces de ganarlos*» (la cursiva es mía).

En segundo lugar, las «clases disponibles» del Tercer Estado, que se convirtieron en las moldeadoras de la nueva Francia, estaban en el medio en otro sentido. Se encontraron a sí mismas enfrentadas política y socialmente tanto con la aristocracia como con el pueblo. El drama de la Revolución, para quienes podemos llamar retrospectivamente los liberales moderados (esta palabra, como su análisis de la Revolución, no apareció en Francia hasta después de la caída de Napoleón),[56] fue que el apoyo del pueblo era imprescindible para enfrentarse a la aristocracia, al Antiguo Régimen y a la contrarrevolución, al tiempo que los intereses de dicho pueblo y los de los estratos medios estaban en serio conflicto. Tal como diría un siglo después A. V. Dicey, el menos radical de los liberales: «Confiar en el apoyo del populacho parisiense implicaba connivencia con ultrajes y crímenes que hacían imposible el establecimiento de instituciones libres en Francia. La represión del populacho parisiense conllevaría una reacción, y con toda

56. Para un estudio general de la evolución de la palabra como término político, véase el artículo «Liberalismus» de Ulrich Dierse en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, ed. Joachim Ritter y Karlfried Gründer, Basilea-Stuttgart, 1980, vol. 5, cols. 257-271, donde se dice que su uso (por futuros liberales como Sieyès y Constant) todavía no era suficientemente específico antes de 1814. El primer grupo político bajo esta etiqueta lo encontramos en España, 1810, donde los diputados se agrupaban en «liberales» y «serviles», y la terminología española sin duda influyó en la suerte que correría el término.

probabilidad, la restauración del despotismo».[57] En otras palabras, sin la multitud no habría nuevo orden; con ella, el riesgo constante de revolución social, la cual pareció convertirse en una realidad por un breve período en 1793-1794. Los forjadores del nuevo régimen necesitaban protegerse de los viejos y los nuevos peligros. Apenas sorprende que aprendieran a reconocerse entre sí en el transcurso de los acontecimientos, y retrospectivamente, en su condición de clase media, al tiempo que comprendían que la Revolución era una lucha de clases contra la aristocracia y contra los pobres.

¿Qué otra cosa podrían haber hecho? La moderna opinión revisionista que sostiene que la Revolución francesa fue en cierto sentido «innecesaria», es decir, que la Francia del siglo XIX habría sido muy parecida a como fue, aunque la Revolución no hubiese tenido lugar, es el tipo de proposición no basada en hechos que resulta tan poco demostrable como plausible. Incluso en el sentido más restringido con el que se argumenta que «el cambio atribuible a la Revolución ... está muy lejos de ser responsable de una movilidad social suficientemente importante como para modificar la estructura de la sociedad», que no fue necesario desbloquear al capitalismo en un Antiguo Régimen que no presentaba serios obstáculos para el mismo, y que si la Revolución francesa hizo algo, ese algo consistió en retrasar los avances posrevolucionarios, es imposible que implique que los moderados de 1789 pudieran compartir esta opinión, aunque sólo sea porque pertenece al discurso de finales del siglo XX y no al de finales del siglo XVIII.[58]

Estaba bastante claro, al menos desde el momento en que se convocaron los Estados Generales, que el programa ilustra-

57. Albert Venn Dicey, «Taine's Origins of Contemporary France», *The Nation*, 12 de abril de 1894, pp. 274-276.

58. Runciman, «Unnecessary Revolution», p. 315; cf. François Furet, *Interpreting the French Revolution*, Cambridge, 1981, p. 119 (hay trad. cast.: *Pensar la Revolución francesa*, Petrel, Barcelona, 1980).

do de reforma y progreso que, en principio, todos los hombres adinerados y con educación aceptaron, fueran nobles o no, no sería llevado a cabo como una reforma dirigida desde arriba por la monarquía (como todos ellos esperaban) sino por un nuevo régimen. Lo llevó a cabo una revolución, a saber, una revolución desde abajo, puesto que la revolución desde arriba, por más deseable que fuera teóricamente, en 1789 ya había dejado de ser una opción, si es que alguna vez había llegado a serlo. De hecho, jamás se habría producido sin la intervención del pueblo llano. Ni siquiera Tocqueville, quien insistía en lo agradable que habría sido que un autócrata ilustrado hubiese llevado a cabo la revolución, llegó a suponer por un momento que tal proceder fuera posible.[59] Y aunque en cada fase del proceso revolucionario surgiese alguien que considerase que las cosas habían llegado demasiado lejos y deseara dar el alto a los acontecimientos, los historiadores liberales de la Restauración, a diferencia de los liberales modernos y de algunos revisionistas, tras haber vivido una gran revolución de primera mano, sabían que semejantes acontecimientos no podían activarse y desactivarse como un programa de televisión. La imagen que esconde la metáfora de Furet del «patinazo» (*dérapage*) es antihistórica, dado que implica que es posible controlar el vehículo: pero la pérdida del control es parte integrante tanto de las grandes revoluciones como de las grandes guerras del siglo XX u otros fenómenos comparables. «Los hombres olvidaron sus verdaderos intereses, sus intereses concretos –escribió Thierry en 1817, refiriéndose a la Revolución–, pero habría sido fútil intentar advertirnos sobre la vanidad de los objetivos que estábamos persiguiendo; ... la historia estaba allí, y podíamos dejarla hablar en nuestro nombre y abominar de la razón.»[60] Mignet lo sabía mejor que algunos de sus des-

59. Tocqueville, *Ancien Régime*, p. 176.
60. Mencionado en Gossman, *Thierry*, p. 39.

cendientes que formaban la familia del liberalismo moderado:

> Tal vez sería osado afirmar que las cosas no pudieron suceder de otra manera; pero lo cierto es que, teniendo en cuenta las causas que la provocaron y las pasiones que utilizó e inflamó, la revolución estaba destinada a tomar ese curso y a alcanzar ese resultado ... Ya no era posible ni evitarla ni *dirigirla* [la cursiva es mía].[61]

En el capítulo 2 volveré a abordar el descubrimiento de la revolución como una especie de fenómeno natural que escapa al control humano, una de las conclusiones más importantes y características que los observadores sacaron de la experiencia de la Revolución francesa.

Sin embargo, precisamente por esta razón, ¿acaso no deberíamos haber supuesto que los liberales moderados de la Restauración, al igual que sus sucesores actuales, lamentaron el incontrolable cataclismo por el que Francia pasó? Si los revisionistas tienen razón cuando consideran que el cuarto de siglo de revolución fue «une péripétie cruelle» de la historia francesa, tras la cual las cosas recuperaron el ritmo lento de los cambios, ¿debe sorprendernos que los moderados a veces denuncien el desproporcionado coste de esos cambios relativamente tan pequeños?[62] ¿Y que incluso den muestras de esa nostalgia por el *Ancien Régime* que quienes visitan regiones de Europa que una vez estuvieron gobernadas por la monarquía de los Habsburgo todavía detectan en los intelectuales de países que se deshicieron de ese yugo en tiempos de sus abuelos o bisabuelos? (¿No deberíamos haber esperado una regresión hacia la monarquía en las masas cuyas vidas se vieron tan convulsionadas a cambio de tan poco?)[63]

61. Mencionado en Simon, *French Liberalism*, pp. 149-151.
62. René Sédillot, *Le coût de la Révolution française*, París, 1987, pp. 282-287.
63. Pero, por supuesto, aunque los escépticos ven un «bilan globalement négatif» en la agricultura, como en cualquier otro sitio; incluso Sédillot no niega que «los campesinos ganaron más de lo que perdieron» (*ibid.*, pp. 173, 266), que es lo que todo el mundo daba por sentado en el siglo XIX.

Pero no hay señales que indiquen que tales reacciones se produjeran.

Los liberales de la Restauración, por más asombrados que estuvieran con lo que había sucedido en su país, no rechazaron la Revolución ni hicieron una apología de la misma. De hecho, un contemporáneo británico conservador vio su historiografía como una «conspiración general urdida contra los antiguos Borbones, una paradójica apología de la vieja Revolución y una provocación encubierta para llevar a cabo otra».[64] El autor en quien pensaba, Adolphe Thiers, a duras penas puede ser acusado de excesivo radicalismo, ni siquiera en la década posterior a 1820.[65] Fueran cuales fueren los excesos de la Revolución, ¿no habría sido peor la alternativa, es decir, la no revolución? François-Xavier Joseph Droz, que vivió el Terror en su juventud, lo expresó así: «No imitemos a esos antiguos que, aterrorizados por la quema del carro de Faetón, suplicaron a los dioses que los dejaran en la permanente oscuridad».[66]

Nada sorprende tanto en los liberales de la Restauración como su rechazo a abandonar siquiera esa parte de la Revolución que no era defendible en aras del liberalismo, que los liberales no deseaban defender, y que sin embargo los moderados habían desbaratado: el jacobinismo de 1793-1794. La Revolución que deseaban preservar era la de 1789, la de la Declaración de los Derechos del Hombre, sobre cuyo intrínseco liberalismo Tocqueville nunca dejó de hacer hincapié, o para ser más concretos, la de los principios de la Constitución

64. *Essays on the Early Period of the French Revolution by the Late John Wilson Croker*, Londres, 1857, p. 2.

65. *Ibidem.*

66. *Nouvelle Biographie Générale*, París, 1855, vol. 13, p. 810. Los lectores del siglo XIX no necesitaban que les dijeran que Faetón era un antiguo astronauta de la mitología griega que fue incinerado cuando su carroza se acercó demasiado al Sol.

de 1791.[67] ¿Pero no fue el propio Guizot quien defendió la Revolución en su totalidad como «el desarrollo necesario de una sociedad en progreso ... la *terrible* pero *legítima* batalla del derecho contra el privilegio? Acaso no fue él quien dijo

> no deseo repudiar nada de la Revolución. No pido que se la disculpe de nada. La tomo como una totalidad, con sus aciertos y sus errores, sus virtudes y sus excesos, sus triunfos y sus infortunios ... Me diréis que violó la justicia, que oprimió a la libertad. Estaré de acuerdo. Incluso participaré en el examen de las causas de tan lamentables digresiones. Y lo que es más: os garantizaré que el germen de estos crímenes estaba presente en el mismísimo origen de la Revolución.[68]

A diferencia de muchos de quienes preparaban, o de quienes dudaban en preparar, la celebración del bicentenario de la Revolución, los liberales de la Restauración, a pesar de toda su moderación, opinaban que «si la consideramos en conjunto, crímenes incluidos, la Revolución mereció la pena».[69]

Una razón que explica esta voluntad de aceptar lo que Thierry, al hablar de la Revolución inglesa, llamó «actos de violencia necesarios», fue, sin duda, que el Terror jacobino fue un episodio corto; un episodio, además, cuyo final impuso la propia Revolución. Los moderados sólo perdieron el control temporalmente. Pero otra razón más poderosa, si cabe, fue que la Revolución seguía pareciendo indispensable, ya que si había sido imprescindible para derrocar el Antiguo Régimen en 1789, la tentativa por restaurarlo, que ellos consideraban que estaba progresando, también tendría que frustrarla una revolución.

67. En la segunda (e incompleta) parte de su *Ancien Régime*. Véase Alan Kahan, «Tocqueville's Two Revolutions», *Journal of the History of Ideas*, 46 (1985), pp. 595-596.

68. Mencionado en Stanley Mellon, *The Political Uses of History: A Study of Historians in the French Restoration*, Stanford, 1958, p. 29.

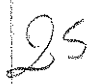
69. *Ibidem.*

Detrás del desarrollo del modelo burgués de la Revolución francesa, cuya pista he seguido a lo largo de la Restauración, se halla precisamente la lucha política de los burgueses liberales moderados contra la intentona reaccionaria de hacer retroceder el reloj de la historia. Esto se les hizo evidente en 1820, cuando los activistas políticos liberales (incluidos todos los nombres que hemos mencionado) tuvieron que abandonar la acción y retirarse a pensar y escribir. El dirigente liberal Royer-Collard, tras la caída del gabinete Decazes, parece ser que se dirigió a aquellos jóvenes intelectuales, diciéndoles: «Escriban libros, ahora mismo no hay nada más que hacer».[70] Así es como surgió la escuela de historiadores formada por Guizot, Thiers, Mignet y demás, aunque cuando la acción volvió a ser plausible, algunos prefirieron permanecer en sus estudios. Estos jóvenes historiadores estaban inmersos en la elaboración de una teoría para llevar a cabo una revolución burguesa. En 1830 la pusieron en práctica.

Llegados a este punto se precisa una aclaración. Debe entenderse claramente que para los liberales moderados, a diferencia de los herederos del jacobinismo, la Restauración de 1814 no fue una desgraciada concesión a la reacción debida a la presión de la derrota, sino exactamente lo que querían. Aunque al principio fuese incierto, los liberales pronto vieron (o encontraron conveniente ver) a Luis XVIII como un monarca constitucional, a pesar de que la apariencia monárquica e internacional se salvó cambiando el término Constitución por el de Carta otorgada generosamente desde arriba.[71] Napoleón había salvaguardado a la burguesía de los dos peligros que la amenazaban, pero pagando un precio: la exclusión de la vida política y la ausencia de derechos del ciudadano. La burguesía no participaba del poder. Según Lorenz von Stein, «seguía habiendo ricos y pobres pero no había una clase dirigente ni una clase dirigida. Sólo había súbditos».[72] Pero la Restauración de 1814 no restauró sólo la monarquía sino también la noción de gobierno constitucional que parecía tan necesaria, y lo hizo sin correr el peligro de un exceso de democracia. Fue como si institucionalizara los logros de la Revolución moderada anterior a 1791 sin la necesidad de una revolución ulterior. Como escribió Guizot, «hoy, revolución y legitimidad tienen en común el hecho de que el objetivo de ambas es preservarse a sí mismas y preservar el *status quo*».[73] Al hacerlo establecieron esa «cooperación franca» mediante la cual «los reyes y las naciones» (Guizot pensaba en Inglaterra, como de costumbre) «han terminado con esas guerras internas que denominamos revoluciones». Guizot culpaba a los reaccionarios no ya de la intención de restaurar un Antiguo Régimen que ya no tenía posibilidad de revitalizarse, sino de que corriera el riesgo de que las masas volvieran a la acción, una acción que podía llegar a ser tan necesaria como peligrosa e impredecible. A la burguesía le gustaba Luis XVIII porque «la casa de Borbón y sus partidarios [ahora] no pueden ejercer un poder absoluto; bajo ellos Francia tiene que ser libre».[74] En resumen, se trataba de una salvaguardia mejor y más deseable que Napoleón contra el Antiguo Régimen y la democracia. Y el régimen de 1830, esa revolución que se llevó a cabo como una auténtica revolución burguesa y que instituyó un régimen consciente de sí mismo y con conciencia de clase, con un rey que llevaba una chistera en lugar de una corona, fue una solución todavía más deseable. Incluso pareció resolver el problema crucial del liberalismo burgués moderado, a saber, el control

70. Gossman, *Thierry*, p. 7.
71. Véase Mellon, *Political Uses of History*, pp. 47-52, para su línea de razonamiento.

72. Stein, *Der Socialismus*, p. 133.
73. Mencionado en Simon, *French Liberalism*, p. 110.
74. *Ibid.*, pp. 112-113.



de la movilización revolucionaria de las masas. Como luego se vio, no lo había logrado.

De hecho, la Revolución fue necesariamente moderada (1789) y jacobina (1793-1794). Toda tentativa de escisión, aceptar a Mirabeau pero rechazar a Robespierre, es poco realista. Por supuesto, esto no significa que uno y otro deban considerarse semejantes, como hacían los conservadores del siglo XIX: «el jacobinismo, llamado ahora liberalismo», escribía el ideólogo protestante holandés Isaac Da Costa (1798-1860) en 1823.[75] Los ideólogos del liberalismo burgués intentaron mantener la democracia a raya, a saber, evitaron la intervención de los pobres y de la mayoría trabajadora. Los liberales de la Restauración y la Constitución de 1830 lo hicieron más despiadadamente que la Constitución de 1791, puesto que recordaban la experiencia del jacobinismo. Creían, como hemos visto, en el electorado de Mignet «restringido a los ilustrados», quienes «controlaban toda la fuerza y el poder del Estado», porque eran los únicos que estaban cualificados para controlarlo. No creían en la igualdad de derechos para todos los ciudadanos, sino que para ellos el auténtico sello de «verdadera igualdad», citando de nuevo a Mignet, era la «admisibilidad», así como el sello de la desigualdad era la «exclusión».[76] La democracia liberal les parecía una contradicción terminológica: o liberalismo, que se basaba en una elite a la que se podía acceder por méritos, o democracia. La experiencia de la Revolución les había hecho suspicaces hasta de la República, que en Francia se asociaba al jacobinismo. Lo que más les habría agradado hubiese sido una monarquía constitucional como la británica, aunque tal vez un poco más lógica y sistemática y un poco menos fortuita, preferentemente instituida mediante una revolución controlada como la de 1688. En 1830 pensaron que la habían encontrado.

75. Cita de «Bezwaaren tegen den geest der eeuw» (1823) en la entrada «Liberalisme», *Woordenboek der Nederlandsche Taal*, vol. 8, parte I, La Haya, 1916, p. 1.874.

76. Mignet, *Histoire*, p. 207.

Pero no funcionaría. Una vez pasada la puerta de 1789, ya no era posible detenerse. Aquí reside el enorme mérito de Tocqueville, un liberal de origen aristocrático, que no compartió las ilusiones de un Guizot o de un Thiers. Los escritos de Tocqueville sobre la Revolución francesa se han interpretado mal, como si considerara que no fue necesaria y estuviera a favor de la continuidad histórica de la evolución francesa. Pero, como hemos visto, nadie estaba tan convencido del papel de ruptura irreversible con el pasado como él. Asimismo, sus escritos sobre la democracia en América se han leído, especialmente en Norteamérica, como apreciaciones sobre los méritos de dicho sistema. Pero esto es un error. Tocqueville reconoció que, por más que él y otros hombres ilustrados temieran a la democracia, no había manera de impedir que se estableciera a largo plazo. Estaba implícita en el liberalismo. ¿Pero era posible desarrollar ese sistema sin que trajera aparejados el jacobinismo y la revolución social? Esta fue la cuestión que le llevó a estudiar el caso de los Estados Unidos. Llegó a la conclusión de que la versión no jacobina de la democracia era posible. Sin embargo, a pesar de su disposición para apreciar la democracia norteamericana, nunca fue un entusiasta de dicho sistema. Cuando escribió su notable obra, Tocqueville probablemente pensó, y sin duda esperaba, que 1830 proporcionara un marco permanente para la ulterior evolución de la sociedad francesa y de sus instituciones. Lo único que quiso señalar fue que, incluso en ese caso, inevitablemente debería ampliarse para poder manejar la democracia política que, les gustara o no, generaba. A largo plazo, la sociedad burguesa así lo hizo, aunque no llevó a cabo ningún intento serio hasta después de 1870, ni siquiera en el país que vio nacer la Revolución. Y, como veremos en el último capítulo, la evaluación de la Revolución en su primer centenario estaría en gran medida dominada por este problema.

El hecho fundamental era, y sigue siendo, que 1789 y 1793 están ligados. Tanto el liberalismo burgués como las revoluciones sociales de los siglos XIX y XX reivindican la herencia de la Revolución francesa. En este capítulo he intentado mostrar cómo cristalizó el programa del liberalismo burgués en la experiencia y el reflejo de la Revolución francesa. En el próximo capítulo consideraremos la Revolución como un modelo para las revoluciones sociales posteriores que se propusieron ir más allá del liberalismo y como punto de referencia para quienes observaron y evaluaron dichas revoluciones.

2. MÁS ALLÁ DE LA BURGUESÍA

La Revolución francesa dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política occidental desde su comienzo hasta el período posterior a la primera guerra mundial, incluida la política de esas elites de lo que hoy conocemos como Tercer Mundo, quienes veían las esperanzas de sus pueblos en vías de modernización, es decir, siguiendo el ejemplo de los estados europeos más avanzados. Así, la bandera francesa tricolor proporcionó el modelo para la mayoría de las banderas de los estados del mundo que lograron independizarse o unificarse a lo largo de un siglo y medio: la Alemania unificada eligió el negro, el rojo y el oro (y más tarde el negro, el blanco y el rojo) en lugar del azul, el blanco y el rojo; la Italia unificada, el verde, el blanco y el rojo; y en la década de los veinte, veintidós estados adoptaron banderas nacionales formadas por tres bandas de distintos colores, verticales u horizontales, y otros dos las compusieron en bloques tricolores en rojo, blanco y azul, lo cual también sugiere una influencia francesa. Comparativamente, las banderas nacionales que muestran la influencia directa de las barras y estrellas fueron muy pocas, incluso si consideramos que una única estrella en el ángulo izquierdo superior pueda ser una derivación de la bandera estadounidense: hay un máximo de cinco, tres de los cuales (Liberia, Panamá y Cuba) fueron virtualmente creados por los Estados

Unidos. Incluso en América Latina las banderas que muestran una influencia tricolor superan numéricamente a las que muestran influencias del norte. De hecho, la relativamente modesta influencia internacional de la Revolución norteamericana (excepto, por supuesto, sobre la propia Revolución francesa) debe sorprender al observador. En tanto que modelo para cambiar los sistemas político y social se vio absorbida y reemplazada por la Revolución francesa, en parte debido a que los reformistas o revolucionarios de las sociedades europeas podían reconocerse a sí mismos con mayor facilidad en el *Ancien Régime* de Francia que en los colonos libres y los negreros de América del Norte. Además, la Revolución francesa se vio a sí misma, en mayor medida que la norteamericana, como un fenómeno global, el modelo y la pionera del destino del mundo. Entre las numerosas revoluciones de finales del siglo XVIII se destaca no sólo por su alcance, y en términos de sistema estatal por su centralismo, por no mencionar su drama, sino también, desde el principio, por tener conciencia de su dimensión ecuménica.

Por razones obvias, quienes proponían llevar a cabo revoluciones, especialmente revoluciones cuyo objetivo fuera la transformación fundamental del orden social («revoluciones sociales»), estaban particularmente inspirados e influidos por el modelo francés. A partir de 1830, o como muy tarde, de 1840, entre dichas tendencias se contaban los nuevos movimientos sociales de las clases obreras de los países industrializados, o cuando menos las organizaciones y movimientos que pretendían hablar en nombre de esas nuevas clases. En la propia Francia, la ideología y el lenguaje de la Revolución se extendieron a partir de 1830 hasta regiones y estratos que habían permanecido intactos durante el primer período revolucionario, incluidas grandes extensiones del campo. Maurice Agulhon analizó y describió maravillosamente el desarrollo de este proceso en la Provenza en su obra *La République au*

Village.[1] Fuera de Francia, los campesinos seguían siendo hostiles ante las ideologías que les traían los hombres de las ciudades, incluso cuando podían comprenderlas, y justificaban sus propios movimientos de protesta social y sus anhelos de revuelta con una terminología distinta. Los gobiernos, las clases dirigentes y los ideólogos de izquierdas, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, estaban de acuerdo (con satisfacción o con resignación) en que los campesinos eran conservadores. Esta infravaloración del potencial radical del campesinado por parte de la izquierda puede apreciarse en las revoluciones de 1848, y quedó reflejado en su historiografía hasta mucho después de la segunda guerra mundial, incluso hay indicios, en las secuelas de 1848, de que Friedrich Engels no consideró la posibilidad de una segunda edición de la guerra campesina a la que tachó (al escribir una historia popular de la misma) de totalmente utópica. Por supuesto, participó en la acción con los revolucionarios armados del sureste alemán, la zona del país donde, tal como los historiadores actuales reconocen, 1848 fue esencialmente un movimiento agrario, y tal vez el mayor de este tipo que se diera en Alemania desde la guerra campesina del siglo XVI.[2] No obstante, incluso para los campesinos revolucionarios la Revolución francesa era algo remoto. El joven Georg Büchner, autor de la sorprendente *La muerte de Danton*, no se dirigía al campesinado de su Hesse natal en lenguaje jacobino, sino en el lenguaje de la Biblia luterana.[3]

No sucedió lo mismo con los trabajadores urbanos o industriales, quienes no hallaron ninguna dificultad para adop-

1. Maurice Agulhon, *La République au village: Les populations du Var de la Révolution à la Séconde République*, París, 1970.

2. Cf. Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte Zweiter Band 1815-1849*, Munich, 1987, pp. 706-715, y la amplia bibliografía en *ibid.*, pp. 880-882.

3. Véase su panfleto, dirigido a la población rural, *Der hessische Landbote* (1834) en Georg Büchner, *Werke und Briefe*, Munich, Deutscher Taschenbuchverlag, 1965, pp. 133-143.

tar el lenguaje y el simbolismo de la revolución jacobina que la Francia ultraizquierdista (sobre todo a partir de 1830) había adaptado a su situación específica, identificando al pueblo con el proletariado. En 1830 los trabajadores franceses adoptaron la retórica de la Revolución para sus propios propósitos, a pesar de que eran conscientes de ser un movimiento de clases *contra* las autoridades liberales que también recurrían a esa retórica, y no sólo en Francia.[4] Los movimientos socialistas austríaco y alemán, tal vez debido a la identificación de sus líderes con la Revolución de 1848 (los obreros austríacos celebraban el aniversario de las víctimas de marzo de 1848 (*Märzgefallene*) antes de celebrar el Primero de Mayo) hacían hincapié en la continuidad de la Gran Revolución. La *Marsellesa* (en diversas adaptaciones) era el himno de los socialdemócratas alemanes, y los socialdemócratas austríacos de 1890 seguían poniéndose el gorro frigio (característico de la Revolución) y la consigna «Igualdad, Libertad, Fraternidad» en sus distintivos el Primero de Mayo.[5] No es sorprendente. Al fin y al cabo, la ideología y el lenguaje de la revolución social llegaron a Europa central desde Francia, gracias a los oficiales (trabajadores cualificados) radicales alemanes que viajaban por todo el continente, a los turistas, a los alemanes que emigraron por motivos políticos al París de antes de 1848, y gracias también a las publicaciones a menudo extremadamente bien informadas e influyentes que algunos de ellos se llevaron

4. William Sewell, *Work and Revolution in France*, Cambridge, 1980, pp. 198-200.

5. Para buenos ejemplos de una «Proletarier-Marsellaise» y de la herencia simbólica e iconográfica de 1789, véase pp. 65, 68 de la Biblioteca de Feltrinelli *Ogni Anno un Maggio Nuovo: il Centenario del Primo Maggio*, intr. Antonio Pizzinato, Milán, 1988. Este volumen del Primero de Mayo se publicó bajo los auspicios de los sindicatos obreros de la Umbría. Véanse también Andrea Panaccione, ed., *The Memory of May Day: An Iconographic History of the Origins and Implanting of a Worker's Holiday*, Venecia: Marsilio Editore, 1989, especialmente p. 290 (Dinamarca), p. 295 (Suecia), p. 336 (Italia).

consigo al regresar a su tierra, como la de Lorenz von Stein.[6] Por aquel entonces se estaban desarrollando importantes movimientos obreros socialistas en la Europa continental, los cuales redujeron la activa e insurgente transformación política de la Revolución a su componente obrero. La Comuna de París de 1871 vinculó a los jacobinos con la tradición de revolución social proletaria tanto como el elocuente y análitico obituario que Karl Marx le dedicara.[7]

Para los observadores atentos era evidente que la Revolución seguía tan viva en 1793-1794 como en 1789. Por eso 1848, a pesar de que en apariencia fuese un breve episodio rápidamente frustrado en la mayoría de países convulsionados por la revolución, demostró sin lugar a dudas que el proceso revolucionario seguía su curso. En Francia, la esperanza de que hubiese llegado a una conclusión definitiva en 1830 dio paso al pesimismo y a la incertidumbre entre los liberales. «No sé cuándo terminará este viaje –exclamó Tocqueville poco después de 1850–. Estoy cansado de pensar, una y otra vez, que hemos alcanzado la costa y descubrir que sólo se trataba de un engañoso banco de niebla. A menudo me pregunto si esa tierra firme que andamos buscando desde hace tanto realmente existe, o si nuestro destino será navegar en un océano tormentoso para siempre.»[8] Fuera de Francia, utilizando el mismo símil, Jacob Burckhardt, en la década de los setenta del siglo pasado, inauguró su curso sobre la Revolución francesa con estas palabras: «Sabemos que la misma tormenta que azotó a la humanidad en 1789 nos sigue conduciendo hacia el futuro».[9]

6. Lorenz Stein, *Der Socialismus*. El *von* se incorporó más tarde, cuando era profesor en Viena.

7. Cf. «The Commune as Symbol and Example», en Georges Haupt, *Aspects of International Socialism*, Cambridge y París, 1986, pp. 23-47.

8. «Souvenirs», en *Oeuvres Complètes*, París, 1964, vol. 12, p. 87.

9. Mencionado en el artículo «Revolution» de Felix Gibert en *Dictionary of the History of Ideas*, 5 vols., Scribner's Sons, Nueva York, 1980, p. 159.

28

En esta situación, la Revolución francesa servía a un buen número de propósitos. Para aquellos que querían transformar la sociedad, proporcionaba un elemento de inspiración, una retórica y un vocabulario, un modelo y un estándar de comparación. Para quienes no necesitaban o no querían llevar a cabo una revolución, los tres primeros elementos citados tenían poca importancia (excepto en Francia), aunque la mayor parte del vocabulario político de todos los estados occidentales del siglo XIX se derivara de la Revolución y a menudo consistiera en adaptaciones directas del francés: por ejemplo, la mayor parte de lo que se asociaba al término «la nación». Por otra parte, la Revolución como estándar de comparación era más importante, dado que el temor a la revolución es más común que una perspectiva real de la misma. Y como veremos, aunque para la mayoría de los nuevos izquierdistas occidentales (obreros y socialistas) la relevancia operacional de 1789-1799, a diferencia de su relevancia ideológica, cada vez era más tenue, los gobiernos y las clases dirigentes valoraban constantemente la posibilidad de una subversión y de una rebelión de los hombres y mujeres que, como bien sabían, tenían un montón de buenas razones para estar descontentos con su suerte. Las revoluciones del pasado constituían puntos de referencia obvios. Por eso, en 1914, el ministro británico John Morley se preguntaba si el humor del país, en vísperas de lo que llegó a ser la primera guerra mundial, y sumergido en un considerable malestar sociopolítico, no era semejante al que precedió a 1848.[10] Cuando una revolución llegaba a estallar, tanto quienes estaban a favor de la misma como sus oponentes la comparaban inmediatamente con sus predecesoras. Cuanto más central y de mayor alcance era, más inevitable se hacía la comparación con 1789.

10. Citado en Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1919*, Londres, 1983, p. 331.

De este modo, en julio de 1917 la *Current History Magazine* del *New York Times* publicó un artículo anónimo cuyo título, «The Russian and French Revolutions 1789-1917: Parallels and Contrasts», sin duda reflejaba las preocupaciones de todos los europeos y norteamericanos cultos de la época.[11] Probablemente, muchos de ellos estuvieron de acuerdo con las poco perceptivas observaciones del citado artículo. En ambos países, según el autor, «si los soberanos, con más inteligencia y lealtad, hubiesen renunciado en el momento crítico, estableciendo instituciones representativas ... no habría tenido lugar ninguna revolución. Asimismo, en ambos países, la oposición última y fatal fue instigada por la reina extranjera (María Antonieta en un caso, la zarina de origen alemán en el otro), gracias al peligroso poder que ejercía sobre el soberano». En ambos países, argumentaba, los filósofos y escritores se habían estado preparando durante mucho tiempo para la revolución –Voltaire y Rousseau en un caso, Tolstoi, Herzen y Bakunin en el otro. (El autor de este ensayo no consideró relevante la influencia de Marx.) Estableció un paralelismo entre la Asamblea de Notables francesa, sustituida por los Estados Generales y la Asamblea Constituyente en un caso, y el Consejo del Imperio ruso, sustituido por la Duma Imperial, en el otro. Al observar el desarrollo interno de la Revolución, que por supuesto no había progresado mucho en el verano de 1917, el autor veía a los «cadetes», a Rodzianko y a Miliukov como una versión de los girondinos, y a los diputados del Soviet de Trabajadores y Soldados como los nuevos jacobinos. (En la medida en que esto pudiera implicar que los liberales serían barridos por los soviets, no era una mala predicción, aunque en otros aspectos el análisis del autor no es demasiado agudo.)

Estas comparaciones se centraban no ya en la revolución liberal sino en la revolución jacobina y sus posibles conse-

11. 6, 118-123, julio de 1917, n.º 1, p. 11.

cuencias. De forma progresiva, excepto en la Rusia zarista y en Turquía, 1789 estaba dejando de ser un tema candente. A finales del siglo XIX, Europa estaba formada mayoritariamente, con la excepción de las dos monarquías absolutas mencionadas y de las repúblicas de Francia y Suiza (no es preciso tener en cuenta las minirreliquias de la Edad Media como San Marino y Andorra), por monarquías que se habían adaptado a la Revolución, o a la inversa, por clases medias que se habían adaptado a los antiguos regímenes. Después de 1830 ya no hubo más revoluciones burguesas con éxito. Pero los antiguos regímenes aprendieron que sobrevivir significaba adaptarse a la era del liberalismo y a la burguesía (en cualquier caso, al liberalismo de 1789-1791, o mejor aún al de 1815-1830). A cambio aprendieron que la mayoría de burgueses liberales, si pudieran, aceptarían no llevar a cabo todo su programa siempre y cuando se les garantizara la necesaria protección contra el jacobinismo, la democracia, o lo que éstos pudieran producir. De hecho, la restauración de la monarquía en Francia en 1814 demostró ser la anticipación de un modelo general: un Antiguo Régimen que asimilaba parte de la Revolución francesa para satisfacer a ambas facciones. Tal como el archiconservador Bismarck escribió en 1866, con su habitual e incomparable lucidez y su gusto por la provocación: «Si tiene que haber una revolución, mejor que seamos sus artífices que sus víctimas».[12]

El liberalismo burgués (excepto en Rusia y en Turquía) había dejado de necesitar una revolución y sin duda ya no la deseaba. De hecho estaba ansioso por apartarse del análisis que anteriormente había promovido, puesto que dicho análisis, en principio dirigido contra el feudalismo, ahora apuntaba contra la sociedad burguesa. Tal como el socialista moderado Louis Blanc escribió en su *Historia de la Revolución francesa* de 1847, la burguesía había ganado una libertad genuina mediante la revolución, pero la libertad del pueblo era sólo nominal.[13] De modo que precisaba su propia Revolución francesa. Otros observadores más lúcidos o radicales fueron más lejos y vieron la lucha de clases entre la nueva clase dirigente burguesa y el proletariado que explotaba como la clave principal de la historia capitalista, del mismo modo en que la de la burguesía contra el feudalismo lo había sido en la era antigua. Esta opinión la compartían los comunistas franceses, hijos de la ultraizquierda jacobina del período posterior a Termidor. Este desarrollo del análisis de la clase burguesa liberal era tan grato a los revolucionarios sociales como Marx, como ingrato para sus fundadores. Thierry, transtornado por la Revolución de 1848, llegó a la conclusión de que el análisis de las clases era pertinente en el Antiguo Régimen pero no en el nuevo, porque la nación, al constituirse a sí misma mediante la Revolución, había pasado a ser un todo, una globalidad inmutable; y lo que todavía era más erróneo era suponer que el *tiers état* lo constituyera la burguesía y que este *tiers état* burgués fuese superior a otras clases inferiores y tuviera intereses diferentes a los suyos.[14] Guizot, que siempre previó una salida de emergencia para evitar su propio análisis, se desdijo de su anterior apoyo a *cualquier* revolución. Las revoluciones formaban, o deberían formar, parte del pasado.

Por otro lado, para los nuevos revolucionarios sociales vinculados al proletariado, la cuestión de la revolución burguesa seguía siendo, paradójicamente, urgente y vital. Resultaba evidente que la revolución burguesa precedía a la revolución proletaria, puesto que al menos había una revolución burguesa exitosa, y sin embargo, hasta entonces, ninguna revolución proletaria que hubiese triunfado. Se pensaba que sólo el desarrollo del capitalismo en el seno de la sociedad burgue-

12. «Revolution», *Geschichtlichte Grundbegriffe*, vol. 5, p. 744.

13. Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, París, 1847, vol. 1, p. 121.
14. Thierry, *Tiers État*, p. 2.

sa victoriosa crearía las condiciones para que emergiera ese rival proletario económico y político ya que, tal como escribió Marx cuando criticaba al Thierry de después de 1848, «el enfrentamiento decisivo entre burguesía y pueblo no se establece hasta que la burguesía deja de pertenecer al *tiers état,* que se opone al *clergé* y a la *noblesse*».[15] También podría argumentarse, y más tarde se hizo, que sólo la extensión de la revolución burguesa hasta la conclusión lógica de la república democrática crearía las condiciones institucionales y organizativas que permitirían dirigir de forma efectiva la lucha del proletariado contra la burguesía. Sean cuales fueren los detalles de este argumento, se aceptó universalmente hasta 1917, al menos entre los marxistas, que el camino hacia el triunfo de la clase obrera y del socialismo pasaba por una revolución burguesa, considerada la primera fase de la revolución socialista.

Llegados a este punto, no obstante, surgen tres preguntas. Primero, parecía evidente que ambas debían estar entrelazadas. El espectro del comunismo empezó a obsesionar a Europa en un momento en que la revolución burguesa todavía no se había llevado a cabo (como en Alemania), o estaba lejos de haberse completado, al menos para importantes sectores de la burguesía, como en la Monarquía de Julio o en la Inglaterra de la Primera Acta reformista. Segundo, ¿qué pasaría si, como sucedió en muchos países, la burguesía conseguía sus objetivos principales sin llevar la revolución burguesa más allá del punto de satisfactorio compromiso con el Antiguo Régimen? O, la tercera contingencia, ¿qué ocurriría si una vez más ésta sacrificaba su reivindicación política de una constitución y de un gobierno representativo en favor de algún tipo de dictadura que mantuviera a los obreros a raya? La Revolución francesa proporcionaba respuestas para el primer y el tercer casos, pero no para el segundo.

15. Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, 39, p. 474.

El jacobinismo parecía ser la clave del problema de 1848. Parecía *tanto* un elemento esencial para el éxito y la supervivencia de la revolución burguesa *como* un medio para radicalizarla y hacerla tender a la izquierda, más allá de los límites burgueses. En resumen, constituía tanto el medio para conseguir los objetivos de la revolución burguesa, dado que la burguesía por sí sola no estaba en condiciones de lograrlo, como el medio para ir más allá de la misma. El análisis inicial de Marx en los primeros años cuarenta del siglo pasado (y él fue sólo uno de los muchos izquierdistas que escudriñaron cada una de las fases de la historia de la Revolución con una lupa política, con la intención de discernir lecciones para el futuro) se centró en el jacobinismo como fenómeno político que permitía que la revolución saltara en lugar de caminar y que alcanzara en cinco años lo que de otro modo requeriría varias décadas «debido a las timoratas y excesivamente conciliadoras concepciones de la burguesía».[16] No obstante, durante y después de 1848, la posibilidad de empujar la revolución hacia la izquierda mediante una vanguardia política, la posibilidad de transformar su carácter, pasó a ser el tema central de su pensamiento: esta fase del pensamiento estratégico de Marx sería la que constituiría el punto de partida de Lenin, o más exactamente de los revolucionarios marxistas rusos que se encontraron a sí mismos en lo que ellos consideraban una situación análoga a la de una burguesía y un proletariado, ambos evidentemente demasiado débiles para desempeñar los cometidos históricos que su propia teoría les exigía. A sus oponentes les gustaba decir que Lenin era un jacobino.

Por supuesto, la idea de que el comunismo era hijo del ja-

16. Véanse E. J. Hobsbawm, «Marx, Engels and Politics», en E. J. Hobsbawm, ed., *The History of Marxism. Volume One: Marxism in Marx' Day*, Bloomington, 1982; *Marx en Perspective*, ed. Bernard Chavance, París, 1985, pp. 557-570; «*Moralising Criticism and Critical Morality*», 1847, Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, Londres, 1976, vol. 6, p. 319.

cobinismo había sido la esencia del argumento de la *Historia de la sublevación de los Iguales* (1828) de Buonarroti. La ultraizquierda francesa lo dio por sentado antes de que los blanquistas, después de 1848, se comprometieran con la opinión de que los hebertistas y no el insuficientemente ateo Robespierre habían sido los auténticos revolucionarios, lo cual aceptó sin reparos el joven Engels.[17] Tanto él como Marx compartieron al principio la opinión de que los partidarios de la República jacobina eran «el proletariado insurgente», pero un proletariado cuya victoria en 1793-1794 sólo podía ser temporal y constituir «un elemento de la propia revolución burguesa» dado que las condiciones materiales para el desbancamiento de la sociedad burguesa todavía no estaban maduras. (Este es uno de los raros casos en que Marx utilizó la expresión *revolución burguesa*.)[18] Hasta mucho más tarde no se formuló un análisis más completo de la composición social del pueblo de París en 1789-1794, ni se estableció la clara distinción entre jacobinos y *sans-coulottes* que sería tan importante en la historiografía francesa de la izquierda desde Mathiez hasta Soboul.

En resumen, era natural que Marx se dirigiera a los polacos en 1848, diciéndoles: «El jacobino de 1793 se ha convertido en el comunista de hoy».[19] Como tampoco debe sorprender que Lenin no disimulara su admiración por el jacobinismo ni se dejara convencer por los mencheviques que le atacaban por ser jacobino a principios del siglo XX, ni por los *narodniks*, que hicieron lo mismo en otros ámbitos.[20] Tal vez debería añadirse que, a diferencia de muchos otros revolucionarios rusos, Lenin no parece que tuviera un detallado conocimiento de los pormenores de la historia de la Revolución francesa, aunque durante su exilio en Suiza durante la guerra se dedicó a leer sobre el tema. Prácticamente todo lo que escribió sobre esta cuestión podría derivarse de la cultura general y de las obras de Marx y Engels.

17. Samuel Bernstein, *Auguste Blanqui and the Art of Insurrection*, Londres, 1971, pp. 270-275; Engels, «The Festival of Nations in London», en *Collected Works*, vol. 6, pp. 4-5.

18. *Ibid.*, y «The Civil War in Switzerland», *Collected Works*, vol. 6, p. 372; Marx, «Moralizing Criticism», *Collected Works*, vol. 6, p. 319.

19. Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 6, Londres, 1976, p. 545.

20. Véase Victor Daline, «Lénine et le Jacobinisme», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 43 (1971), pp. 89-112.

Sin embargo, al margen de su filiación histórica, la reflexión marxista sobre la estrategia del proletariado en una futura revolución posterior a 1848 (como en el *Discurso a la Liga Comunista*, 1850), el famoso llamamiento a «la revolución permanente», constituye un vínculo con el tipo de problema político al que los bolcheviques tendrían que enfrentarse medio siglo después. Además, la crítica que Trotski hiciera de Lenin, eventualmente encarnada por las ortodoxias rivales de las sectas trotskistas, hace referencia al mismo punto del pensamiento de Marx, a saber, su (ocasional) utilización de la expresión «revolución permanente», que indica esta posibilidad de transformar la revolución burguesa en algo más radical. El uso original que Marx hacía de esta frase, huelga decirlo, hacía referencia directa a la historia de la Revolución francesa.[21]

Por lo demás es evidente que la cuestión de la revolución burguesa tenía un sustancial interés práctico para los revolucionarios sociales, llegando a tener carácter urgente en las raras ocasiones en que se encontraban al frente de la revolución. Ha seguido siendo una cuestión crucial hasta la actualidad, tal como lo atestiguan los debates suscitados en el seno de la izquierda latinoamericana a partir de 1950, que a su vez han alimentado el debate erudito entre los especialistas en América Latina, los teóricos de los «sistemas mundiales» y los teóricos

21. La aportación posterior más interesante sobre el jacobinismo desde el punto de vista de una revolución más radical es la contenida en las reflexiones de Antonio Gramsci mientras estaba en prisión y que reproducimos aquí en el apéndice.

33

de la «dependencia». Tal vez debamos recordar que la cuestión teórica más relevante entre los partidos comunistas ortodoxos de tipo soviético y las variadas nuevas izquierdas (izquierdas disidentes como la trotskista, la maoísta o la castrista) era si la cuestión más inmediata era unirse con la burguesía nacional contra los regímenes dominados por los terratenientes, que podían compararse a los señores feudales, y por supuesto, contra el imperialismo, o aprovechar para derrocar también a la burguesía y establecer directamente un régimen socialista.[22] Aunque estos debates del Tercer Mundo, igual que los debates que dividen el movimiento comunista indio, no hacían referencia directa a la Revolución francesa, está claro que son una suerte de prolongación de los debates entre marxistas cuyo origen podemos rastrear hasta esa revolución.

El contraste con el Viejo Mundo es chocante. En fechas tan avanzadas como 1946, Daniel Guérin, en *Bourgeois et Bras-Nus*, presentó la versión trotskista del debate («revolución permanente») en términos específicos de Revolución francesa. Esta obra describió la historia de la lucha de clases bajo la Primera República y se debatió como un ejemplo de la tesis de la revolución permanente.[23]

Supongamos que la burguesía renunciara a su revolución; o supongamos que la hace, pero que se siente incapaz de protegerse de los peligros de la izquierda bajo unas instituciones liberales. ¿Qué sucede? La Revolución francesa puede orientar muy poco en el primer caso, aunque después de 1848 llegara a ser algo bastante familiar, especialmente en Europa

22. En términos académicos esto condujo a interminables debates sobre la naturaleza de los modos de producción regionales, enfrentando argumentos sobre si América Latina podía o no considerarse esencialmente «capitalista» a partir de la conquista dado que formaba parte de lo que se considera un mundo basado en un sistema capitalista que ya existía en el siglo XVI.

23. Daniel Guérin, «Controverse sur la Révolution Française» *Cahiers Bernard Lazare*, n.os 119-120, París, 1987, pp. 58-81.

central. Los historiadores todavía discuten sobre si la burguesía alemana realmente abdicó en favor de la nobleza y la monarquía prusianas (a diferencia de las clases medias británica y francesa), entrando así en un *Sonderweg* o peculiar autopista histórica que les condujo hasta Hitler, o si de hecho forzaron a Bismarck y a los *junkers* a garantizarles un régimen suficientemente burgués. Sea cual fuere la respuesta a estas preguntas, los liberales alemanes después de 1848 se conformaron con bastante menos de lo que la mayoría de ellos consideraba indispensable cuando se unieron a la Revolución de 1848. Friedrich Engels, a veces jugaba con la idea de que, por analogía con Francia, tarde o temprano un sector de ellos haría otro esfuerzo por conseguir un poder absoluto, pero de hecho el nuevo movimiento obrero y socialista alemán ya no contaba con ello. Por más profundamente comprometido que dicho movimiento estuviera con la tradición de la Revolución francesa (y no debemos olvidar que antes de que la *Internacional* se convirtiera en su himno, los trabajadores alemanes cantaban versiones de la *Marsellesa*), políticamente la historia de 1789-1794 había dejado de ser relevante para los nuevos partidos socialdemócratas laboristas.[24] Y todavía fue menos relevante en los países industrializados cuando los líderes reconocieron, unos más a regañadientes que otros, que el camino a seguir no pasaba por nuevas tomas de la Bastilla, ni por la proclamación de comunas insurrectas. Por supuesto, se trataba de partidos revolucionarios, al menos los que eran marxistas, que eran mayoría. Pero tal como lo expresó Karl Kautsky, el guru teórico del poderoso SPD alemán, no sin cierta dosis de turbación, «somos un partido revolucionario, pero no hacemos la revolución».[25]

24. Sobre el uso corriente de la *Marsellesa* en los círculos socialistas internacionales en la última década del siglo pasado, cf. Maurice Dommanget, *Eugène Pottier: Membre de la Commune et chantre de l'Internationale*, París, 1971, pp. 144-146.

25. Mencionado en Georges Haupt, *Programm und Wirklichkeit: Die internationale sozialdemokratie vor 1914*, Neuwied, 1970, p. 141.

Por otra parte, la Revolución francesa proporcionó un espectacular ejemplo de retroceso hacia el autoritarismo como resultado de una revolución excesivamente radical, a saber, la toma del poder político por parte de Napoleón. Además, la historia de Francia ofrecía una repetición de dicho esquema en 1848-1851, cuando, una vez más, los liberales moderados, tras haber frustrado una nueva insurrección de la izquierda, fueron incapaces de establecer las condiciones que posibilitaran la estabilidad política, y en lugar de ello prepararon el terreno para que otro Bonaparte tomara el poder. Por eso no es sorprendente que el término *bonapartismo* formara parte del vocabulario político de los revolucionarios sociales, especialmente de los que estaban inspirados por Marx, quienes en uno de sus panfletos más geniales describían la ascensión del segundo Napoleón vinculándola al golpe de Estado del primero. Este fenómeno no escapó a la atención de los observadores liberales. Heinrich von Sybel probablemente pensaba en ello cuando al principio de su *Historia de la Revolución francesa*, que empezó a escribir en 1853, pensaba que el derrocamiento del sistema feudal medieval (*Feudalwesens*) propiciaba en todas partes el surgimiento del Estado militar moderno.[26] En 1914 el historiador liberal británico y futuro ministro del gobierno H. A. L. Fischer generalizó, con poca brillantez, acerca de este fenómeno en seis conferencias bajo el título *Bonapartismo*. Sin embargo, la palabra se usaba con más frecuencia en el discurso político convencional para describir simplemente la causa de los partidarios de la dinastía Bonaparte, o como un sinónimo de lo que también podría haberse llamado *cesarismo* después de Julio César.

No obstante, la izquierda marxista discutiría largamente sobre el bonapartismo, básicamente en lo concerniente a la

26. *Geschichte der Revolutionszeit von 1789 bis 1795* (1789 bis 1800) [*sic*]. Dritte vermehrte und verbesserte Auflage. 5 vols, Dusseldorf, 1865-1874, vol. 1.

cuestión de la lucha de clases y de la clase dirigente en situaciones de relativo equilibrio entre las clases enfrentadas. ¿Hasta qué punto, en esas situaciones, era posible que un aparato social, o incluso un dirigente personal, llegara a ser autónomo, elevándose por encima de las clases u oponiéndolas entre sí? Aunque estos debates derivaban de la experiencia de la primera Revolución francesa, realmente tuvieron lugar a cierta distancia de la misma, puesto que se basaban mucho más en la experiencia del segundo Bonaparte que en la del primero. Y por supuesto, trataban sobre problemas históricos y políticos cada vez más alejados del Dieciocho de Brumario y de una creciente generalidad histórica. Algunos discursos modernos tienen en común poco más que el nombre con el Bonaparte original, como cuando el término se utiliza para arrojar alguna luz sobre los regímenes autoritarios y fascistas del siglo XX.[27] No obstante, el término volvió a emplearse en los debates políticos relacionados mucho más directamente con la Gran Revolución francesa a partir de 1917, como pronto veremos.

Mientras el siglo XIX avanzaba, la experiencia de la revolución original cada vez estaba más alejada de las circunstancias en las que se encontraban los revolucionarios. Esto era así incluso en Francia. La burguesía liberal contemplaba el año 1830 (de hecho así fue) como una repetición afortunada de 1789-1791, dado que esta vez estaba preparada ante el peligro jacobino potencial y por consiguiente dispuesta a enviar a casa a las masas movilizadas, unos días antes de llegar a ser burlada. El año 1848 fue, una vez más, fácilmente visto como una nueva variante de la revolución original: esta vez con una componente jacobina-*sans-coulotte* mucho más importante, encarnada en una izquierda radical que se erigía en representante del nuevo proletariado, pero que nunca tuvo la oportuni-

27. Como en la entrada «Bonapartismus» en el *Konversationslexikon* de Meyer, Mannheim, 1960⁹, vol. 4, p. 483.

35

dad de alcanzar el poder, ni siquiera temporalmente, porque perdió en las elecciones, la superaron en estrategia y terminó viéndose empujada a una insurrección aislada en junio de 1848, dando pie a que fuera brutalmente suprimida. Pero, al igual que después de Termidor en 1794, los liberales victoriosos, incluso cuando pactaban con los conservadores, carecieron del apoyo político necesario para establecer un régimen estable, dando paso al segundo Bonaparte. Incluso la Comuna de París de 1871 se ajustó al modelo de la revolución radical de 1792, al menos en lo concerniente a las cuestiones municipales: la comuna revolucionaria, las secciones populares y demás. Aunque la burguesía ya no pensaba en términos de 1789-1794, sin duda los revolucionarios sociales radicales lo seguían haciendo. Al igual que Blanqui y sus seguidores, estaban empapados de la experiencia de la década de 1790, por no mencionar a los neojacobinos como Delescluze que se veían a sí mismos como herederos directos de Robespierre, Saint-Just y el Comité de Salvación Pública. En los años posteriores a 1860 había hombres cuya idea acerca de lo que había que hacer tras la caída de Napoleón III era la de repetir, tan exactamente como fuese posible, lo que había ocurrido en la Gran Revolución.[28] Tanto si estos paralelismos con la revolución original tenían sentido como si no, no resultaron irrelevantes por una razón principal: era evidente que Francia no había conseguido establecer un nuevo régimen permanente desde la caída del antiguo en 1789. Había conocido diez años de Revolución, quince años de Napoleón, otros quince de Restauración, dieciocho años de Monarquía de Julio, cuatro años de Segunda República y dieciocho años de otro imperio. Por lo visto, la Revolución seguía en marcha.

28. Véase Charles Rihs, *La Commune de Paris 1871: sa structure et ses doctrines*, París, 1973, *passim*, pero sobre todo (por la imitación del pasado) pp. 58-59, 182-183; para Delescluze, pp. 185-191.

Sin embargo, tras 1870 cada vez resultó más obvio que la fórmula para conseguir un régimen burgués permanente se hallaba en la república parlamentaria democrática, aunque esa república pudiera verse amenazada de vez en cuando. Pero dichas amenazas procedían de la derecha, o en el caso del boulangismo de algo parecido al bonapartismo, lo cual de hecho facilitaba la unión de los herederos del jacobinismo y del liberalismo en defensa de la República y así reforzar una política que, tal como Sanford Elwitt demostró, estuvo dirigida sistemáticamente por la oposición moderada durante la década de 1860.[29] Pero echemos un vistazo a la otra cara de la moneda. El hecho de que los liberales burgueses a partir de ahora pudieran operar en el marco de una república democrática, la cual habían intentado evitar hasta aquel momento, demostró que el peligro del jacobinismo no era, o había dejado de ser, lo que se había temido. Los radicales podían integrarse en el sistema, y quienes se negaban a ello podían confinarse en guetos minoritarios. Lo que Danton o Robespierre habían hecho ya no tenía interés operativo para quienes se inspiraban en 1792-1794, aunque por supuesto, como hemos visto, fue la burguesía liberal la que, al asumir la revolución radical y popular, confirió a los eslóganes, a los símbolos y a la retórica una enorme resonancia de alcance nacional. Al fin y al cabo, la fecha del episodio más dramático de la intervención popular en la Revolución, la toma de la Bastilla, se eligió en 1880 como Fiesta Nacional de la República francesa.

Si así estaban las cosas en la patria de la Revolución, todavía eran más evidentes en otras partes. Las revoluciones ya no formaban parte de los programas políticos, o en todo caso se trataba de revoluciones de muy distinto cariz. Por eso, incluso cuando una política de insurrección, de rebelión y de poder

29. Sanford Elwitt, *The Making of the Third Republic: Class and Politics in France 1868-1884*, Baton Rouge, 1975, capítulo 1.

basado en la pólvora se practicara o fuera posible, como en la península Ibérica, no era fácil establecer un paralelismo con 1789-1799. Para ilustrarlo, podemos observar la carrera de Giuseppe Garibaldi, quien probablemente tomó parte en más revueltas, revoluciones, alzamientos armados y guerras de liberación que cualquier otro hombre del siglo XIX, y que dicho sea de paso, inició su carrera política bajo la influencia de la Revolución francesa, vista a través del prisma de la ideología de Saint-Simon, la cual le marcó profundamente.[30] Por supuesto todo el mundo creía en los Derechos del Hombre y en el país que les había dado su expresión más influyente, excepto los reaccionarios más recalcitrantes. El caudillo militar Melgarejo de la lejana Bolivia, más versado en empatía política que en geografía e información, se ofreció a lanzar su caballería en ayuda de Francia, el país de la libertad, cuando tuvo noticias de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. No obstante, la admiración o incluso la inspiración son una cosa, y los modelos políticos otra.

De este modo, en Rusia la Revolución francesa volvía a ser un modelo, o un punto de referencia, debido a razones que ya se han expuesto. Por una parte, los paralelismos parecían obvios: una monarquía absoluta de Antiguo Régimen en crisis, la necesidad de instituciones liberales burguesas que bajo las circunstancias impuestas por el zarismo *sólo* eran posibles mediante una revolución, y otras fuerzas revolucionarias más radicales esperando tras aquellos que sólo querían un constitucionalismo liberal. Por otra parte, los cuerpos y grupos revolucionarios (no olvidemos que bajo el zarismo incluso los reformistas moderados tenían que ser revolucionarios, puesto que no había ningún sistema legal para cambiar el régimen que no procediera del trono), estaban empapados de la historia de

30. Para el relato del propio Garibaldi, véase D. Mack Smith, ed., *Garibaldi: A Portrait in Documents*, Florencia, 1982, pp. 13-14.

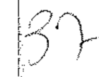
la Revolución francesa y contaban además con el incentivo de evaluar esa experiencia histórica. Había una revolución que universalmente se aceptaba como inevitable e inminente. El propio Marx empezó a invertir su dinero en las agitaciones rusas a partir de 1870.

Los intelectuales rusos, la mayoría de los cuales bajo el zar también eran forzosamente revolucionarios, estaban empapados de la historia de la Revolución francesa. «Conocen la Revolución francesa mejor que nosotros», exclamó Marcel Cachin, quien sería uno de los grandes hombres del comunismo francés, ante los delegados del congreso del Partido Socialista celebrado en Tours en 1920, a su regreso de Moscú.[31] Una pequeña maravilla: la contribución rusa a la historia de la Revolución fue sustancial. De hecho, I. V. Luchitskii (1845-1918), un liberal ruso, y N. I. Kareiev (1850-1931), liberal pero anteriormente *narodnik*, fueron los pioneros en el estudio del campesinado y de la cuestión de la tierra en la Francia de finales del siglo XVIII. Por otra parte, el anarquista Pietr Kropotkin escribió una historia de la Revolución francesa en dos volúmenes que durante mucho tiempo fue la mejor historia izquierdista seria en cualquier país. Primero se publicó en inglés y en francés, en 1909, y en 1914, finalmente, en ruso.

Por eso no es sorprendente que los revolucionarios rusos automáticamente buscaran paralelismos con los sucesos de 1789-1799 en Francia, tal como Plejanov, el «padre del marxismo ruso», hiciera hasta el final de sus días.[32]

El paralelismo con la Revolución francesa, aunque obvio para las mentes de los participantes ilustrados, no parece que fuera muy importante en la Revolución rusa de 1905, tal vez debido (sobre todo) a que el zarismo, aunque se tambaleó

31. Gérard, *La Révolution française*, p. 81.
32. Samuel H. Baron *Plekhanov: the father of Russian Marxism*, Londres, 1963, p. 358 (hay trad. cast.: *Plejanov. El padre del marxismo ruso*, Siglo XXI, Madrid, 1976).



temporalmente, nunca llegó a perder el control hasta que consiguió reprimir la revolución.[33] En 1905 Lenin tachaba de «girondinos» a los mencheviques, por no dignarse considerar la posibilidad de una dictadura jacobina en Rusia, aunque todo el asunto sólo fue académico.[34] En cualquier caso, Lenin estaba respondiendo con una alusión directa a la experiencia de la Convención de 1793. Tras la derrota, la relación entre las revoluciones burguesa y de clase obrera se discutió seriamente, con frecuentes referencias al jacobinismo y a su naturaleza. De todos modos, la comparación con 1789-1799 no fue más allá de las meras generalidades.

Por otra parte, 1917 y los años que le siguieron estaban llenos de referencias a la Francia revolucionaria. Se llegó incluso a buscar sosias rusos de los personajes famosos de la Revolución francesa. En 1919, W. H. Chamberlin, que más tarde escribiría una de las mejores historias de la Revolución rusa, pensaba que Lenin era como Robespierre, sólo que «con una mente más brillante y con una experiencia más internacional», pero Charles Willis Thompson, dos años después, pensó que el paralelismo establecido entre Lenin y Robespierre no era válido. Para Chamberlin, Trotski era como Saint-Just, pero para Thompson se parecía a Carnot, el organizador de los ejércitos revolucionarios. Más tarde, Thompson desdeñó a quienes veían un Marat en Trotski.[35]

Sería fácil seguir la pista a las maneras en que los revolucionarios rusos compararon su propia revolución con su pre-

33. Cf. el discurso en el Soviet de Petersburgo el 5 de noviembre, publicado en L. Trotski, *1905*, Harmondsworth, 1973, pp. 185 y ss (hay trad. cast.: *La revolución de 1905*, Planeta, Barcelona, 1975).

34. Daline, «Lénine et le Jacobinisme», p. 96.

35. W. H. Chamberlin, «Bolshevik Russia and Jacobin France», *The Dial*, n.º 67 (12 de julio de 1919), pp. 14-16; Charles W. Thompson, «The French and Russian Revolutions», *Current History Magazine, New York Times*, 13 (enero de 1921), pp. 149-157.

decesora. Sujanov, el famoso periodista de 1917, es un ejemplo excelente de individuo «amamantado en las historias de las revoluciones inglesa y francesa», el cual especuló sobre la posibilidad de que el «poder dual» de los soviets y del Gobierno Provisional podría producir algún tipo de Napoleón o de Cromwell (¿aunque, a cuál de los políticos revolucionarios se elegiría para el papel?), o tal vez un Robespierre. Pero una vez más, no aparecía ningún candidato claro.[36] La propia historia de la Revolución rusa de Trotski está llena de comparaciones de este tipo, las cuales sin duda poblaban su mente en aquellos días. El Partido Demócrata Constitucional (el partido liberal mayoritario) que intentaba mantener una monarquía constitucional le sugirió lo diferentes que eran 1917 y 1789; entonces el poder real se aceptaba universalmente, ahora el zarismo había perdido legitimidad popular. El poder dual sugería un paralelismo con las revoluciones francesa e inglesa. En julio de 1917 los bolcheviques se vieron empujados a encabezar manifestaciones populares que ellos consideraban fuera de lugar, y su supresión condujo a una derrota temporal del partido y la huida de Lenin de Petrogrado. El paralelismo con las manifestaciones en el Campo de Marte en julio de 1791, en las que Lafayette supo manejar a los republicanos, acudió rápidamente a la mente de Trotski, así como el paralelismo entre la segunda y más radical revolución del 10 de agosto de 1792 y la Revolución de Octubre, ambas prácticamente sin resistencia, y ambas anunciadas con antelación.[37]

Tal vez sea más interesante ver cómo se utilizaban los paralelismos con la Revolución francesa para evaluar, y cada vez más para criticar, los progresos de Rusia. Recordemos una vez más el prototipo histórico que se derivó de la Revolu-

36. Adam Ulam, *Russia's Failed Revolutions: From Decembrists to Dissidents*, Londres, 1981, pp. 316-317.

37. L. Trotski, *History of the Russian Revolution*, Londres, 1936, pp. 194, 589, 1.204 (hay trad. cast.: *La Revolución de Octubre*, Fontamara, Barcelona, 1977).

ción francesa. Consistía en seis fases: el estallido de la Revolución, es decir, la pérdida de control de la monarquía sobre el transcurso de los acontecimientos durante la primavera y el verano de 1789; el período de la Asamblea Constituyente que condujo hasta la constitución liberal de 1791; el fracaso de la nueva fórmula en 1791-1792, debido a tensiones internas y externas, que desembocó en la segunda revolución del 10 de agosto de 1792 y en la institución de la República; en tercer lugar, la radicalización de la República en 1792-1793 mientras la derecha y la izquierda revolucionarias (la Gironda y la Montaña) la combatían en la nueva Convención Nacional y el régimen se debatía contra la revuelta interna y la intervención extranjera. Esto terminó en el golpe que dio el poder a la izquierda en junio de 1793, iniciando la cuarta fase: la República jacobina, la fase más radical de la Revolución, e incidentalmente (tal como indica su nombre popular), la que se asocia con el Terror, una sucesión de purgas internas y una extraordinaria y exitosa movilización general del pueblo. Una vez Francia estuvo a salvo, el régimen radical se terminó el Nueve de Termidor. Para nuestro propósito, el período que va de julio de 1794 hasta el golpe de Napoleón puede considerarse como una sola fase, la quinta, en la que se trató de recuperar un régimen revolucionario más moderado y viable. Dicho empeño fracasó y el Dieciocho de Brumario (de 1799) el régimen autoritario y militar de Napoleón se hizo con el poder. No cabe duda en que hay que distinguir claramente el régimen napoleónico antes de 1804, cuando todavía gobernaba como jefe de la República, y el Imperio que la siguió, pero para nuestro propósito ambos se necesitan mutuamente. En cualquier caso, para los liberales de la Restauración todo el período napoleónico pertenecía a la Revolución. Mignet puso punto y final a su historia de la misma en 1814.

Resultaba bastante obvio que los bolcheviques eran la versión de 1917 de los jacobinos. El problema para los adversarios

izquierdistas de Lenin residía en que a partir del momento en que estallara la revolución se hacía difícil criticar a los jacobinos. Eran los revolucionarios más consistentes y efectivos, los salvadores de Francia, y por encima de todo, no debían identificarse con el extremismo como tal, puesto que Robespierre y el Comité de Salvación Pública se habían opuesto a enemigos situados tanto a su izquierda como a su derecha. Por eso, el viejo Plejanov, que no aprobaba el trasvase de poder de Octubre, se negaba a considerarlo como una victoria de los jacobinos. Argumentaba que los hebertistas (los radicales que Robespierre liquidó en la primavera de 1794) habían tomado el poder y que nada bueno podía esperarse de ello.[38] En cambio, algunos años después el teórico socialdemócrata alemán Karl Kautsky también rechazó el vínculo entre jacobinos y bolcheviques. Naturalmente, argumentó, los amigos del bolchevismo señalaban las similitudes entre la Monarquía constitucional y los girondinos republicanos moderados por una parte y los revolucionarios sociales vencidos y los mencheviques rusos por otra, y por eso identificaban a los bolcheviques con los jacobinos. Lo hacían así para aumentar su credibilidad como revolucionarios. Aunque al principio los bolcheviques *parecieran* el equivalente de los jacobinos, actuaron de forma muy distinta: habían resultado ser bonapartistas, es decir, contrarrevolucionarios.[39]

Por otra parte, los bolcheviques recibieron el sello de autenticidad jacobina de manos de la fuente más autorizada: la Sociedad de Estudios Robespierristas, la cual hizo llegar a la joven Revolución sus mejores deseos con la esperanza de que «encuentre a unos Robespierres y unos Saint-Justs capaces de dirigirla, salvaguardándola del doble peligro de la debilidad y la exageración».[40] (Y podríamos añadir con la esperanza de

38. Baron, *Plekhanov*, p. 358.
39. Karl Kautsky, *Bolshevism at a Deadlock*, London, 1931, sec. III, «Jacobins or Bonapartists», esp. pp. 127-135. La edición original alemana está fechada en 1930.
40. Citado en Gérard, *La Révolution française*, p. 81.

que continuaran la guerra contra Alemania, guerra a la que pronto pusieron punto final.) De hecho, la mayor autoridad en el tema, Albert Mathiez, el cual veía a Lenin como «el Robespierre que tuvo éxito», escribió un panfleto, *Bolchevismo y jacobinismo*, donde argumentaba que aunque la historia nunca se repite a sí misma, «los revolucionarios rusos copiaron deliberadamente y a conciencia el prototipo francés. Les empuja el mismo espíritu».[41] El entusiasmo de Mathiez por los Robespierres que tenían éxito fue breve (1920-1922) gracias a una doctrina más efectiva que la original en el seno del Partido Comunista, un hecho que pudo haberle costado la sucesión oficial en la cátedra de la Sorbona cuando Aulard se retiró en 1924. Pero sigue siendo difícil verlo como un marxista o un comunista característico, a pesar de que la experiencia del esfuerzo de la guerra de 1914-1918 (en el que participó), y de la Revolución rusa, contribuyeron a que la síntesis de su historia de 1789-1794 (1921) tuviera una mayor dimensión social y más conciencia política que trabajos anteriores del mismo tipo.

Curiosamente, al principio hubo pocos defensores de la izquierda francesa más radical. Tal vez se vieran desarmados por el evidente entusiasmo que los bolcheviques experimentaban por Marat, cuyo nombre utilizó el nuevo régimen para bautizar uno de sus buques de guerra y una calle de Leningrado. En cualquier caso, una revolución victoriosa se identificaba más fácilmente con Robespierre que con sus oponentes guillotinados de la izquierda, a pesar de que Lenin, poco después de Octubre, se defendiera ante la acusación de practicar el terror jacobino: «El nuestro no es el terror revolucionario francés que guillotinaba gente desarmada, y espero que no tengamos que llegar tan lejos».[42] Desgraciadamente, sus esperanzas fueron en vano. Hasta el triunfo del estalinismo, la

41. *Le Bolchevisme et le Jacobinisme*, París, 1920, p. 24.
42. Daline «Lénine et le Jacobinisme», p. 107.

izquierda radical no encontró un oponente que se enfrentara al Robespierre de Moscú. Entre éstos se encontraba Daniel Guérin, cuya *La lutte des classes sous la première République* (1946), una curiosa combinación de ideas libertarias y trotskistas con un toque de Rosa Luxemburg, revitalizó la tesis de que los *sans-coulottes* eran proletarios que luchaban contra los burgueses jacobinos.

De hecho, tanto si Stalin se veía a sí mismo como Robespierre como si no, para los comunistas extranjeros era reconfortante pensar, cuando tomaban en consideración los juicios y las purgas de los Soviets, que eran tan necesarios y estaban tan justificados como el Terror de 1793-1794.[43] Lo mismo sucedió en Francia, donde la idealización de Robespierre dominaba la tradición histórica jacobina por razones que poco tenían que ver con Marx o Lenin. Para los comunistas franceses como Mathiez era fácil ver a Robespierre como «una prefiguración de Stalin».[44] Tal vez en otros países en los que la palabra *Terror* no sugería tan inmediatamente episodios de gloria nacional y triunfo revolucionario, este paralelismo con Stalin pudo haberse evitado. Aun así, es difícil no estar de acuerdo con Isaac Deutscher en que Stalin «perteneció a la familia de los grandes déspotas revolucionarios, junto a Cromwell, Robespierre y Napoleón».[45]

43. «Ahora me encuentro a mí mismo aprobando sin reservas (incluso con entusiasmo) la fuerza (*vigore*) y la severidad que Stalin aplicó contra los enemigos del socialismo y los agentes del imperialismo. Enfrentado a la capitulación de las democracias occidentales, Stalin tuvo en cuenta la vieja lección del terror jacobino, de la violencia implacable en defensa de la patria del socialismo.» Giorgio Amendola, *Lettere a Milano: Ricordi e Documenti, 1939-1945*, Roma, 1973, pp. 17-18. Amendola, como muestra la cita, estaba lejos de ser un sectario o un leal a ciegas. Mencionado en Giuseppe Boffa, *Il fenomeno Stalin nella storia del XX secolo*, Bari, 1982, p. 137.
44. Sylvain Molinier en *La Pensée* (marzo-abril, 1947), p. 116.
45. Isaac Deutscher, *Stalin: A Political Biography*, ed. rev., Penguin Books, Harmondsworth, 1966, p. 550 (hay trad. cast.: *Stalin. Biografía política*, Era, México, DF, 1965).

No obstante, el debate sobre el propio jacobinismo no tenía mayor relevancia. En realidad, no cabía duda de que si alguno de los participantes en 1917 representaba el equivalente de los jacobinos, éstos eran los bolcheviques. El problema real era: ¿dónde estaba el Bonaparte o el Cromwell correspondiente? Y lo que es más, ¿habría un Termidor? Y en caso afirmativo, ¿a dónde conduciría a Rusia?

La primera de estas se veía como una posibilidad muy real en 1917. Hasta tal punto se ha excluido a Kerenski de la historia que recuerdo mi sorpresa cuando me dijeron que el pequeño anciano que veía caminar frente a la Biblioteca Hoover de Stanford era él. Por alguna razón, uno se sentía inclinado a pensar que llevaba décadas muerto, aunque de hecho por aquel entonces todavía no tenía ochenta años. Su momento histórico duró de marzo a noviembre de 1917, pero durante este período fue una figura central, tal como lo demuestran los persistentes debates de entonces y después sobre su deseo o capacidad para ser un Bonaparte. Esto rápidamente pasó a formar parte de la herencia de los soviets, ya que años después tanto Trotski como M. N. Roy argumentaron, en el contexto de la cuestión general del bonapartismo y la Revolución rusa, que la tentativa de Kerenski por convertirse en un Napoleón no podía llevarse a cabo dado que el desarrollo de la Revolución todavía no había sentado las bases necesarias para ello.[46] Estos argumentos se basaban en el intento (brevemente afortunado) del Gobierno Provisional de suprimir a los bolcheviques en el verano de 1917. Lo que entonces estaba en la mente de Kerenski sin duda no era convertirse a sí mismo en un Napoleón sino más bien resucitar otro aspecto de la Revolución francesa, a saber, el llamamiento de tipo jacobino a una guerra de resistencia patriótica contra Alemania que mantendría a Rusia dentro de la Gran Guerra. El problema era que los grandes revolucionarios, y no sólo los bolcheviques, se oponían a la guerra porque sabían que la exigencia de Pan, Paz y Tierra era lo que realmente movilizaba a la mayor parte de las masas. Kerenski llevó a cabo el llamamiento, y una vez más lanzó al ejército ruso a una ofensiva en el verano de 1917. Fue un completo fracaso que cortó el cuello del Gobierno Provisional. Los soldados campesinos se negaron a luchar, volvieron a casa y empezaron a repartir la tierra. Quienes realmente tuvieron éxito en hacer volver al pueblo ruso a la guerra fueron los bolcheviques: pero *después* de la Revolución de Octubre y *después* de retirarse de la guerra mundial. Aquí el paralelismo entre bolcheviques y jacobinos era obvio. W. H. Chamberlin señaló con acierto que, en medio de la Guerra Civil rusa, las similitudes entre el éxito jacobino en la construcción de formidables ejércitos revolucionarios con reclutas del desmantelado viejo ejército real y «el igualmente chocante contraste entre la muchedumbre desesperanzada y desordenada que arrojó las armas y se negó a luchar antes de la paz de Brest-Litousk y el resuelto y efectivo Ejército Rojo que echó a los checoslovacos del Volga y a los franceses de Ucrania».[47]

No obstante, el debate real sobre el bonapartismo y Termidor se dio *después* de la Revolución de Octubre, y entre los diversos sectores del marxismo soviético y no soviético. Paradójicamente, se podría decir que estos debates prolongaron la influencia y el efectivo recuerdo histórico de la Revolución francesa, el cual de otro modo podría haberse olvidado dentro del museo de la historia pasada en la mayor parte del mundo, excepto, por supuesto, en Francia. Por eso, después de todo, 1917 se convirtió en el prototipo de la gran revolución del siglo xx, aquella a la que los políticos de este siglo se han tenido que adaptar. El enorme alcance y las repercusiones internacio-

46. Mahendra Nath Roy, *The Russian Revolution*, Calcuta, 1945, pp. 14-15; Trotski, *Russian Revolution*, pp. 663-664.

47. Chamberlin, «Bolshevik Russia», pp. 14-25.

41

nales de la Revolución rusa empequeñecieron los de 1789, y no existía precedente alguno de su mayor innovación, a saber, un régimen revolucionario social que deliberadamente fue más allá de la fase democrática burguesa, *y que se mantuvo permanentemente demostrando ser capaz de generar otros semejantes.* El jacobinismo del año II, sea cual fuere su carácter social, fue un episodio temporal. La Comuna de París de 1871, aunque se trató claramente de un fenómeno de clase obrera, no era un régimen en absoluto y apenas duró unas semanas. Su potencial como impulsor de posteriores transformaciones socialistas o posburguesas reside completamente en el obituario que Karl Marx hizo de ella, y que tan importante fue para Lenin y para Mao. Hasta 1917, incluso Lenin, como la mayoría de marxistas, no esperaba ni concebía una transición directa e inmediata hacia el «poder del proletariado» como consecuencia de la caída del zarismo. De hecho, a partir de 1917 y durante la mayor parte del siglo XX se ha considerado que los regímenes poscapitalistas son la consecuencia normal de las revoluciones. Efectivamente, en el Tercer Mundo, 1917 hizo sombra a 1789: lo que le mantenía vivo como punto de referencia político, y con ello le concedía una nueva vida de segunda mano, fue su papel en los debates internos de la propia Rusia soviética.

Termidor era el término utilizado con más frecuencia para describir cualquier desarrollo que señalara la retirada de los revolucionarios de posiciones radicales a otras más moderadas, lo cual los revolucionarios generalmente (pero erróneamente) identificaban como una traición a la revolución. Los mencheviques, que desde el principio se negaron a participar en el proyecto de Lenin para transformar una revolución burguesa en otra proletaria, basándose en que Rusia no estaba preparada para la construcción del socialismo, estaban dispuestos a detectar un Termidor en la primera ocasión (en el caso de Martov, ya en 1918). Naturalmente, todo el mundo lo reconoció cuando el régimen soviético inició la NEP (Nueva

Política Económica) en 1921, y acogió ese «Termidor» con cierto grado de autosatisfacción cuando se trataba de críticos del régimen, y con cierto grado de presentimiento si se trataba de bolcheviques (quienes asociaban Termidor y contrarrevolución).[48] El término en seguida se utilizó contra quienes proponían la NEP como un posible camino hacia adelante en lugar de una retirada temporal, como Bujarin. A partir de 1925 empezó a ser utilizado por Trotski y sus aliados contra la mayoría del partido, como una acusación general de traición a la revolución, agriando las ya de por sí tensas relaciones entre los distintos grupos. Aunque la flecha de la «reacción termidoriana» originalmente apuntaba hacia la perspectiva de Bujarin del desarrollo del socialismo, y de este modo erró el blanco cuando Stalin pasó a las filas de la corriente opuesta de industrialización ultrarrápida y colectivización en 1928, Trotski recuperó el grito de «Termidor» en la década de los treinta, cuando de hecho su juicio político ya estaba hecho pedazos. De una forma o de otra, Termidor seguía siendo el arma que Trotski esgrimía contra sus oponentes (y de forma suicida, pues en algunos momentos cruciales llegó a ver al políticamente desventurado Bujarin como un peligro mayor que Stalin). Efectivamente, a pesar de que nunca renunciara a esta consigna, retrospectivamente llegó a admitir que él y sus aliados se habían cegado con la analogía de 1794.[49]

La analogía termidoriana, cito a Isaac Deutscher, generó «un indescriptible calor y pasión en todas las facciones» de la lucha entre la muerte de Lenin y el triunfo de Stalin.[50] Deuts-

48. Para referencias, véase Boffa, *Il fenomeno Stalin*, p. 138; Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Londres, 1974, pp. 131-132.

49. «Sin embargo hoy debemos admitir que la analogía de Termidor sirvió más para nublar que para aclarar la cuestión», *The Workers' State and the Question of Thermidor and Bonapartism* (1935), Londres, 1973, p. 31.

50. Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed: Trotsky, 1921-1929*, Oxford, 1970 (hay trad. cast.: *Trotsky: El profeta desarmado*, Era, México, DF, 1968).

cher, que describe inusualmente bien esta atmósfera en su biografía de Trotski, también sugiere explicaciones plausibles de las «extrañamente violentas pasiones que encendía esta reminiscencia histórica libresca».[51] Por eso, del mismo modo que la Revolución francesa entre Termidor y Brumario, la Rusia soviética entre 1921 y 1928 vivió claramente en un ínterin. A pesar de que la política de transformación de Bujarin basada en la NEP, justificada recurriendo a Lenin, hoy se vea como la legitimación histórica de la política de reforma de Gorbachov, en los años veinte no era más que una de las opciones políticas de los bolcheviques, y tal como sucedió, se trataba de una de las perdedoras. Nadie sabía qué podía pasar, o qué tenía que pasar, y si los artífices de la revolución estaban en posición de comandarla. En palabras de Deutscher, «trajo a sus mentes el elemento incontrolable de la revolución, del que cada vez eran más conscientes», y al que pronto me referiré.[52]

Aunque, mirados de forma retrospectiva, los años veinte les parezcan a los observadores soviéticos de los ochenta un breve período de esperanza económica y vida cultural anterior a la Rusia de la edad del hierro de Stalin, para los antiguos bolcheviques fueron la peor de las pesadillas, en la que las cosas más familiares devinieron extrañas y amenazantes: la esperanza de una economía socialista resultó no ser más que la vieja Rusia de *mujiks*, pequeños comerciantes y burócratas, donde sólo faltaba la aristocacia y la antigua burguesía; el Partido, la banda de hermanos entregados a la revolución mundial, resultó ser el sistema de poder de partido único, oscuro e impenetrable incluso para quienes formaban parte de él. «El bolchevique de 1917 apenas podía reconocerse en el bolchevique de 1928», escribió Kristian Rakovski.[53]

51. *Ibid.*, pp. 312, 313.
52. *Ibid.*, p. 312.
53. *Ibid.*, p. 437.

La lucha por el futuro de la Unión Soviética, y tal vez por el socialismo mundial, la llevaban a cabo pequeños grupos y facciones de políticos en medio de la indiferencia de una masa campesina ignorante y de la terrible apatía de la clase obrera, en nombre de la cual decían actuar los bolcheviques. Este, para los *connaisseurs* de la Revolución francesa, fue el paralelismo más evidente con Termidor. Según Rakovski, el Tercer Estado se desintegró una vez derrocado el Antiguo Régimen.[54] La base social de la Revolución se estrechaba, incluso bajo los jacobinos, y el poder lo ejercía menos gente que nunca. El hambre y la miseria del pueblo en tiempos de crisis no permitió que los jacobinos confiaran el destino de la Revolución a votación popular. La arbitrariedad de Robespierre y su mandato terrorista sumió a la gente en la indiferencia política, y esto fue lo que permitió a los termidorianos derrocar su régimen. Sea cual fuere el resultado de la lucha mantenida por pequeños puñados de bolcheviques contra el cuerpo inerte de las masas soviéticas (como escribió Rakovski tras la victoria de Stalin), no fue consecuencia de lo anterior. De hecho, Rakovski citó amargamente al Babeuf del período de Termidor: «Reeducar a la gente en el amor a la libertad es más difícil que alcanzarla».[55]

Lógicamente, ante semejante situación, el estudioso de la Revolución francesa debería esperar la aparición de un Bonaparte. El propio Trotski llegó a ver a Stalin y al estalinismo bajo este prisma, aunque desde el principio, una vez más, su proximidad al precedente francés nubló su juicio y le llevó a pensar *literalmente* en un Dieciocho de Brumario, a saber, un golpe armado contra Stalin.[56] Pero, paradójicamente, los oponentes de Trotski utilizaban la acusación de bonapartismo so-

54. Véase *ibid.*, pp. 435-437.
55. *Ibid.*, p. 437.
56. *Ibid.*, pp. 458-459.

43

bre todo para defenderse de las acusaciones de Termidor. Al fin y al cabo, Trotski había sido el principal arquitecto y jefe efectivo del Ejército Rojo y, como de costumbre, conocía suficientemente bien el precedente y renunció a su cargo de Comisario de Guerra en 1925 para hacer frente a las acusaciones de que albergaba ambiciones bonapartistas.[57] La iniciativa de Stalin en estas acusaciones probablemente fue insignificante, aunque sin duda les dio la bienvenida y las utilizó. En su obra no se hace patente que sintiera especial interés por la Revolución francesa. Sus referencias históricas pertenecen esencialmente a la historia rusa.

Así, la lucha de los años veinte en la Unión Soviética la dirigieron una serie de acusaciones mutuas tomadas de la Revolución francesa. Dicho sea de paso, es un aviso ante una excesiva tendencia a buscar en la historia un modelo para repetirlo. En la medida en que se trataba de un mero intercambio de insultos, las acusaciones mutuas de termidorianismo y de bonapartismo no tenían la menor relevancia política. En la medida en que quienes las defendían se tomaban en serio las analogías con 1789-1799, las más de las veces éstas los despistaban. Sin embargo, indican la extraordinaria profundidad de la inmersión de los revolucionarios rusos en la historia de sus predecesores. No es tan importante que un Trotski mencione lo que un jacobino insignificante (Brival) dijo en la Convención Nacional el día después de Termidor, en su defensa ante la Comisión de Control de 1927 (ocasión que contenía una reminiscencia más profética de la Revolución, a saber, una voz de alarma ante la guillotina que iba a volver en los años treinta).[58] Lo más chocante es que el primer hombre que estableció públicamente el paralelismo entre la Rusia posterior a Lenin y

57. Esta es la versión de Cohen, *Bukharin*, p. 131. Deutscher, *Prophet Unarmed*, pp. 160-163, tiene más matices.
58. Deutscher, *Prophet Unarmed*, pp. 342-345.

Termidor no fue un intelectual, sino el secretario de la sede del Partido en Leningrado en 1925, un trabajador autodidacto llamado Pietr Zalutsky.[59]

Mas existía una importante distinción entre Termidor y bonapartismo como consignas. Todo el mundo era contrario a los dictadores militares. Si había algún principio fundamental entre los revolucionarios marxistas (y sin duda la memoria de Napoleón contribuyó a ello) éste era la necesidad de una supremacía absoluta del partido civil sobre los militares, por más revolucionarios que fueran. Al fin y al cabo, esta fue la razón por la que se creó la institución de los comisarios políticos. Cuanto menos se puede decir que Napoleón de hecho no traicionó a la Revolución, sino que la hizo irreversible al institucionalizarla en su régimen. Había comunistas heterodoxos (como M. N. Roy) que se preguntaron: «¿Qué sucederá si la revolución proletaria de nuestros días tiene su propio bonapartismo? Tal vez sea un paso necesario».[60] Mas estos sentimientos eran apologéticos.

Por otra parte, Termidor puede verse no como una traición a la Revolución o como una forma de conducirla a su final, sino como el paso de una crisis a corto plazo a una transformación a largo plazo: al mismo tiempo retirada de una posición insostenible y avance hacia una estrategia más viable. Al fin y al cabo, la gente que derrocó a Robespierre el Nueve de Termidor no eran contrarrevolucionarios, sino sus camaradas y colegas de la Convención Nacional y del Comité de Salvación Pública. En la historia de la Revolución rusa hay un momento claro en el que los bolcheviques se vieron forzados a hacer algo similar, aunque sin sacrificar a ninguno de sus líderes.

El despiadado «comunismo de guerra» con el que el go-

59. *Ibid.*, pp. 244-245.
60. Roy, *Russian Revolution*, pp. 14-15.

bierno soviético pudo sobrevivir a la guerra civil de 1918-1920 se corresponde con las análogas políticas de emergencia del esfuerzo bélico jacobino, hasta el punto de que en ambos casos hubo entusiastas revolucionarios que concibieron la forzosa austeridad de dicho período como un primer paso de su utopía, tanto si la definían como una virtud espartana e igualitaria como si lo hacían en términos marxistas. En ambos casos, la victoria hizo que los regímenes en crisis resultaran políticamente intolerables y, por supuesto, innecesarios. Bajo la presión de la revuelta tanto campesina como proletaria, tuvo que instituirse la Nueva Política Económica en 1921. Sin duda era un retroceso de la Revolución, pero era inevitable. ¿Pero acaso no podríamos verlo como, o transformarlo en, un paso planeado hacia un modelo de desarrollo forzosamente menos drástico, pero a largo plazo mucho mejor asentado? Las opiniones de Lenin no eran firmes ni consistentes, pero (siempre con su característico realismo político) se fue inclinando progresivamente por la política de reformas posrevolucionarias y el gradualismo. Lo que había exactamente en su mente, especialmente en sus dos últimos años, cuando las circunstancias le impedían escribir, y al final incluso hablar, sería objeto de otro debate.[61] Sin embargo, el hombre que escribió: «Lo realmente nuevo en el momento presente de nuestra revolución es la necesidad de recurrir a un método de acción "reformista", gradual y cuidadosamente indirecto en las cuestiones fundamentales de la construcción económica», no pensaba en términos de un drama repentino.[62] Es igualmente cierto que Lenin no tenía intención de abandonar la construcción de una sociedad socialista, aunque en el último artículo que publicó dijo: «nosotros ... carecemos tanto de civilización, que podemos pasar directamente al socialismo, aunque no tengamos los requisitos necesarios para ello».[63] Hasta el final de su vida confió en que el socialismo llegaría a triunfar en el mundo.

61. Me siento inclinado a seguir a Moshe Lewin en *Lenin's Last Struggle*, Nueva York, 1968, el cual ve a Lenin en sus últimos años respaldando la evolución gradual. No obstante, la cuestión, aunque actualmente sea políticamente importante para la URSS, es especulativa. Lenin abandonó toda actividad efectiva en marzo de 1923. Lo que habría pensado o hecho si hubiese vivido para juzgar la situación de 1927 o 1937 sólo lo podemos imaginar.

62. Mencionado en Cohen, *Bukharin*, p. 133.

Por eso no es sorprendente que, en la atmósfera de la Unión Soviética de Gorbachov, se le atribuya a Lenin una opinión sobre Termidor más positiva que la habitual; incluso con la idea de que uno de los principales problemas de la Revolución fue asegurar su propia «autotermidorización».[64] En ausencia de toda documentación, debemos mostrarnos escépticos. Las connotaciones de la palabra *Termidor* en el contexto contemporáneo bolchevique y comunista internacional eran tan uniforme y decididamente negativas, que uno se sorprendería de encontrar a Lenin utilizando un término semejante, aunque tal vez no se sorprendería tanto como al encontrar a Lenin pidiendo a los bolcheviques que fueran reformistas. Sea como fuere, incluso si no lo hizo, la referencia a la «autotermidorización» en el Moscú de 1988-1989 evidencia la fuerza y la persistencia de la Revolución francesa como punto de referencia para su gran sucesora.

Más allá de Termidor y de Bonaparte, de los jacobinos y del Terror, la Revolución francesa sugirió nuevos paralelismos generales con la Revolución rusa, o más bien con las principales revoluciones que trajo aparejadas. Una de las primeras cosas que se observaron fue que no parecía tanto un

63. «Better Fewer bur Better», *Pravda* (2 de marzo de 1923), publicado en *Collected Works*, Moscú, 1960⁴, vol. 38, pp. 487-502.

64. La frase me la comunicó un experto en historia del bolchevismo que la había oído en Moscú. Tras haber consultado con distintos expertos en historia soviética en Inglaterra, los Estados Unidos y la URSS, no ha aparecido ninguna fuente procedente en los trabajos no traducidos de Lenin ni en los escritos sobre sus últimos años.

45

conjunto de decisiones planeadas y acciones controladas por seres humanos, como un fenómeno natural que no estaba bajo control humano, o que escapaba a éste. En nuestro siglo hemos crecido acostumbrados a otros fenómenos de características similares: por ejemplo, las dos guerras mundiales. Lo que realmente ocurre en estos casos, la forma en que se desarrollan, sus logros, prácticamente no tienen nada que ver con las intenciones de quienes tomaron las decisiones iniciales. Tienen su propia dinámica, su propia lógica impredecible. A finales del siglo XVIII los contrarrevolucionarios probablemente fueron los primeros que advirtieron la imposibilidad de controlar el proceso revolucionario, pues ello les proporcionaba argumentos contra los defensores de la Revolución. No obstante, algunos revolucionarios hicieron la misma observación comparando la Revolución con un cataclismo natural. «La lava de la revolución fluye majestuosamente, arrasándolo todo», escribió en París el jacobino alemán Georg Forster en octubre de 1793. La revolución, afirmaba, «ha roto todos los diques y franqueado todas las barreras, encabezada por muchos de los mejores intelectos, aquí y en cualquier lugar ... cuyo sistema ha prescrito sus límites». La revolución simplemente era «un fenómeno natural demasiado raro entre nosotros para que podamos conocer sus peculiares leyes».[65] Por supuesto, la metáfora del fenómeno natural era un arma de doble filo. Si sugería catástrofe a los conservadores, se trataba de una catástrofe inevitable e imposible de detener. Los conservadores inteligentes pronto se dieron cuenta de que se trataba de algo que no podía suprimirse simplemente, sino que había que canalizar y domesticar.

Una y otra vez encontramos la metáfora natural aplicada a las revoluciones. Supongo que Lenin no conocía estos episo-

65. Georg Forster, *Im Anblick des grossen Rades, Schriften zur Revolution*, R. R. Wuthenow, ed., Darmstadt-Neuwied, 1981, pp. 133-134.

dios de la Revolución francesa cuando escribió, poco después de Octubre, refiriéndose a la situación ante la caída del zarismo: «Sabíamos que el antiguo poder estaba en la cima de un volcán. Diversos signos nos hablaron del profundo trabajo que se estaba haciendo en las mentes del pueblo. Sentimos el aire cargado de electricidad. Estábamos seguros de que estallaría en una tormenta purificadora».[66] ¿Qué otra metáfora, aparte de la del volcán y la del terremoto, podría acudir tan espontáneamente a la mente?

Pero para los revolucionarios, y especialmente para uno tan despiadadamente realista como Lenin, las consecuencias de la incontrolabilidad del fenómeno eran de tipo práctico. De hecho, fue el mayor opositor de los blanquistas y de los hombres que intentaban llevar a cabo una revolución mediante un acto de fe o un golpe, aunque precisamente por eso sus enemigos le atacaban. Estaba en el polo opuesto de Fidel Castro y Che Guevara. Una vez más, y especialmente durante y después de 1917, insistió en que «las revoluciones no pueden hacerse, no pueden organizarse en turnos. Una revolución no puede hacerse por encargo, se desarrolla».[67] «La revolución nunca puede preverse, nunca puede predecirse; proviene de sí misma. ¿Alguien sabía una semana antes de la revolución de Febrero que ésta iba a estallar?»[68] «No puede establecerse una secuencia para las revoluciones.»[69] Cuando algunos bolcheviques estuvieron preparados para apostar por el estallido de la revolución en Europa occidental, en lo que Lenin también tenía puestas sus esperanzas, repetía, una y otra vez, que «no sabemos ni *podemos saber* nada de esto. *Nadie* está en posición

66. (7 noviembre O.S. 1917), *Collected Works*, vol. 26, pp. 291-292.
67. *Collected Works*, vol. 24, p. 267 (discurso en la 7.ª Conferencia Nacional del RSDLP, abril de 1917).
68. «Letter to American Workers», *Collected Works*, vol. 28, p. 83.
69. «Political parties in Russia and the tasks of the proletariat» (abril de 1917), *Collected Works*, vol. 24, p. 103.

de saber» en qué momento la revolución acabaría con Occidente, ni si Occidente o los bolcheviques serían derrotados por una reacción o lo que fuere.[70] El partido tenía que estar preparado para hacer frente a cualquier contingencia y ajustar sus estrategias y sus tácticas a las circunstancias en cuanto éstas cambiaran.

¿Pero acaso no existía el riesgo de que, al navegar por los tempestuosos mares y corrientes de la historia, los revolucionarios se encontraran arrastrados hacia direcciones no sólo imprevistas e indeseadas, sino *alejadas* de su objetivo original? Sólo en este sentido podemos hablar de lo que Furet llama *dérapage*, el cual puede verse no como una desviación de la trayectoria del vehículo, sino como el descubrimiento de que la mentira de la tierra histórica es tal que, dadas la situación, el lugar y las circunstancias bajo las que se producen las revoluciones, ni siquiera el mejor conductor puede conducirlo en la dirección deseada. Esta, al fin y al cabo, era una de las lecciones de la Revolución francesa. En 1789 nadie pensaba en la dictadura jacobina, en el Terror, en Termidor o en Napoleón. En 1789 nadie, desde el reformista más moderado hasta el agitador más radical, podía dar la bienvenida a tales desarrollos, excepto, tal vez, Marat, quien a pesar de la maravillosa pintura de David, no fue llorado universalmente por sus colegas revolucionarios. ¿Acaso el compromiso de Lenin de tomar *cualquier* decisión, por más desagradable que fuese, que garantizara la supervivencia de la revolución, su rechazo total de una ideología que entorpeciera el camino a seguir, no corría el riesgo de convertir la revolución en algo distinto?

Como hemos visto, este temor pudo asomarse entre los bolcheviques tras la muerte de Lenin. Demostrando nuevamente su grandeza, el propio Lenin estaba francamente preparado para enfrentarse a esa posibilidad cuando, en las memorias que constituyen tan valioso relato testimonial de la revolución, Sujanov la sugirió. Es significativo que al confrontarla, Lenin recurriera una vez más al período de la Revolución francesa. Citó la famosa máxima de Napoleón: «Primero se inicia la batalla, luego se ve lo que hay que hacer» («On s'engage et puis on voit»). Iniciamos la batalla, dictaba el agonizante Lenin en 1923. Bueno, descubrimos que teníamos que hacer cosas que detestábamos hacer y que no habríamos hecho por propia iniciativa (firmar la paz de Brest-Litovsk, retirarse a la Nueva Política Económica «y así sucesivamente»).[71] Apenas podemos culparle por no especificar los detalles de ese «y así sucesivamente», o por insistir en que estas desviaciones y retrocesos eran «detalles del desarrollo (desde el punto de vista de la historia mundial desde luego eran detalles)».[72] No cabía esperar que no expresara su fe en la Revolución y sus objetivos a largo plazo, a pesar de que sepamos lo grandes que le parecían las dificultades, cuanto más remotas eran las posibilidades de avanzar, y cuán estrechas eran las «limitaciones campesinas» que confinaban al régimen.

Pero la fe de Lenin en el futuro de la Revolución rusa también se apoyaba en la historia: en la historia de la Revolución francesa. Como hemos visto, la lección más importante que los observadores del siglo XIX sacaron de ella fue que no se trataba de un acontecimiento sino de un proceso. Para alcanzar lo que Lenin y la mayoría de marxistas consideraban como el surgimiento lógico y «clásico» de una revolución burguesa, a saber, una república parlamentaria democrática, se necesitó casi un siglo. 1789 no era la Revolución, como tampoco lo eran 1791 ni 1793-1794, ni el Directorio, ni Napoleón, ni la Res-

70. «On the Revision of the Party Programme» (octubre de 1917), *Collected Works*, vol. 26, pp. 171-172.

71. Citado en Robert C. Tucker, *The Lenin Anthology*, Nueva York, 1975, p. 706.
72. *Ibidem*.



tauración, ni 1830, ni 1848, ni el Segundo Imperio. Todas ellas fueron fases del complejo y contradictorio proceso de crear el marco permanente de una sociedad burguesa en Francia. ¿Por qué no debía Lenin pensar en 1923 que la Revolución rusa también sería un proceso largo, con difíciles zigzags y retrocesos?

Es imposible decir, después de setenta años, la opinión que sobre este proceso tienen los observadores soviéticos. La Babel de voces discordantes que por vez primera desde la Revolución tienen ocasión de salir del país, todavía no puede analizarse históricamente. Sin embargo, una cosa está clara. La analogía con la Francia revolucionaria sigue viva. Dada la historia de la Unión Soviética, sería extraño que no fuese así. La propia historia de la Revolución está siendo reconsiderada. Podemos dar por seguro que Robespierre será un héroe bastante menos positivo en la nueva historiografía soviética que en el pasado. Pero en el bicentenario de la Revolución francesa, hubo otro paralelismo que sorprendió a los intelectuales de la Rusia de Gorbachov cuando el primer Congreso de Diputados del Pueblo, elegido por genuina votación, abrió sus puertas. Fue como reproducir la convocatoria de los Estados Generales y su transformación en la Asamblea Nacional que se estableció para reformar el reino de Francia. Esta analogía no es más realista que otros intentos por ver el modelo de un acontecimiento histórico en otro. También se presta a distintas lecturas, en función de la corriente política a la que pertenezca el lector. No es preciso estar de acuerdo con la versión de un reformista demócrata que, cuando a mediados de 1989 su facción no recibió suficientes votos en el Congreso de Moscú, escribió: «Hoy, cuando los acontecimientos acaecidos en Francia hace doscientos años están en nuestras mentes (y Gorbachov ha declarado que la *perestroika* es una revolución), me gustaría recordar que el "Tercer Estado" también lo constituía una tercera parte de los diputados, pero que fue ese tercio el que se convirtió en la auténtica Asamblea Nacional».[73] Sin embargo, no puede rendirse mayor tributo a la supervivencia del significado político de la Revolución de 1789 que el de seguir ofreciendo un modelo y un punto de referencia a quienes desean transformar el sistema soviético. En 1989, 1789 sigue siendo más relevante que 1917, incluso en el país de la Gran Revolución de Octubre.

73. Evgenii Ambarzumov, «Gorbaciov, guardati dai burocrati», *Unità* (29 de mayo de 1989), p. 1. En realidad Ambarzumov estaba equivocado: en 1789 el Tercer Estado tenía dos diputados por cada uno de los de los otros dos estados, y de este modo constituía la mitad del total de la asamblea. Tal vez esto sea un signo de que, aunque la memoria de la Revolución francesa siga viva en términos generales, setenta años han empañado el detallado conocimiento que antes se tenía en Rusia de la misma.

3. DE UN CENTENARIO A OTRO

El primer capítulo de este libro examina lo que la burguesía liberal del siglo XIX obtuvo gracias a la Revolución francesa. El segundo está dedicado a quienes desearon una revolución que les llevara más allá de los jacobinos y a quienes la temieron y, por consiguiente, asimila la experiencia de los años que siguieron a 1789. Nunca se habrá insistido demasiado en que tanto el liberalismo como la revolución social, tanto la burguesía como, al menos potencialmente, el proletariado, tanto la democracia (en la versión que fuere) como la dictadura, tuvieron sus ancestros en la extraordinaria década que comenzó con la convocatoria de los Estados Generales, la toma de la Bastilla y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Cualquier grupo, a excepción de los conservadores, podría rememorar parte de ella, o interpretar la historia de esos años de un modo conveniente para su causa. La política francesa, como bien sabemos, siguió desarrollándose como un drama de época cuyos protagonistas lucían gorros frigios. Los liberales moderados, o girondinos, sobre quienes un famoso aunque insulso poeta romántico y político, Alphonse de Lamartine (1790-1869), publicó una historia en varios volúmenes en vísperas de la Revolución de 1848, se distinguían porque su héroe era Mirabeau y tenían el propósito de desalentar

los excesos del jacobinismo. Cuando estalló la Revolución, Lamartine hizo todo lo que pudo para echar a un lado a los radicales izquierdistas y más tarde para suprimirlos. La corriente republicana principal, seguidora de Michelet y Auguste Comte, eligió a Danton como su héroe. Los revolucionarios republicanos izquierdistas tomaron primero a Marat y luego a Robespierre como su hombre, a excepción de los ateos más apasionados, quienes no podían tragarse su defensa de un Ser Supremo. Se ha sugerido que la identificación de las grandes figuras de la Revolución con posteriores y amargamente enfrentadas posiciones políticas hizo imposible que Francia desarrollara un culto a los Padres Fundadores, como sucedió en Estados Unidos. Que yo sepa, ninguno de ellos ha aparecido en los sellos de correos.[1]

Por el contrario, estas diferencias no fueron significativas para los bolcheviques rusos, siempre y cuando las figuras históricas fueran suficientemente revolucionarias. Ni siquiera tenían que ser ancestros del socialismo. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en Rusia, Lenin consideró que era importante educar políticamente a una población en gran parte analfabeta y para ello propuso, en 1918, que se levantaran monumentos dedicados a distintas personas que merecían el reconocimiento de la Revolución en lugares visibles de las ciudades, especialmente donde los soldados pudieran verlos, junto a lápidas con breves biografías. Naturalmente, entre estas personas se contaban comunistas y socialistas (Marx, Engels, Lassalle), radicales y precursores rusos (Radischev, Herzen, Perovskaya), libertadores en general como Garibaldi, y poetas progresistas. De los personajes de la Revolución francesa, cuya importancia destacaba, estaban Robespierre y Danton, ambos no socialistas, y en cambio (hasta donde yo sé) no

1. E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition* (Cambridge, 1983), p. 272 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1988).

hubo ningún Babeuf. Para las intenciones de Lenin, los revolucionarios victoriosos, por breve que hubiese sido su vida, eran claramente más importantes que sus posiciones ideológicas. Según parece, esta conmemoración de los revolucionarios franceses como ancestros de la Revolución de Octubre fue un breve episodio. Muchos monumentos desaparecieron debido a que, por razones de rapidez, se autorizó a los artistas a producir sus esculturas en yeso y terracota, a la espera de poder fabricar obras definitivas en bronce o mármol. No obstante, un relieve de Robespierre, realizado en 1920 por el creador de los monumentos a Robespierre, Danton y Herzen de Leningrado, todavía existe como una muestra del legado que se ha perdido.[2] A propósito, la Revolución francesa no parece ocupar un lugar importante en la iconografía y la toponimia posteriores de la Rusia soviética.

En resumen, todo el mundo tuvo su Revolución francesa, y lo que se celebraba, condenaba o rechazaba de la misma no dependía tanto de la política y la ideología de 1789 como de la propia situación del comentarista en el espacio y el tiempo. Esta refracción de la Revolución a través de los prismas de la

2. Véase M. L. Neiman, «Leninskii plan 'monumentalnoi propagandy' i pervye skulpturnye pamyatniki» en *Istoriya Russkogo Isskusstva*, vol. 6, Moscú, 1957, pp. 23-53, donde se dice que Lenin tomó la idea de la utopía de *La ciudad del sol*, de Tommaso Campanella. Para un versión resumida en inglés, véase Christine Lodder, *Russian Constructivism*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1983, pp. 53 y ss. A. Stigalev, «S. Konenkov i monumentalnaya propaganda», *Sovietskaya Skulptura*, Moscú, 1976, pp. 210-223, contiene detalles de cómo se estableció la lista de los sesenta y seis temas más importantes y una fotografía de Lenin descubriendo el monumento a Konenkov Stenka Razin en la Plaza Roja. Entre 1918 y 1920 se levantaron veinticinco monumentos en Moscú y quince en Leningrado. *Sovietskoe Isskusstvo 20-30 Godakh*, Leningrado, 1988, lámina 41, reproduce el relieve de Robespierre obra de Lebedeva. Para otras imágenes de los monumentos de 1918, véase Lodder, *Constructivism*, *Istoriya Russkogo Isskusstva XI*, *Serdzom Slushaya Revolutsiya: Isskusstvo Pervikh Let Oktyabra*, Leningrado, 1977, y *Shagi Sovietov: Kinokamera pishet istorigu 1917-1936*, Moscú, 1979, donde se reproducen instantáneas de noticiarios contemporáneos.

política contemporánea es el tema de este capítulo. Como veremos, dicho fenómeno se hizo patente en los debates y conflictos que rodearon el bicentenario revolucionario de 1989, o incluso el primer centenario, celebrado en 1889.

Nadie tenía la menor duda de que aquella era una ocasión política extraordinaria, tanto nacional como internacionalmente. Los embajadores de Rusia, Italia, Austria-Hungría, Alemania y Gran Bretaña (es decir, de todas las grandes potencias excepto Francia) se negaron significativamente a asistir a la celebración del aniversario de la sesión de los Estados Generales (elegida para señalar el principio de la Revolución); aunque *Le Temps* señalaba amargamente que sus predecesores *habían* asistido al primer aniversario de la toma de la Bastilla en 1790. *The Times*, de Londres, no dudaba de que actuaban acertadamente. «Desgraciadamente –decía– la Revolución que empezó bajo tan brillantes auspicios, en lugar de hacer reformas, terminó en el reino del terror, la confiscación y la proscripción, y con la decapitación del rey y la reina.» De modo que aunque otras naciones «que adoptaban gradualmente las reformas introducidas por la Revolución» de hecho no se negaban a celebrar el centenario, por más que se tendría que haber recurrido a diplomáticos de rango inferior, no podía esperarse que los embajadores, dada su condición de representantes personales de sus monarcas, hicieran acto de presencia para expresar su aprobación a los jacobinos.[3] Además, la República francesa intentó celebrar el centenario de su fundación no sólo con una ceremonia o dos, sino con la entonces habitual exposición internacional (una especialmente destacada, dado que su monumento más emblemático, la Torre Eiffel, sigue siendo el edificio de Francia más conocido a escala internacional). De modo que se ejercía presión sobre los franceses y, tal como *The Times* refirió, una vez más en tono conciliador:

3. *The Times* (4 de mayo de 1889), p. 7a.

«Gradualmente, bajo la influencia del buen sentido tanto en casa como en el extranjero [es decir, el temor al boicot], la Exposición ha perdido sus más íntimos vínculos con la Revolución», hasta el punto que su inauguración dejó de formar parte de los actos oficiales de la celebración del centenario.[4]

Naturalmente, hubo países donde el centenario fue un acontecimiento controvertido, por ejemplo en los Estados Unidos, donde Nueva York decoraba sus estatuas para celebrar el centenario de la toma de la Bastilla.[5] Para una República nacida de la revolución y vinculada con la Revolución francesa vía Lafayette y Tom Paine no podía haber ningún hecho de la misma demasiado difícil de digerir. Sin embargo, el joven pero buen estadista Woodrow Wilson (futuro presidente), que daba clases de historia en Bryn Mawr, vio el jacobinismo como el ejemplo menos adecuado para presentar ante los ojos de nadie, especialmente de los latinoamericanos. No obstante, fuera del hemisferio occidental las monarquías seguían siendo la forma de gobierno más universal y, aunque sólo fuese por este motivo, quienes gobernaban los estados eran muy susceptibles ante la celebración del regicidio.

De todos modos, la mayor controversia suscitada por el centenario no fue a propósito de la monarquía sino de la democracia. En eso residía la discusión, más que en el terror, en la proscripción (es decir, la persecución de los disidentes) o incluso en la más horrible pesadilla de la sociedad burguesa del siglo XIX: la confiscación de la propiedad privada. Francia eligió ser una república y una democracia en la década de los setenta del siglo XIX. Sus dirigentes se habían erigido deliberadamente en herederos de la Revolución al convertir el 14 de julio en la Fiesta Nacional y al escoger la *Marsellesa* como himno de la nación; y, a pesar de cierta resistencia en recordar

4. *Ibidem.*
5. *New York Times* (14 de julio de 1889), p. 9.

51

a Robespierre, cuyo nombre siguen llevando unas cuantas calles de Francia, la República no rechazaba la herencia jacobina. De hecho, en 1887 eligió a un hombre que llevó uno de los grandes nombres jacobinos a la presidencia (el nieto de Lazare Carnot, el Trotsky de los ejércitos revolucionarios), aunque por supuesto, el logro jacobino de ganar supremacía militar era el aspecto menos controvertido del régimen. El centro y la izquierda estaban de acuerdo en esta cuestión, de ahí que los grandes personajes del año II, sepultados oficialmente en el Panteón en 1889 coincidiendo con el aniversario de la abolición del feudalismo, fuesen tres hombres de armas, Carnot, Hoche y Marceau.[6] Aun así, aunque el centenario oficial evitó cuidadosamente rememorar las fechas más controvertidas posteriores a la proclamación de la República el 21 de septiembre de 1792 y se centró (como hizo el segundo) en los tres primeros meses de la revolución de 1789, tampoco llegó a repudiar ninguna parte de ella. El único acto historiográfico de la República en 1889 consistió en recaudar fondos para una edición nacional de la *Historia de la Revolución francesa* del jacobino Michelet. El municipio de París, entonces más radical, fue más lejos: erigió una estatua dedicada a Danton que todavía puede verse cerca de la parada de metro del Odéon, en el lugar que ocupaba la casa donde fue arrestado en 1794.

El jacobinismo era la parte más delicada de la revolución y en 1889 jacobinismo significaba democracia. Por eso, aunque los socialistas y otros revolucionarios sin duda estaban a su favor, y aunque la Segunda Internacional se fundó en París en 1889 (completamente consciente de la fecha y del lugar), el socialismo, durante la primera mitad de 1889, sólo fue una fuerza política importante en Alemania. Pronto llegaría a ser-

6. Pascal Ory, «Le Centennaire de la Révolution Française», en P. Nora, ed., *Les Lieux de mémoire*, vol. 1, *La République*, París, 1984, pp. 523-560, para estos y otros aspectos del centenario.

lo en Francia, pero después del centenario. La democracia era lo que preocupaba a los observadores.

Existe una gran diferencia entre el primer centenario y el segundo. Excepto en lo concerniente a la democracia, los liberales izquierdistas veían la Revolución como un importante acontecimiento histórico, cuyos principales logros se juzgaban en conjunto positivamente. «Los principios de la Revolución francesa –escribió un autor en la *Contemporary Review*– se han convertido en un bien común del mundo civilizado.» Que al recordar la Gloriosa Revolución de 1688, escribiera: «cubiertos por formas históricas fueron ingleses mucho antes de convertirse en franceses» sólo demuestra que los aprobaba.[7] El historiador liberal católico lord Acton, que fue catedrático en Cambridge durante la última década del siglo pasado, pensaba que la Revolución señaló «un inmenso paso adelante en la marcha de la humanidad, algo con lo que todos estamos en deuda debido a las ventajas políticas de las que hoy gozamos».[8] Un liberal inteligente y preocupado, Anatole Leroy-Beaulieu, convocó un banquete de centenario en el que diversos invitados extranjeros dieron sus opiniones, generalmente críticas, sobre la Revolución. Pero lo sorprendente del caso fue lo mucho que aceptaban de ella.[9] Naturalmente, el invitado norteamericano declaró que si alguien había inventado la libertad, se trataba de su pueblo y no de Francia. El invitado británico, supuestamente un *baronet* liberal unionista de la familia *whig*, declaró exactamente lo mismo. El alemán se felicitaba a sí mismo de que su país no hubiese sufrido una re-

7. Henry Dunckley, «Two Political Centenaries», *Contemporary Review*, 55 (1888), pp. 52-72.

8. «Lord Acton on the French Revolution», *The Nation*, 92 (30 de marzo de 1911), pp. 318-120. Lord Acton, *Lectures on the French Revolution*, Londres, 1910, fue una publicación póstuma.

9. «Le banquet du centenaire de 1789», en A. Leroy-Beaulieu, *La Révolution et le Libéralisme*, París, 1890, pp. 1-84.

volución y de que hubiese frustrado la guerra campesina del siglo XVI que pudo llegar a serlo, aunque reconoció que la Revolución había acelerado el desarrollo nacional alemán. Y si las grandes mentes de Alemania la aclamaban, se debía a que éstas seguían imbuidas de los principios que creían haber visto poner en práctica a los franceses. El italiano aclamó la contribución de la Revolución al Risorgimento y a la reconstrucción de las nacionalidades modernas, aunque, por supuesto, supo discernir entre los buenos y los malos elementos que ya estaban presentes en la tradición italiana. Los griegos, evidentemente, hicieron referencia a la tradición clásica, al tiempo que pagaban su tributo por la contribución en la revitalización de su país. Y así sucesivamente. En resumen, las críticas de los invitados de Leroy-Beaulieu encarnan la aceptación general, al menos en Occidente, de los principios de la Revolución.

Quienes pensaban que la Revolución era un desastre («la tremenda catástrofe de 1789 a la que siguieron cien años de revolución», tal como la llamaba la *Edinburgh Review*) lo hacían debido al elemento popular de la misma que se identificaba con el jacobinismo.[10] Pero aunque hubo las referencias obligadas al Terror, el enemigo real era «el principio según el cual la voluntad popular prevalece por encima de personas e instituciones», según lo describió Henry Reeve, un viejo amigo inglés de Guizot, Thiers y Tocqueville, al criticar los apasionadamente antirrevolucionarios *Orígenes de la Francia contemporánea* de Hippolyte Taine poco después de su aparición.[11] Henry Reeve pensaba que si se aceptaba este principio «se acabaría no sólo con los llamados límites constitucionales sino con los mismísimos fundamentos de la sociedad civil y de las leyes fundamentales de la moralidad».[12] Y en efecto, según otro crítico del libro

10. «The Centenary of 1789», *Edinburgh Review*, 169, pp. 519-536.
11. «Taine's Conquest of the Jacobins», *Edinburgh Review*, 155, pp. 1-26.
12. *Ibidem*.

de Taine, su más importante lección política era la desconfianza en los principios de un gobierno democrático.[13] Aunque cabe suponer que cuando la palabra *anarquía* acudía, y lo hacía con frecuencia, a los labios de los escritores antijacobinos para referirse a los derramamientos de sangre y a la ilegalidad, de hecho tenían algo menos drástico en mente. La *Edinburgh Review* habló de un descenso gradual a lo largo de los últimos cien años «a una situación de anarquía que amenaza la propia existencia de la nación» francesa.[14] Evidentemente esto no significaba que París, por no hablar de Borgoña, en 1889 tuviera algo en común con el Bronx de 1989, a pesar de que el autor pensara, sin dar pruebas de ello, que el anticlericalismo del gobierno significara «una gran relajación de las costumbres y un singular aumento de los crímenes».[15] Lo que quería decir, y lo que otros de sus simpatizantes quisieron decir, era que un siglo de revolución había dado a Francia «el sufragio universal sin inteligencia», para citar a Goldwin Smith, quien por ende veía la Revolución como «la mayor calamidad que se haya abatido sobre la raza humana».[16] El sufragio universal, para volver a la *Edinburgh Review*, «ha socavado gradualmente la autoridad de las clases ilustradas». No estaba forzosamente en lo cierto, pues, como escribió Smith, «lo que las masas queremos no es un voto ... sino un gobierno fuerte, estable, ilustrado y responsable».[17] La Revolución (aquí se hace referencia a Burke) había roto drásticamente con la tradición, y de este modo había terminado con las salvaguardas contra la anarquía.[18]

13. B. M. Gardiner en *The Academy*, 27 (4 de abril de 1885), pp. 233-234.
14. *Edinburgh Review*, «The Centenary», pp. 521-522.
15. *Ibid.*, pp. 534-535.
16. Goldwin Smith, «The Invitation to celebrate the French Revolution», *National Review* (agosto de 1888), pp. 729-747; «The Centenary of 1789», p. 522.
17. *Ibidem*.
18. A. R. D. Eliot, «The French Revolution and Modern France», *Edinburgh Review*, 187, pp. 522-548.



Las notas de histeria de estos ataques pueden parecernos exageradas, especialmente dado que ni siquiera los antijacobinos más rigurosos negaron (en esto se diferenciaban de los antijacobinos de 1989) que la Revolución había sido positiva para Francia. Había «incrementado tremendamente la riqueza material de la nación».[19] Había proporcionado a Francia un cuerpo sólido de campesinos propietarios, los cuales en el siglo XIX eran considerados elementos de estabilidad política.[20] Cuando analizamos estos textos antirrevolucionarios, nos encontramos con que lo peor que llegan a decir es que Francia, a partir de la Revolución, pasó a ser políticamente inestable (ninguno de sus regímenes duró más de veinte años, trece constituciones diferentes en un siglo, etc.).[21] Para ser justos, el año del centenario Francia estaba en medio de una grave crisis, el movimiento político del general Boulanger, el cual hizo pensar a más de un observador en militares que en tiempos pasados habían acabado con repúblicas inestables. Pero sea lo que fuere lo que se piense sobre la política francesa de los últimos veinte años del siglo pasado, parece absurdo que se hablara de ese país en términos apocalípticos en 1889. Se le podía reconocer como el mismo país que, veinte años después (cuando Boulanger, Panamá y Dreyfus todavía eran leyendas vivas), *The Spectator*, en una crítica de otro libro sobre la Revolución francesa, pudo describir como «el más firme, el más estable y el más civilizado de los países del continente».[22]

Lo que suscitaba esos terrores y pasiones no era el estado al que Francia se veía reducida tras un siglo de revolución,

19. «The Centenary», *Edinburgh Review*, p. 524.
20. Smith, «Invitation», p. 743.
21. *The Times* (27 de agosto de 1889), p. 3d: «Por eso la Revolución es un fracaso. Trece constituciones en un siglo ... reflejan de forma evidente la poca brillantez de los hombres que orquestaron esta inestabilidad crónica».
22. Crítica de la *French Revolution* de Alphonse Aulard en *The Spectator* (15 de octubre de 1910), p. 608.

sino el saber que los políticos demócratas, y todo lo que ellos implicaban, se estaban extendiendo por todos los países burgueses, y el «sufragio universal sin inteligencia» tarde o temprano se impondría. Esto es lo que Goldwin Smith quiso decir cuando escribió que «el jacobinismo ... es una enfermedad tan clara como la viruela. La infección está empezando a cruzar el Canal».[23] Durante este período, por primera vez, la democracia electoral con una base amplia pasó a formar parte integrante de la política de los países que hoy consideramos con una mayor tradición democrática; es decir, cuando ya no era sostenible el modelo de constitucionalismo liberal que los liberales burgueses como Guizot habían institucionalizado precisamente como una *barrera* para la democracia, donde los pobres y los ignorantes (por no mencionar a todas las mujeres) *por principio* no tenían derecho a voto. Lo que no se sabe con precisión es hasta qué punto estaban preocupadas las clases dirigentes por las implicaciones de la democracia electoral. Se fijaron en los Estados Unidos, como hiciera Tocqueville, pero a diferencia de éste lo primero que vieron fue el mejor Congreso y los mejores gobiernos que se podían comprar con dinero: sobornos, prebendas, demagogia y aparatos políticos (y en el período de disturbios posterior a 1880, descontento y agitación social). Se fijaron en Francia y vieron, en la larga sombra de Robespierre, corrupción, inestabilidad y demagogos, pero ningún aparato político. En resumen, vieron la crisis de los estados y las políticas conocidas hasta entonces. Sin duda el centenario de la Revolución les llenó de presagios.

Sin embargo, si dejamos a un lado a los reaccionarios más genuinos como la Iglesia católica de la encíclica de 1864 y del Concilio Vaticano I, que rechazaban todo lo acontecido en el desgraciado siglo XIX, en general la Revolución francesa no suscitó rechazos tan histéricos como los que he citado. Los

23. Smith, «Invitation», p. 745.

Orígenes de la Francia contemporánea de Taine se consideraban excesivos, al menos en el mundo anglosajón, incluso por parte de los simpatizantes del antijacobinismo. Los críticos plantearon algunas preguntas acertadas. ¿Por qué Taine no consideró que para los franceses de 1789 no era tan evidente como ahora que podían establecerse instituciones liberales sin hacer una revolución?[24] ¿Por qué no vio que la clave de la situación era que ni siquiera los moderados podían confiar en el rey? Si todo el mundo era tan fiel a la monarquía, ¿por qué Francia, que en 1788 no era republicana, jamás volvio a ser monárquica?[25] Taine no reconoció el dilema de todo partido que alcanzaba el poder: «Confiar en el apoyo de la muchedumbre parisiense significaba connivencia con crímenes y atropellos que imposibilitaban el establecimiento de instituciones libres en Francia. La represión de la muchedumbre parisiense implicaba reacción y muy probablemente la restauración del despotismo».[26] De hecho, con todo el respeto debido a un intelectual de su talla, el trabajo de Taine era considerado propagandístico más que científico. La amargura de los conservadores, pensaba *The Spectator*, inundó su libro. «Carece de distanciamiento científico, de amplitud de miras y de perspicacia», escribió *The Nation*. Normalmente los demás intelectuales franceses eminentes han gozado de más respeto que él en el extranjero.[27]

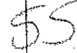
Ahora pasemos del primer centenario a los antecedentes del segundo. La primera cosa a destacar en el siglo que media entre ambos es que ahora sabemos mucho más sobre la historia de la Revolución francesa que en 1889. Una de las consecuencias más importantes, no tanto del primer centenario como de la adopción de la Revolución como acontecimiento fundador de la Tercera República, fue que se amplió su historiografía. En los años ochenta del siglo pasado Francia fundó un museo de la Revolución (el Museo Carnavalet de París) y también un curso (1885) y una cátedra (1891) de historia de la Revolución en la Sorbona. La novedad de dicha cátedra se hace patente en el hecho de que su primer ocupante, que llegó a ser la primera encarnación académica de la Revolución, ni siquiera contaba con una formación como historiador. Alphonse Aulard (1849-1928) era un estudiante de literatura italiana especialista en el gran poeta romántico Leopardi que se convirtió en historiador de la Revolución porque era un republicano comprometido.

24. Frank T. Marzials, «Taine's Revolution», *London Quarterly Review*, 66 (abril de 1886), pp. 24-48.

25. A. V. Dicey, «Taine's Gouvernement Revolutionnaire», *The Nation*, 40 (26 de febrero de 1885), pp. 184-185.

26. Dicey, «Taine's Origins», pp. 274-276.

27. «M. Taine on the Jacobin Conquest», *The Spectator*, 55 (18 de febrero de 1882), pp. 232-234; *The Nation*, 40 (5 de marzo de 1885), pp. 206-207.



Así, no debemos olvidar que en 1889 la historiografía académica de la Revolución estaba en su infancia. Acton, que conocía la historiografía internacional mejor que nadie, sólo mencionó a tres hombres que consideraba «historiadores modernos» en sus clases de 1895: Sybel, Taine y Sorel; y dos de ellos escribieron principalmente sobre los aspectos internacionales de la Revolución.[28] Pero esta situación pronto cambiaría. Hacia 1914 los sucesores de Aulard en la cátedra de la Sorbona ya eran adultos, y hasta el final de los años cincuenta la historia de la Revolución estuvo dominada por la longeva generación que alcanzó la madurez alrededor de 1900: Mathiez y Lefebvre nacieron en 1874, Sagnac en 1868 y Caron en 1875. (Aulard nació en 1849.) Con la excepción de Georges Lefebvre, exiliado en institutos de provincias, la nueva generación ya había publicado bastante (y Lefebvre, que sólo contaba en su haber con una monografía local, tenía prácticamente completada la investigación de su gran tesis sobre los campesinos del

28. Acton, *Lectures on the French Revolution*, pp. 345-373.

departamento del Norte y la Revolución, que se publicaría en 1924).

Contra lo que suele decirse, ninguno de estos historiadores era marxista. (De hecho, ni siquiera los rusos que iniciaron el estudio de la cuestión agraria en Francia durante este período y que estimularon a Lefebvre eran marxistas: I.V. Luchitskii [1845-1918] y N. I. Kareiev [1850-1931] eran liberales, aunque el segundo había tenido vínculos con el populismo.) Mathiez afirmaba ser socialista, pero sus contemporáneos coincidían en que era un hombre de 1793.[29] Lefebvre, socialista del industrial Norte, estaba mucho más influido por las ideas del movimiento obrero, y sin duda se impresionó ante la concepción materialista de la historia, pero su verdadero maestro fue Jaurès, el cual casó un poco de Marx (muy poco y mal comprendido, en opinión de los marxistas actuales) y un mucho de Michelet. Los historiadores de la Revolución francesa eran republicanos demócratas apasionados del jacobinismo, y esto les empujaba automáticamente a una posición en el límite izquierdo del espectro político. ¿Acaso no fue el propio Aulard, tan alejado de todo extremismo, quien pensó que la Revolución francesa conducía al socialismo, aunque sólo una minoría de franceses se diera cuenta?[30] No está del todo claro el significado que él y la mayoría de políticos que se declaraban socialistas en la Francia de 1900 daban a esta palabra, pero sin ninguna duda se trataba de un distintivo que indicaba una postura a favor del progreso, del pueblo y de la izquierda. Y no puede considerarse accidental que tantos artífices de la historiografía clásica de la Revolución procedieran de ese templo de la República, que no conocía enemigos en la izquierda, el baluarte de los seguidores de Dreyfus, la Escuela Normal Superior de la calle Ulm: el propio Aulard, Sagnac, Mathiez, Jean Jaurès (aunque no debemos olvidar, en la generación anterior, a Taine).

29. Hubert Bourgin, *De Jaurès à Leon Blum: L'École Normale et la politique*, París, 1938, p. 271.

30. Alphonse Aulard, *Histoire politique de la Révolution française*, París, 1905³, p. 46.

Echemos un vistazo cuantitativo y forzosamente impresionista a la historiografía de la Revolución a partir del primer centenario.[31] En una estimación aproximada, el Museo Británico (Biblioteca Británica) añadió más de ciento cincuenta títulos cada cinco años entre 1881 y 1900, más de doscientos cincuenta de 1901 a 1905, más de trescientos treinta de 1906 a 1910 y un máximo de aproximadamente cuatrocientos cincuenta títulos entre 1911 y 1915.[32] En la primera posguerra se mantuvo un nivel de 150-175 obras cada cinco años, pero en la segunda mitad de los treinta (la era del Frente Popular) éste aumentó significativamente a doscientas veinticinco, lo cual no queda reflejado en el análisis del *Times Literary Supplement*, a diferencia del *boom* anterior a 1914. Tras un modesto principio en la segunda posguerra, en los años sesenta y setenta el número de publicaciones se dispara: casi trescientas en la segunda mitad de los sesenta. El aumento en los setenta queda claramente reflejado en el *TLS*. Podemos dar por sentado que los años ochenta probablemente experimentarán un *boom* mayor que el que precedió a 1914 (consecuencia natural del segundo centenario, de los medios de comunicación modernos y de la publicidad de las editoriales).

31. Esto se basa principalmente en el índice de libros cuyas críticas aparecieron en el *Times Literary Supplement* a partir de 1902, los índices temáticos del British Museum (ahora British Library) a partir de 1881, y los índices de bibliotecas de investigación del área de Los Ángeles.

32. Los índices temáticos corresponden a 1881-1900, y a partir de ahí en períodos de cinco años. No me pareció necesario desmenuzar el primer volumen más minuciosamente. La estimación se basa en un recuento aproximado de los títulos por columnas bajo el encabezamiento general «*France, History, Revolution, Consulate and Empire 1789-1815*», calculando veinticinco títulos por columna antes de 1950 y veinte después. Los títulos relacionados con Napoleón y la historia militar (que suelen ser la mayor parte de la lista) se han omitido, pues presumiblemente su interés tiene poco que ver con lo que aquí nos ocupa.

Pero aunque la cantidad pueda indicar el nivel general de interés por la Revolución, nos dice poco sobre la naturaleza de dicho interés. Tal vez resulte útil echar un vistazo a la sección biográfica de este conjunto de obras. Antes de la primera guerra mundial está dominada por trabajos sobre la familia real francesa (María Antonieta y demás) que llenan columnas de bibliografía, los cuales probablemente atraían sobre todo a los lectores conservadores y contrarrevolucionarios. A partir de la primera guerra mundial esta rama de la historiografía revolucionaria pierde fuerza y en la actualidad es insignificante. Por otra parte, los estudios sobre las personalidades y los líderes revolucionarios y su obra los escribieron autores de distinta filiación política y con distintos grados de seriedad, abarcando desde el entretenimiento de salón hasta la erudición. Esto hace que la variación del interés por personajes concretos resulte instructiva. Así, el más moderado de los dirigentes, Mirabeau, tuvo su apogeo antes de 1914, año tras el cual el interés por su persona cayó en picado. Salvo en algún momento de los sesenta y de los ochenta, no despertó interés desde la segunda guerra mundial, a pesar de que un hombre que fue dirigente de la Revolución y un notable economista, además de pornógrafo, parece que debería atraer a los escritores.[33] El centrista Danton, menos relevante, tuvo su apogeo en los años veinte, con cierta actividad a principios de siglo, en los treinta y (como hemos visto) en tiempos del primer centenario. Robespierre no fue en especial preeminente hasta principios de siglo (corrió la misma suerte que Marat como representante del jacobinismo radical hasta entonces), pero después ha llamado más la atención que cualquier otro personaje, aunque muchos de los trabajos no son tanto biografías sino reflexiones sobre su papel en la República jacobina. No obstante, los momentos de apogeo de este personaje son la segunda mitad de los años treinta (la era del Frente Popular) y los sesenta y setenta. En la extrema izquierda, Marat ha cedido progresivamente su carácter emblemático a favor de Saint-Just, aunque en la Unión Soviética se mantiene cierto interés por él desde la Revolución de Octubre.[34] Aparte de la edición de Vellay de los escritos de Saint-Just de 1908, la Biblioteca Británica no tiene conocimiento de ninguna obra suya o sobre él anterior a la primera guerra mundial (contra los once títulos sobre Marat). El interés (que ya no refleja de forma adecuada la Biblioteca Británica) llegó a ser noticia en los treinta, pero (tal como cabía esperar de un personaje que, a diferencia de Marat, atrae básicamente a los intelectuales) alcanzó cotas modestas en los setenta y los ochenta. En la extrema izquierda, Babeuf, el primer comunista, pasa inadvertido hasta la primera guerra mundial y hace aparición en los treinta. Su período de máxima preeminancia fueron los años sesenta (que celebraron el bicentenario de su nacimiento) y los setenta. Todo esto sugiere que el máximo interés de la izquierda en la historiografía de la Revolución aparece en los años treinta y de nuevo en los sesenta y setenta. En ambos casos tenemos la combinación de un Partido Comunista fuerte y una mayor radicalización general. Contra esto hay que situar la reacción, que fue más política que historiográfica después de 1940 (Vichy confiscó por subversivo el libro *Ochenta y nueve* de Georges Lefebvre), pero que hoy es tanto lo uno como lo otro.[35]

Repasemos brevemente la producción historiográfica se-

33. En el Museo Británico registró quince títulos entre 1881 y 1900 (en todas las lenguas) o uno cada dos años, catorce entre 1901 y 1910, o 1,4 por año. En el período de entreguerras registró nueve títulos, o menos de uno cada dos años.

34. Dos de los cuatro títulos sobre él añadidos a partir de la guerra son rusos. Sus escritos se tradujeron al ruso en 1923 y 1956 (*Great Soviet Enciclopedia*, edición inglesa, art: «Marat»). En 1924 se habían hecho seis ediciones de *Marat and His Struggle against Counter-revolution* de I. Stepanov. Victor Daline, «Lénine et le Jacobinisme», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 43 (1971), p. 92.

35. Jacques Godechot, *Un Jury pour la Révolution*, París, 1974, p. 319.

57

ria. Podemos distinguir cinco períodos. Durante todos ellos, excepto en el último, el presente, lo más destacado de la historiografía sobre el tema era apasionadamente republicana y jacobina. Los eruditos no tenían en mucha consideración a los contrarrevolucionarios aunque éstos tenían numerosos lectores. Sólo uno de ellos fue candidato para rehabilitarse, a saber, Auguste Cochin (1876-1916), defensor de Taine ante los ataques de Aulard. La versión clásica radical-socialista de la Tercera República coincide con la era de Aulard. Tal como se ha sugerido, durante este período entre 1880 y la primera guerra mundial, se establecieron los fundamentos de la historiografía moderna. Tras la primera guerra mundial, en Francia el campo se desplaza hacia la izquierda y pasa a ser marcadamente socialista (Aulard estaba en declive mucho antes de su muerte en 1928) aunque una vez más los historiadores franceses socialistas y comunistas siguen comprometidos con los jacobinos, especialmente con Robespierre, y no con los ancestros de su propio movimiento, ni con el Lenin de 1917, que fue el único revolucionario que destacó a Danton como «el mayor maestro de la táctica revolucionaria que se conoce».[36] Los años veinte estuvieron dominados por Mathiez, quien, dicho sea de paso, subrayó sus convicciones socialistas al reeditar la *Historia socialista de la Revolución francesa* de Jaurès, que originalmente se había publicado bajo auspicios políticos más que académicos. Aunque nunca obtuvo *la* cátedra, dominó la Sociedad de Estudios Robespierristas, y con ella dicho campo. La versión de Mathiez fue la más influyente. Tuvo mucho éxito en los Estados Unidos, donde, tal vez gracias a su tradición republicana, las universidades demostraban un arraigado interés por la historia de la Revolución francesa (Harvard com-

36. *Collected Works*, vol. 26, pp. 132, 180-181. Las alabanzas de Lenin a Danton son particularmente significativas puesto que lo utiliza para convencer a sus camaradas de la necesidad de la Revolución de Octubre y de cómo debe llevarse a cabo dicha insurrección.

pró la biblioteca de Aulard). Su síntesis de la historia revolucionaria se tradujo en seguida y en los primeros años treinta se incluyó una versión abreviada de la misma en la *Encyclopedia of the Social Sciences* de Seligman, donde todavía puede consultarse provechosamente.

No voy a extenderme en la amarga hostilidad que Mathiez sentía por Danton, la cual le distanció de Aulard incluso antes de la primera guerra mundial, dado que su interés es limitado; en cualquier caso, cabe sospechar que en gran medida reflejaba los sentimientos edípicos de Mathiez ante el fundador del campo, a quien no pudo suceder en la cátedra de la Sorbona.

El sucesor de Aulard fue Philippe Sagnac, figura capital de la historiografía positivista francesa, quien no concedió mayor importancia a su posición. El sucesor *de facto* de Aulard fue Mathiez y el de éste Georges Lefebvre (1874-1959) quien, en 1932, se convirtió en presidente de la Sociedad de Estudios Robespierristas y en director de los *Annales Historiques de la Révolution Française* de Mathiez, que desde hacía tiempo reemplazaban al periódico *La Révolution Française* de Aulard como órgano de la historiografía revolucionaria. Lefebvre, que dominó los años treinta (y de hecho todo el período hasta su muerte), empezó muy despacio, tal vez porque carecía del respaldo de una institución de elite. Exiliado en las escuelas secundarias del Norte (se dice que fue el único defensor de Dreyfus que hubo en Boulogne-sur-mer) no podía concentrarse en la Revolución francesa, dado que sus superiores universitarios de Lille le persuadieron para que tradujera una obra entonces muy común, la *Constitutional History of England*, en tres volúmenes, de Stubbs, a la que añadió un suplemento en los años veinte. Esta inverosímil excursión por la historia medieval inglesa, más inverosímil todavía si pensamos que el autor de este clásico victoriano era un obispo, al menos tuvo la ventaja de hacer que los historiadores ingleses conocieran a Lefebvre antes que los norteamericanos. La única vez en su

vida que salió de Francia fue para realizar una visita académica a Inglaterra en 1934. Es muy posible que Lefebvre pasara varias noches en Gran Bretaña sin haber dormido nunca (a los sesenta años) en París. Tras la publicación de su gran obra sobre el campesinado, ya podía ocupar una cátedra universitaria: primero en Clermont-Ferrand (por aquel entonces la Siberia académica de Francia), luego en Estrasburgo, ciudad abierta al talento desde que Francia la recuperara después de la guerra, y base de operaciones de Marc Bloch y Lucien Febvre en su ataque contra la ortodoxia histórica publicada en los *Annales*, antes de salir a conquistar París. Lefebvre también fue a París en 1935, donde finalmente ocupó la canónica Cátedra de Historia de la Revolución tras la jubilación de Sagnac en 1937.

Por más lento que fuera su principio, Lefebvre recuperó el tiempo perdido. Los años treinta estuvieron dominados por una serie de títulos clásicos: el estudio de 1932 sobre *El gran pánico de 1789*, que es el punto de partida de la mayor parte de la actual «historia desde abajo» (término acuñado por Lefebvre); la excelente historia de Europa en la era napoleónica (1935), superior al volumen anterior sobre la Revolución francesa que sólo escribió parcialmente (pero que luego revisó); la continuación de los tres volúmenes de Mathiez sobre la era de Termidor (Lefebvre no publicó el último volumen sobre el Directorio hasta 1946); y, por encima de todo, el monumento más impresionante que persona alguna erigiera en 1939, año del ciento cincuenta aniversario de la Revolución, un pequeño libro que en francés se titula simplemente *Quatre-Vingt Neuf (Ochenta y nueve)*, cuya versión en inglés, *The Coming of the French Revolution*, obra de R. R. Palmer, está extraordinariamente difundida en el mundo anglosajón. Era el tributo del agonizante Frente Popular francés a la Revolución que ya no podía conmemorar adecuadamente. Este libro es esencialmente lo que la historiografía revisionista moderna ataca, aunque no

sin respeto. Pues Lefebvre, tanto si estamos de acuerdo con él como si no, fue un gran historiador. En opinión de este escritor (del que escribe estas líneas), e incluso de los adversarios de Lefebvre, fue con diferencia el historiador moderno de la Revolución más impresionante. Políticamente, fue socialista mientras escribió sus principales obras, pero después de la guerra simpatizó con los comunistas.

Cabe hacer otras dos observaciones historiográficas sobre los años treinta. En primer lugar, aparecen tan completamente dominados por Lefebvre principalmente porque otro gran historiador de la Revolución francesa es conocido fundamentalmente como historiador económico y social: me refiero a Ernest Labrousse (1895-1988), que murió con más de noventa años. Labrousse era otro de los intelectuales comprometidos con la izquierda que se entregó a la historia, aunque políticamente fue más activo que la mayoría. Tras una breve pertenencia al Partido Comunista en los primeros años veinte posteriores al congreso de Tours, cuando se escindió la mayoría de los socialistas, retornó al Partido Socialista y se convirtió en el jefe de gabinete de Léon Blum durante un tiempo. Su principal obra sobre la Revolución fue un extenso estudio de la crisis económica del Antiguo Régimen en la segunda mitad de la década de los ochenta del siglo XVIII. Explicó el origen de la Revolución en términos de una coincidencia de una grave crisis económica y política del viejo sistema y más tarde escribió un ensayo («Cómo nacen las revoluciones»)[37] que intentaba hacer extensivo este modelo, digamos mecánico, a 1830 y 1848. Labrousse pertenece, por su biografía y su espíritu, a la Tercera República y a su tradición, pero, a diferencia de otros historiadores, se consideraba a sí mismo marxista, aunque en

37. Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944; «Comment naissent les révolutions» en *Actes du Centenaire de 1848*, París, 1948.

59

gran medida al hacerlo pensaba en el anticuado modelo económico-determinista o kautskiano. Braudel le consideraba como el único historiador de su talla y se lamentaba (o fingía lamentarse) de que la historia francesa sufriera porque él y Labrousse no se entendían. La otra observación sobre los años treinta es que fueron testigos del nacimiento de la erudición moderna sobre la historia revolucionaria en los Estados Unidos (donde el campo ya estaba establecido) y en Gran Bretaña, que actualmente son los principales centros no franceses donde se lleva a cabo esta investigación.

La posguerra hasta mediados de los sesenta (Lefebvre murió en 1959) estuvo dominada por Lefebvre y sus discípulos, que entonces estaban mucho más próximos al Partido Comunista; aunque su sucesor (tras un intervalo de Marcel Reinhard [1899-1973]), Albert Soboul (1914-1982), fue tan típicamente representativo de la tradición republicana como sus predecesores: existen unos maravillosos obituarios de Lefebvre y de Soboul obra de Richard Cobb, alumno del primero y amigo del segundo, aunque tan alejado del marxismo como sea posible, salvo por ser un historiador fascinado por el anonimato de la gente en las raíces de la historia, y por consiguiente atraído por los únicos historiadores que practicaban la historia de la gente corriente en la Revolución, Lefebvre y su discípulo comunista. Se observa de paso que el brillante grupo de jóvenes historiadores que dejaron el Partido Comunista a mediados de los cincuenta tras una fase de rígido estalinismo (el más importante de ellos, Emmanuel Le Roy Ladurie, describió su evolución político-educacional)[38] mostraron poco interés por la Revolución francesa, al tiempo que se sentían más atraídos por la escuela de los *Annales*; sea como fuere, dos antiguos comunistas, François Furet y Denis Richet, iniciaron la ola revisionista en Francia. Desde la muerte prematura de Soboul en 1982, Michel Vovelle (nacido en 1933) ocupa la cátedra de la Sorbona. También es comunista, pero su investigación se desarrolló en el campo de la historia cultural o historia de las «mentalidades», la cual ejerció una fuerte y beneficiosa atracción sobre varios historiadores izquierdistas en los años sesenta y setenta.

38. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Paris-Montpellier: P.C.-P.S.U. 1945-1963*, París, 1982.

No obstante, a partir de la guerra hay que dejar de pensar que la historiografía de la Revolución francesa sea principalmente francesa. Los propios discípulos de Lefebvre eran un grupo internacional, y el número de doctorados sobre el tema en Gran Bretaña se disparó en los años cincuenta y sesenta. Antes de 1910 no hubo ninguna tesis, desde entonces hasta 1950 hubo unas seis por década (nueve en los años treinta), y de pronto, dieciocho en los cincuenta y veinte en los sesenta.[39]

Veamos cuál es el significado de estas fases de la interpretación de la Revolución. En Francia reflejó la historia de la Tercera República mientras el régimen se mantuvo estable (esto es, hasta 1940). Es decir, la formación de la principal escuela francesa de historiadores de la Revolución refleja la institucionalización de la Tercera República como una democracia que se consideraba a sí misma fundada por la Revolución. En mi opinión, la gran explosión de historiografía revolucionaria a principios de siglo reflejó el triunfo de la República sobre las distintas crisis de su infancia. Un triunfo que culminaría con el caso Dreyfus, que se vería ratificado por la separación de la Iglesia y el Estado, y por la ascensión de los Socialistas Radicales como el principal partido de la República. Como bien sabemos, no eran radicales ni socialistas, pero estaban profundamente comprometidos con la República y en consecuencia con la Revolución. Muchos de sus dirigentes políticos, entre quienes destaca el rechoncho intelectual y gastrónomo Édouard

39. P. M. Jacobs, *History Theses 1901-1970*, Londres, 1976.

Herriot (1872-1957) en el período de entreguerras (también era un *normalien*),* fueron historiadores de la Revolución. Herriot publicó un volumen de discursos titulado *Homenaje a la Revolución* el año de su ciento cincuenta aniversario, a pesar del hecho de que el Terror jacobino había hecho lo posible por arrasar su lugar de origen y base política, la gran ciudad de Lyon, debido a una supuesta actividad contrarrevolucionaria. (También escribió una historia sobre esto.)[40] El triunfo de la República sobre sus enemigos, tal como había demostrado el asunto Dreyfus, se basaba en la alianza del centro con la izquierda (incluso la extrema izquierda). El principio político fundamental de la Tercera República era, en consecuencia, «no hay enemigos en la izquierda», y por consiguiente no se rechazaba la herencia de la República jacobina. Aunque Robespierre y Saint-Just, como Marat, sólo despertaban entusiasmo en la extrema izquierda, incluso los moderados defendieron a Danton, que había sido jacobino pero oponente de Robespierre y de los excesos del Terror. Louis Barthou, un político republicano moderado conocido por su muerte (un terrorista yugoslavo lo asesinó en 1934 junto al rey Alejandro de Yugoslavia), escribió biografías de Danton y Mirabeau, así como un libro sobre el Nueve de Termidor, es decir, sobre la caída de Robespierre. Creo que aquí reside la clave de la idealización que Aulard hizo de Danton.

Tras el cambio de siglo, uno tiene la impresión de que durante algún tiempo la Revolución, para la mayoría republicana, fue más una cuestión de oratoria para el 14 de julio que una urgencia ideológica importante. El centro de gravedad de la historiografía revolucionaria se desplazó hacia la izquierda: no tanto en términos políticos como sociales. En mi opinión,

* Alumno de la Escuela Normal Superior. (*N. del ed.*)

40. *Hommages à la Révolution*, París, 1939; *Lyon N'est Plus*, 4 vols., París, 1937.

resulta significativo que la mayor parte del trabajo del sucesor de Aulard versara sobre el precio de los alimentos y el malestar social en la era del Terror, aunque Mathiez antes hubiese publicado sobre historia religiosa; o que el sucesor de Mathiez, Lefebvre, escribiera su tesis sobre el campesinado del Norte durante la Revolución; o que la obra capital de *su* sucesor, Soboul, se centrara en los *sans-culottes* parisienses (es decir, en las filas de los activistas de base). (A propósito, ninguno de estos historiadores idealizó el tema tratado: Mathiez y Soboul estaban claramente a favor de Robespierre contra sus oponentes de izquierdas, y Lefebvre vio a sus campesinos sin ilusiones, o mejor con la perspectiva de los jacobinos urbanos.)[41] En términos generales, la historia de la Revolución adopta progresivamente un cariz social y económico. Ya he mencionado a Labrousse, pero para tomar otro ejemplo de la anterior generación de expertos en la materia, Marcel Reinhard fue uno de los primeros en abordar la historia demográfica del período revolucionario, aunque también (algo más tarde) publicó la biografía del organizador militar jacobino Carnot.[42] Jacques Godechot (nacido en 1907), presidente de la Sociedad de Estudios Robespierristas, aunque al principio se interesara por la historia general e institucional, también acabó sumergido en la demografía. Podemos estar casi seguros

41. Albert Mathiez, *La vie chère et le monument social sous la Terreur*, París, 1927; Georges Lefebvre, *Les paysans du Nord pendant la Révolution Française*, París, 1924; Albert Soboul, *Les sansculottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire*, París, 1958 (hay trad. cast.: *Los sans-culottes*, Alianza, Madrid, 1987).

42. Para una relación pertinente de los historiadores de la Revolución francesa, véase Samuel F. Scott y Barry Rothaus, eds., *Historical Dictionary of the French Revolution 1789-1799*, 2 vols., Westport, 1985, y más resumido en *The Blackwell Dictionary of Historians*, Oxford, 1987, pero no François Furet, «Histoire Universitaire de la Révolution», en François Furet y Mona Ozouf, eds., *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, París, 1988, que debe considerarse como una polémica personal, en muchos casos por omisión.



de que esto no era un reflejo del marxismo (pues la tradición marxista es muy desdeñable en Francia) sino del movimiento obrero socialista: si se quiere, de la influencia de Jaurès. No obstante, ayudó a que la historiografía revolucionaria se situara en un terreno común a los marxistas, quienes fundaron la primera escuela interesada por las dimensiones económicas y sociales de la historia. En los años treinta esta convergencia se vio reforzada por un desarrollo crucial: la ascensión del fascismo internacional, el cual supuso el despertar de la mayoría de escuelas reaccionarias, tradicionalistas y conservadoras.

Este proceso fue crucial porque el fascismo era la quintaesencia de quienes de buen principio habían rechazado la Revolución de plano. De hecho, hasta mediados del siglo XX, la extrema derecha casi podía definirse en función de su rechazo de la Revolución, es decir, no sólo del jacobinismo y su progenie política, sino del liberalismo, de toda la ideología de la Ilustración del siglo XVIII y del progreso del siglo XIX, por no mencionar la emancipación de los judíos, que fue uno de los logros más significativos de la Revolución. La postura de la derecha francesa estaba clara: quería invertir la Revolución francesa, aunque la mayor parte de ella no creía en la restauración de la monarquía borbónica, restauración que sólo exigían los militantes más activos de Action Française. La única vez que la derecha francesa consiguió derrocar a la República, en 1940-1944, mantuvo a la monarquía fuera de la vista, a pesar de que su influencia ideológica sobre los hombres de Vichy era notable, limitándose a establecer un mal definido y autoritario «Estado francés». También estaba clara la postura de la Iglesia católica del Concilio Vaticano I. No esperaba abolir el espíritu de 1789 en todas partes (aunque lo hizo en la España de Franco), pero le habría gustado. Y por último tampoco cabía ninguna duda sobre las intenciones del fascismo. Mussolini lo dejó claro en el artículo que escribió para su Enciclopedia Italiana: estaba «contra el poco convincente positivismo

materialista del siglo XIX ... contra todas las abstracciones individualistas inspiradas en el XVIII ... y contra todas las utopías e innovaciones jacobinas».[43] Lo mismo se hacía incluso más evidente en Alemania, donde la ideología nacional desde hacía tiempo sospechaba tanto del liberalismo occidental como de los franceses por inmorales y nacionalistas, considerándolos lo que llamaban el enemigo hereditario de Alemania.

Inevitablemente, en los años treinta todos los antifascistas tendieron a reunirse alrededor de la Revolución francesa, pues ésta era el objetivo principal de sus enemigos. Podría decirse que reunirse en torno a la memoria de la Revolución francesa era ideológicamente lo que el Frente Popular era políticamente: la unión de todos los antifascistas. No fue casualidad que los sindicatos mineros franceses, después de 1936, financiaran la producción de la película de Jean Renoir sobre la *Marsellesa*, o, como yo mismo recuerdo, una elaborada producción teatral del más bien aburrido *Catorce de julio* de Romain Rolland que se presentó en París en el verano de 1936. Pero hubo otra razón para que el Frente Popular desarrollara el culto a la *Marsellesa*, a la tricolor y a los jacobinos de 1793-1794. Eran los primeros patriotas franceses, los salvadores de Francia en una guerra de defensa nacional (e ideológica) contra los reaccionarios locales que salieron al extranjero y se aliaron con los enemigos de su país.

Por razones que no deben preocuparnos ahora, en las dos últimas décadas del siglo XIX, el vocabulario del patriotismo y del nacionalismo franceses pasó de la izquierda a la derecha.[44] Una vez más por razones que no cabe considerar aquí, cuando la Tercera República oficial adoptó la *Marsellesa*, la tricolor y demás, la izquierda socialista y proletaria reaccionó apartán-

43. «Fascismo», *Enciclopedia Italiana*, vol. 14, p. 847.
44. Véase Antoine Prost, *Vocabulaire des Proclamations Electorales de 1881, 1885 et 1889*, París, 1974, pp. 52-53, 65.

dose del belicoso bando patriótico de la tradición jacobina. Se la asoció con el antimilitarismo e incluso con el pacifismo. Bajo la influencia del Partido Comunista de nuevo abrazaba los símbolos del patriotismo nacional, consciente del hecho de que la *Marsellesa* y los colores jacobinos también eran símbolos de la revolución social radical. El antifascismo y, más tarde, la resistencia ante la ocupación alemana fueron patrióticos y comprometidos con la transformación social. El Partido Comunista parecía pensar en ocupar el puesto de la tradición de la República: esto era una de las cosas que preocupaban a De Gaulle en los años de resistencia.

Tal como sucedió, la recuperación del patriotismo jacobino fue positiva ideológicamente, pues la debilidad de la historiografía francesa de derechas jamás había podido rechazar un episodio tan glorioso y triunfante de la historia de Francia como las victorias y conquistas de las eras revolucionaria y napoleónica. Los historiadores derechistas que escribieron elegantes e inteligentes versiones populares coincidían al cantar alabanzas al Antiguo Régimen y al denunciar a Robespierre. Pero, ¿cómo podían pasar por alto esas hazañas militares de los soldados franceses, sobre todo cuando iban dirigidas contra prusianos e ingleses? Todo esto hizo que la historiografía de la Revolución francesa deviniera más izquierdista y más jacobina. Políticamente, el Frente Popular se descompuso. Historiográficamente, produjo su mayor triunfo en 1939 mientras se avecinaba la guerra: *Ochenta y nueve* de Georges Lefebvre. Y si durante la siguiente generación dominó el campo, fue en memoria de la Resistencia y la Liberación tanto como de la Tercera República.

En esos días, la fusión de las tradiciones republicana, jacobina, socialista y comunista era prácticamente un hecho, puesto que el Frente Popular y luego la Resistencia convirtieron al Partido Comunista en el principal partido de la izquierda; y en los años treinta ya se puede seguir la pista a la in-

fluencia directa del marxismo sobre la izquierda francesa. ¿Pero cuál fue exactamente dicha influencia en términos de la Gran Revolución? El propio Marx nunca la analizó históricamente, mientras sí lo hizo con la Revolución de 1848 en Francia, con la Segunda República y con la Comuna de París. Incluso Engels, más dado a producir obras históricas, nunca escribió una versión coherente, siquiera a modo de discurso popular. Como hemos visto, la idea de la Revolución como la victoria burguesa en la lucha de clases, que Marx adoptó, procedía de los burgueses liberales de la Restauración. El marxismo dio la bienvenida a la idea de la Revolución como una revolución del pueblo e intentó enfocarla desde la perspectiva de la base social, aunque esto tampoco fue específicamente marxista: pertenecía a Michelet. La idealización del Terror y de Robespierre se remonta a los seguidores de Babeuf, y especialmente a Buonarroti, que transformó la Revolución radical de 1793-1794 en clave de comunismo proletario del siglo XIX. No obstante, aunque se admirara a Babeuf como comunista precursor, sin duda no atraía la atención de Marx más que Weitling o Thomas Spence, y el culto a Robespierre no era en absoluto marxista. Como hemos visto, la principal corriente marxista prefirió alinearse con Robespierre contra los ultrarradicales que le atacaban desde la izquierda, elección que sólo se comprende si se acepta que los marxistas adoptaron la tradición jacobina y no al revés. Resulta tan sorprendente que los comunistas modernos defiendan a Robespierre contra Hébert y Jacques Roux como lo sería que los socialistas y comunistas británicos, con toda su admiración por los regicidios y la república en el siglo XVII, defendieran a Cromwell contra los *levellers* y los *diggers*. De hecho, los historiadores marxistas comprometidos *tanto* con el concepto de la Revolución como revolución burguesa *como* con la República jacobina como encarnación de sus mayores logros, tuvieron serios problemas para decidir con exactitud quién representaba a la burguesía en la

63

era del Comité de Salvación Pública, al cual le gustaban tanto los hombres de negocios como a William Jennings Bryan los banqueros. A propósito, ni Engels ni Marx tuvieron una concepción tan simplista de la República jacobina.

Desde luego, Jaurès y sus sucesores dieron un cariz marxista a la interpretación jacobina de la Revolución, pero básicamente en el sentido de que prestaron más atención que sus predecesores a los factores sociales y económicos que residían en su origen y en su desarrollo, y especialmente en la movilización de su componente popular. En el sentido más amplio, la interpretación posterior a Jaurès que consideraba que la Revolución era burguesa no fue más allá de la tesis liberal de un trastorno, que ratificaba la lenta ascensión histórica de la burguesía, la cual en 1789 ya estaba preparada para reemplazar al feudalismo. Los marxistas también se mantuvieron dentro de los límites de la interpretación jacobina de esta cuestión. Los conocidos artículos sobre «riqueza no capitalista» de George V. Taylor, que, más que Cobban, constituyen el verdadero punto de partida del revisionismo, no eran tanto una crítica de la investigación marxista y jacobina sobre el tema, pues apenas existía, como la demostración de que no bastaba con *presuponer* la ascensión de una burguesía, sino que había que definir ese término y demostrar su ascensión.[45]

En resumen, los marxistas, más que contribuir a la historiografía republicana de la Revolución, se sirvieron de ella. Sin embargo, no cabe duda de que hicieron su propia historiografía, asegurándose así de que un ataque al marxismo también sería un ataque contra la misma.

45. «Types of Capitalism in Eighteenth Century France», *English Historical Review*, 79 (1964), pp. 478-497. «Non-Capitalist Wealth and the Origins of the French Revolution», *American Historical Review*, 79 (1967), pp. 469-496. Art, «Bourgeoisie» en Scott y Rothaus, eds., *Historical Dictionary*.

4. SOBREVIVIR AL REVISIONISMO

Durante los últimos veinte años hemos asistido a una reacción historiográfica masiva contra esta opinión canónica. Hace veinte años, John McManners, en la *New Cambridge Modern History*, ensalzaba con términos extravagantes a Lefebvre, cuya síntesis gozaba de un amplio respeto. Crane Brinton, típico defensor del leninismo, desestimó *Social Interpretation of the French Revolution* de Cobban, piedra angular del revisionismo, por considerarla obra de un anticuado historiador antiteórico que, dado que ni siquiera él podía prescindir de una «interpretación», proponía algo mucho más simplista que lo que él mismo rechazaba.[1] Pero en 1989, un libro excelente y equilibrado, basado en la vieja perspectiva, *La Révolution Française* (1988) de George Rudé, se descartó por ser obra de un hombre que «se preocupa por la distribución de la carga cuando el barco torpedeado ... está en el fondo del mar» y por ser «una recapitulación de viejas ideas que han perdido todo crédito a la luz de investigaciones más recientes. Ya no encaja con los hechos tal como éstos se perciben hoy».[2] Y un histo-

1. John McManners en *New Cambridge Modern History*, vol. 8, Cambridge, 1965, p. 651. Para la crítica de Crane Brinton, *History and Theory*, 5 (1966), pp. 315-320.

2. Norman Hampson, «The Two French Revolutions», *New York Review of Books* (13 de abril de 1989), pp. 11-12: Solé, *La révolution en questions*, p. 15.

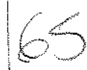
riador francés considera que el trabajo de François Furet consiste en «diffuser les thèses de Cobban et de ses successeurs» («difundir las tesis de Cobban y de sus sucesores»).[3] Dudo que algún período anterior de la historiografía revolucionaria haya sufrido una inversión de opiniones tan drástica como esta.

El exceso de extremismo de algunas de las exposiciones más comunes nos advierte que estamos tratando con algo más que con meras emociones académicas. Ejemplo de ello son las palabras «los hechos tal como se *perciben* hoy» (la cursiva es mía), pues no hacen referencia a los hechos sino a nuestra interpretación de los mismos. La tentativa por demostrar que la Revolución francesa según como se mire no fue *importante* lo confirma, pues no sólo no es plausible sino que va contra la opinión universal del siglo XIX. En resumen, se trata de lo contrario al inevitable cambio social que el joven Benjamin Constant, el primero y más moderado de los grandes burgueses liberales moderados tenía en mente cuando en 1796 escribió: «Al final, debemos ceder ante la necesidad que nos arrastra, debemos dejar de ignorar la marcha de la sociedad».[4] Fue (cito una opinión reciente) «azaroso al principio y poco efectivo al final».[5] Por supuesto hay ideólogos, algunos de ellos historiadores, que escriben como si la Revolución pudiera considerarse prescindiendo del contexto de la historia moderna (aunque el autor de la última cita no se cuenta entre ellos). Es evidente que pensar que la Revolución francesa no es más que una especie de traspié en la lenta y larga marcha de la eterna Francia es absurdo.

3. *Ibidem.*
4. «Il faut enfin céder à la nécessité qui nous entraine, il faut ne plus méconnaitre la marche de la société», en *De la force du gouvernement actuel et de la nécessité de s'y rallier*, una defensa del Directorio. Citado en M. Gauchet, «Benjamin Constant», en Furet y Ozouf, *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, París, 1988, p. 954.
5. Runciman, «Unnecessary Revolution: The Case of France», *European Journal of Sociology*, 23 (1982), p. 318.

La justificación oficial de esta inversión es que la investigación acumulada hace que las viejas opiniones resulten insostenibles. Por supuesto, la investigación en este campo ha aumentado considerablemente aunque no precisamente en Francia, y sin duda no entre los revisionistas de ese país. Paradójicamente, la ortodoxia historiográfica de posguerra, la escuela de los *Annales* (hasta donde era una escuela), no prestó demasiada atención a lo que consideraba como los fenómenos superficiales de la historia de los acontecimientos políticos incluidas las revoluciones. Esta podría ser una de las razones por las que la historia de la Revolución se dejó en manos de los marxistas, quienes creían que las revoluciones eran acontecimientos históricos importantes. Lo que la mayor parte de revisionistas franceses hace es, citanto el título del libro de François Furet, *Pensar la Revolución francesa*, es decir, hacer encajar los hechos conocidos de una forma distinta. Los nuevos hechos que han entrado en circulación se deben principalmente a los investigadores norteamericanos y británicos. En seis páginas de notas de un reciente libro revisionista, elegido al azar, encuentro ochenta y nueve referencias a trabajos extranjeros y cincuenta y una a obras francesas.[6] Dado el orgullo nacional de los eruditos franceses y la importancia de la Revolución en su historia nacional, uno podría sospechar que el sesgo ideológico puede haber ayudado a algunos de ellos a ser más receptivos ante las opiniones extranjeras. En cualquier caso, los principios del revisionismo se remontan a antes de que esas investigaciones estuvieran disponibles, a saber, al ataque que Alfred Cobban (1901-1968) inició en 1955 contra el concepto de la Revolución como re-

6. Solé, *La Révolution en questions*, pp. 366-367, 372-373, 386-387. Solé reconoce concretamente que «le deferlement des enquêtes et des hypothèses qui a suivi, outre-Manche et outre-Atlantique, depuis une vingtaine d'années, a contributé à renouveler de fond en comble notre compréhension des évènements survenus en France entre 1787 et 1799», p. 13.



volución burguesa.[7] En resumen, la discusión no se centra en hechos sino en interpretaciones.

Incluso se puede ir más allá. No se trata tanto de la Revolución francesa como de generalizaciones políticas e historiográficas. Un lector sin un compromiso historiográfico (por ejemplo, un sociólogo leído) puede señalar, una y otra vez, que a fin de cuentas existe muy poco desacuerdo sobre los hechos entre los revisionistas y los mejores miembros de la vieja escuela,[8] aunque los compendios de historia de Albert Soboul (que no su destacado trabajo sobre los *sans-culottes* parisienses) a veces quedan expuestos a las observaciones de Furet («une sorte de vulgate lenino-populiste»[9]). Si Georges Lefebvre no hubiese publicado sus obras en los años veinte y treinta, sino, como un investigador desconocido, en los sesenta y los setenta, seguramente no se habrían leído como los pilares de una ortodoxia que hoy suscita controversia. Se habrían leído como una contribución a su revisión.[10]

7. La exposición más completa de las opiniones de Cobban en su *The Social Interpretation of the French Revolution*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *La interpretación social de la Revolución francesa*, Narcea, Madrid, 1976); para su ataque original, véase *The Myth of the French Revolution*, Londres, 1955.

8. Runciman, «Unnecessary Revolution», véanse especialmente pp. 295, 299, 301.

9. Furet, «Le cathecisme révolutionnaire», *Annales E.S.C.*, 24 (1971), p. 261.

10. Georges Lefebvre, *Études sur la Révolution Française*, 1963; París, 1954, pp. 340-341. El texto se escribió en 1932. Por ejemplo: «No obstante, tal como Jaurès lo presentó, 1789 aparecía como un acontecimiento único y simple: la causa de la Revolución fue el poder de la burguesía que había alcanzado la madurez, y su resultado fue proporcionar una consagración legal a dicho poder. Hoy esta explicación nos parece excesivamente simple. En primer lugar, no explica por qué se produjo en ese momento y no en otro el advenimiento de la burguesía, y más concretamente, omite por qué en Francia adquirió la forma de una mutación repentina, cuando pudo haber tomado la forma de una evolución gradual, cuando no perfectamente pacífica, como sucedió en otras partes. Ahora sabemos que para que se produjera la Revolución, como acontecimiento específico de 1789, fue precisa la combinación extraordinaria e impredecible de una serie de causas inmediatas: una crisis financiera excepcionalmente seria, debida a la guerra americana; una crisis de desempleo, debido al tratado comercial de 1786 y a la guerra en el este; y por último, una crisis de alimentos y de coste de la vida debida a las malas cosechas de 1788 y al Edicto de 1787 que autorizaba la exportación de cereales y en consecuencia vació los graneros. Pero las causas a largo plazo de la Revolución cada vez nos resultan más complejas. Se ha demostrado que la razón que impidió que la monarquía superara su crisis financiera fue que su poder estaba deteriorado. Tal como nos dijo Mathiez, el rey ya no estaba en posición de gobernar. [Otros autores] ... ya habían señalado que la causa inmediata de la Revolución residía en el rechazo de los privilegiados a hacer cualquier sacrificio que el poder monárquico les exigiera, con lo cual provocaron que la monarquía convocara los Estados Generales ... Así, inicialmente, la Revolución sería aristocrática y no burguesa ...

»Está claro que la interpretación económica de la historia no nos compromete con puntos de vista simples. La ascensión de una clase revolucionaria no es necesariamente la única clave de su triunfo, y no es *inevitable* que tuviera que ser victoriosa, o en cualquier caso, victoriosa de modo violento. En el caso que nos ocupa la Revolución la promovieron quienes serían barridos por la misma, no sus futuros beneficiarios. Tampoco puede probarse que los aristócratas estuvieran en condiciones de imponer sus deseos al monarca. Nadie puede discutir que los soberanos del siglo XVIII no fueran conscientes de los progresos de la nobleza. ¿Acaso es imposible suponer que en 1787, o incluso en 1789, un gran rey, disfrutando de su prestigio, pudiera hacer entrar en razón a la nobleza? No, no lo es».

Utilicemos un ejemplo para aclarar este punto. Uno de los principales argumentos revisionistas contrario a considerar que la Revolución francesa fue una revolución burguesa es que dicha revolución, según los supuestos marxistas, debería haber impulsado el capitalismo en Francia, mientras es evidente que la economía francesa no fue muy boyante durante ni después de la era revolucionaria («Le mythe marxiste assimilant la Révolution à une étape décisive dans le développement de l'économie capitaliste est facilement démentie par la stagnation de l'économie pendant la période révolutionnaire et au delà»).[11] Cierto es que el desarrollo económico francés durante el siglo XIX fue por detrás del de otros varios países. El primer hecho ya lo conocía Friedrich Engels, el cual lo comentó sin percatarse de que podía invalidar sus opiniones.[12]

11. Solé, *La Révolution*, p. 267. «El mito marxista que ve la Revolución como el estadio decisivo del desarrollo de la economía capitalista puede refutarse fácilmente dado el estancamiento de la economía durante la era revolucionaria.»

12. Por ejemplo, la introducción de la edición inglesa de «Socialism, Utopian and Scientific», en *Werke*, vol. 22, p. 304.

La mayoría de historiadores económicos de la primera mitad de este siglo, incluidos los marxistas, aceptaron el segundo de manera generalizada. El gran número de obras sobre el «retraso económico» de Francia dan prueba de ello (aunque trabajos más modernos también han animado a los revisionistas). No obstante, Georges Lefebvre no sólo dio por sentado el efecto negativo de la Revolución sobre el desarrollo del capitalismo francés, sino que trató de explicarlo específicamente mediante el análisis de la población agraria de la Revolución. El portavoz de la ortodoxia revolucionaria burguesa, Albert Soboul, también utilizó este tipo de explicaciones para describir el relativo atraso del capitalismo francés respecto del inglés.[13] Es legítimo criticar a ambos, pero no por fracasar al observar lo que resulta tan evidente para sus críticos. Las discusiones sobre interpretaciones no tienen nada que ver con las discusiones sobre hechos.

Por supuesto, con esto no quiero negar que la investigación sobre la Revolución avanzó mucho a partir de la segunda guerra mundial (probablemente más que en cualquier otro período desde el cuarto de siglo anterior a 1914) y que su historiografía, en consecuencia, requiere una amplia revisión o puesta al día para tener en cuenta nuevas preguntas, nuevas respuestas y nuevos datos. Esto se hace más evidente para el período que conduce hasta la Revolución. Por eso, la «reacción aristocrática, que tomó forma y creció a partir del final del reinado de Luis XIV, y que es el aspecto más importante de la historia francesa del siglo XVIII», en palabras de Lefebvre, no ha sobrevivido y actualmente es difícil que alguien quiera resucitarla.[14] Generalizando, a partir de ahora la historia revolucionaria debe tener más en cuenta las regiones y los grupos

13. Lefebvre, «La Révolution française et les paysans» en *Études*, 1963; Albert Soboul, *Précis d'histoire de la Révolution française*, París, 1962, p. 477.
14. Lefebvre, «La Révolution», p. 340.

de la sociedad francesa que la historiografía tradicional de orientación política ignoró: especialmente a las mujeres, a los sectores «apolíticos» del pueblo francés y a los contrarrevolucionarios. Lo que no está tan claro es que deba tener tan en cuenta como hacen algunos historiadores las modas contemporáneas de análisis (historia como «retórica», revolución como simbolismo, deconstrucción y demás).

Es igualmente innegable que la historiografía republicana francesa tradicional, tanto antes como durante su convergencia y compenetración con la versión marxista, tendió a ser una ortodoxia pedagógica e ideológica que se resistía a cambiar. Pongamos un ejemplo. En los años cincuenta, la sugerencia de R. R. Palmer y Jacques Godechot de que la Revolución francesa formaba parte de un movimiento atlántico más amplio contra los antiguos regímenes occidentales[15] encontró una indignada oposición en los círculos de historiadores marxistas, a pesar de que la idea era sugerente e interesante, y de que ambos autores pertenecieran a la corriente principal de la historiografía revolucionaria.[16] Las objeciones fueron básicamente políticas. Por una parte, los comunistas de los años cincuenta eran muy suspicaces ante el término *atlántico*, pues parecía querer reforzar la opinión de que los Estados Unidos y Europa occidental estaban juntos contra la Europa del Este (como en la Organización del Tratado del Atlántico Norte). Esta objeción al *atlantismo* en historia como término político imprudentemente introducido en un campo académico la com-

15. R. R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution: A Political History of Europe and America 1760-1800*, 2 vols., Princeton, 1964. Jacques Godechot y R. R. Palmer, «Le problème de l'Atlantique du XVIIᵉ au XXᵉ siècles», Congreso Internacional de las Ciencias Históricas, *Relazioni*, vol. 5, Florencia, 1955, pp. 173-240. Para el debate, véase Congreso Internacional, *Atti del 10 Congresso Internazionale*, Roma, 1957, pp. 565-579.
16. El estudio de R. R. Palmer sobre el Comité de Salvación Pública, *Twelve Who Ruled*, Princeton, 1941, y la elección de Jacques Godechot para la presidencia de la Sociedad de Estudios Robespierristas también lo sugieren.

partieron los eruditos más conservadores.[17] Por otra parte, la sugerencia de que la Revolución francesa no era un fenómeno único y decisivo históricamente pareció debilitar la unicidad y el carácter concluyente de las «grandes» revoluciones, por no mencionar el orgullo nacional de los franceses, especialmente el de los revolucionarios. Si las ortodoxias eran muy sensibles ante modificaciones relativamente pequeñas, su resistencia ante retos más importantes sería mucho mayor.

Sin embargo, los retos a interpretaciones políticas o ideológicas no deben confundirse con las revisiones históricas, aunque no siempre ambas cosas puedan separarse claramente, y menos aún en un campo tan explosivamente político como el de la Revolución francesa. Pero cuando consideramos el reto actual, hasta donde es ideológico y político, se observa una curiosa desproporción entre las pasiones que suscita y los objetivos que se persiguen. Por eso, así como la difusión de la democracia política en las sociedades parlamentarias occidentales era la sombra que se perfilaba sobre los debates que surgieron en el primer centenario de 1789, también la Revolución Rusa y sus sucesores planearon sobre los debates suscitados en el bicentenario. Los únicos que siguen atacando a 1789 son los anticuados conservadores franceses y los herederos de esa derecha que siempre se ha definido a sí misma a partir del rechazo de todo aquello que defendió la Ilustración. Por supuesto, hay muchos de ellos. La revisión liberal de la historia revolucionaria francesa se dirige por completo, vía 1789, a 1917. Es una ironía de la historia que al hacerlo

17. Sir Charles Webster, tal vez el más distinguido de los historiadores de la política internacional británica de la época, dijo: «El Atlántico no se consideró una "región" hasta la segunda guerra mundial. Los informadores no han sabido enfatizar suficientemente la unidad del mundo. Por eso la "comunidad atlántica" tal vez sea un fenómeno contemporáneo. Se creó debido a la política de la URSS y si ésta cambia tal vez también lo haga aquélla». *Atti del 10 Congresso*, pp. 571-572.

ataque precisamente, como hemos visto en el primer capítulo, la interpretación de la Revolución que formuló y popularizó la escuela del liberalismo moderado de la que se consideran herederos.

De ahí el uso indiscriminado de palabras como *gulag* (tan de moda en los círculos intelectuales franceses desde Solzhenitsin), del discurso de Orwell en *1984*, de las referencias al totalitarismo, del hincapié en que los agitadores e ideólogos fueron los artífices de 1789 y de la insistencia en que los jacobinos fueron los ancestros del partido de vanguardia (Furet, poniendo al día a Cochin). De ahí la insistencia sobre el Tocqueville que veía continuidad en la historia contra el Tocqueville que veía la Revolución como la creadora de una «nueva sociedad».[18] De ahí, también, la preferencia por el viejo Guizot que afirmaba que la gente como él «rechazaban ambas aseveraciones: rechazan el regreso a las máximas del Antiguo Régimen así como cualquier adhesión, ni siquiera especulativa, a los principios revolucionarios»,[19] desdeñando al joven Guizot que en 1820 escribió:

> Sigo diciendo que la Revolución, fruto del necesario desarrollo de una sociedad en progreso, basada en principios morales, llevada a cabo en nombre del bien común, fue la *terrible* pero *legítima* batalla del derecho contra el privilegio, de la libertad legal contra el despotismo, y que sólo a la Revolución compete la tarea de controlarse a sí misma, de purgarse a sí misma, de fundar la monarquía constitucional para consumar el bien que empezó y reparar el daño que hizo.[20]

18. *Ancien Régime*, 1:72. Cf. Kahan «Tocqueville's Two Revolutions», pp. 587-588.

19. *Mémoires*, vol. 1, pp. 157-159, mencionado en la Introducción (de Pierre Rosanvallon) de Guizot, *Histoire de la Civilisation en Europe*, p. 14.

20. Mencionado en Mellon, *The Political Uses of History*, p. 29.

De ahí, en resumen, la línea general de los argumentos a favor de las reformas graduales y del cambio y la directriz del argumento específico según el cual la Revolución francesa no supuso una gran diferencia para la evolución de Francia y que cualquier diferencia que hubiese introducido podría haberse alcanzado pagando un precio mucho más razonable.[21]

De hecho, considerar que la Revolución francesa no logró nada si se tiene en cuenta el coste es el tópico de las historias escritas a modo de denuncias políticas contemporáneas, como el *bestseller* excepcionalmente elocuente de Simon Schama *Citizens*, que permite al autor concentrarse en lo que presenta como horrores y sufrimientos gratuitos. Sin duda, alguien que no se digne recordar por qué se luchaba en la segunda guerra mundial, al menos en Europa, escribirá una amarga historia de la misma con un estilo envidiable, considerándola una catástrofe inútil y probablemente evitable que causó más muerte y destrucción que la primera guerra mundial, y que logró pocas cosas que no pudieran haberse conseguido de otra manera. Por supuesto, es más fácil observar tales acontecimientos con la suficiente distancia como para que no sea preciso comprometerse con ellos. Schama no se compromete como un experto en la materia; por eso, aunque se haya leído mucho, su libro no debe sumarse a los conocimientos disponibles actualmente. La elección que hace el autor de una narrativa centrada en personas e incidentes concretos evita claramente los problemas de la perspectiva y la generalización. Y al escribir ciento cincuenta años después de Carlyle, cuya técnica de teatro realista recupera, Schama deja de sentirse parte del drama, cosa que sí hacía Carlyle, para convertirse en desencantado cronista de los crímenes y locuras de la humanidad.

21. Para una declaración extrema, véase Sédillot, *Le coût de la Révolution française*, pp. 268-279.

Sin embargo, aunque es bastante frecuente que los intelectuales liberales utilicen la experiencia de la Revolución francesa como un argumento contra las revoluciones comunistas modernas, y a la inversa, para ser críticos con Robespierre a la luz de Stalin o Mao (como los propios historiadores soviéticos hacen en la actualidad), a simple vista, los peligros de la revolución social de los rusos y los chinos, o si se prefiere, de los camboyanos o de los peruanos de Sendero Luminoso, parecen bastante remotos en los países desarrollados de los años ochenta, incluida Francia (más remotos incluso que los posibles peligros de la democracia en 1889). Es lógico que los historiadores que han vivido la experiencia de atrocidades mucho mayores que las de 1793-1794 la utilicen al abordar la última década del siglo XVIII, del mismo modo en que es lógico que los historiadores británicos que vivieron la segunda guerra mundial reconsideren el Terror del año II como tal vez el primer ejemplo de la completa movilización militar a la que acababan de asistir. Sin embargo, ¿por qué alguien que no haya rechazado siempre 1789 debería insistir en que la Revolución francesa es un ejemplo de lo que puede suceder cuando las revoluciones no se evitan, o presentar estimaciones de las pérdidas y trastornos que supuso para Francia (que ningún historiador serio ha intentado ocultar) cuando, entre los peligros reales para el tejido social de Francia, o de todas las sociedades urbanas modernas, los que presentan los sucesores de Robespierre y Sain-Just probablemente son menos importantes? Hay una apreciable desproporción entre el mero hecho del bicentenario en un mundo occidental relativamente estable y las pasiones que ha suscitado en Francia, aunque debe decirse que en otras partes se celebró con un espíritu menos contencioso.

Lo que era explosivo en la Francia de 1989 no era el estado del país, sino las pasiones de sus intelectuales, especialmente de aquellos cuya presencia en los medios de comunica-

69

ción les confería una preeminencia inusual.[22] El ataque revisionista contra la Revolución no reflejaba el temor ante un peligro de agitación social, sino un ajuste de las cuentas existentes en el Banco de la Izquierda de París. Principalmente un ajuste de cuentas con el pasado de los propios escritores, es decir con el marxismo, que tal como señaló Raymond Aron, fue el fundamento general de las sucesivas modas ideológicas que dominaron la escena intelectual parisiense en los treinta años siguientes a la Liberación.[23] Los detalles de este capítulo de la historia intelectual francesa no son objeto de este estudio. Sus orígenes se remontan al período del fascismo, o mejor del antifascismo, cuando la ideología tradicional de la Ilustración y los valores republicanos (la creencia en la razón, la ciencia, el progreso y los Derechos del Hombre) convergieron con el comunismo, justo cuando éste pasó a ser despiadadamente estalinista incluso en el Partido Comunista de Francia, que a partir de entonces, entre 1935 y 1945, se convirtió en la mayor organización política del país, absorbiendo la tradición jacobina.

Por supuesto, no todos los intelectuales de la izquierda fueron miembros del Partido Comunista, aunque el número de alumnos afiliados durante la posguerra, especialmente en algunas instituciones de elite, era impresionante: durante la primera Guerra Fría casi la cuarta parte de los estudiantes de la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm, establecimiento

22. Véase la entretenida obra de Hérvé Hamon y Patrick Rotman, *Les intellocrates: Expédition en haute intelligentsia*, París, 1981. Tal vez no deje de ser relevante que la lista de los veinticinco intelectuales «que tienen un papel preponderante en la circulación de ideas» contenga sólo a una persona que haya escrito extensamente sobre la Revolución francesa, a saber, François Furet; aun así una tercera parte del grupo la componen historiadores o eruditos con amplios conocimientos históricos.

23. «Pendant trente années les modes idéologiques parisiennes s'accompagnèrent à chaque fois d'une réinterprétation du marxisme», Raymond Aron, *Memoires*, París, 1983, p. 579.

conocido como baluarte de la izquierda republicana, tenían carnets del PCF.[24] (Antes de la guerra el Barrio Latino estuvo dominado más bien por estudiantes de ultraderecha.) Sea como fuere, tanto si los intelectuales pertenecían al partido como si no, lo cierto es que «desde la Liberación hasta 1981, el PCF ejerció una fascinación serpentina sobre la *intelligentsia* radical de Francia» porque representaba la base popular de la izquierda (de hecho, con el declive del viejo Partido Socialista antes de que Mitterrand lo reconstruyera sobre una nueva base, fue prácticamente la única fuerza representativa de la izquierda).[25] Además, dado que casi todos los gobiernos desde el final de la unidad antifascista (1947) hasta los ochenta fueron, con momentáneas excepciones, del centro y de la derecha (gaullista), los intelectuales raramente se sintieron tentados a abandonar sus posiciones en la oposición de izquierdas. El replanteamiento de las perspectivas políticas de la izquierda, que las experiencias europeas de los cincuenta y los sesenta pudieron sugerir, se pospuso hasta después del gaullismo, y durante un breve lapso de ilusión y retórica rebelde (al final de los sesenta), incluso llegó a parecer innecesario. La jubilación del general y el final de las ilusiones de 1968 también señalaron el final de la hegemonía intelectual marxista. En Francia, el retroceso fue de lo más drástico, porque la brecha entre la alta teoría abstracta y la realidad social a la que supuestamente hacía referencia había llegado a ser prácticamente infranqueable (salvo a través de telas de araña de una sutileza filosófica que no podía soportar el menor peso). En cualquier caso, la moda intelectual dicta los colores ideológicos que hay que vestir en cada ciclo, igual que la alta costura dicta los colores de cada temporada. Pronto fue más difícil encontrar marxistas que positivistas de la vieja escuela, y a los que sobrevivieron a

24. Ladurie, *Paris-Montpellier*, pp. 44-45.

25. Tony Judt, *Marxism and the French Left*, Oxford, 1986, p. 183.

la guerra se les consideraba anticuados. Incluso antes de su muerte, Jean-Paul Sartre ya era alguien que mejor no nos molestara. Cuando tras su muerte un editor norteamericano quiso comprar los derechos de la biografía que naturalmente supuso en preparación, descubrió que ningún editor francés pensaba que valiera la pena encargar semejante trabajo.[26] Sartre había desaparecido en el quinto *Arrondissement*, aunque el éxito de la biografía de Annie Cohen-Solal en Francia y en algunos otros países demostró que su nombre todavía significaba algo para un público más amplio.

Esta crisis del marxismo francés afectó a la Revolución francesa por razones generales y específicas. En términos generales, la Revolución, y especialmente el jacobinismo, fue, como hemos visto, la imagen sobre la que se formó la izquierda francesa. Específicamente, tal como Tony Judt argumentó persuasivamente, la historia revolucionaria francesa *reemplaza* en gran medida a la teoría política de la izquierda francesa.[27] Por eso el rechazo de las viejas creencias radicales implica automáticamente un ataque revisionista contra la historia de la Revolución. Pero tal como Judt supo advertir, no se trata de un ataque contra la interpretación marxista sino contra lo que los intelectuales radicales franceses hicieron a partir de 1840 (y, como hemos visto, lo que los intelectuales liberales

26. De hecho, se encontró un autor, el libro se encargó (en francés) desde Nueva York y los derechos se vendieron a los franceses.

27. Tony Judt, *Marxism and the French Left*, Oxford, 1986, p. 177: «Los momentos simbólicos de la experiencia revolucionaria de 1789-1794, y en menor medida 1848 y 1871, forman parte del vocabulario de todos los pensadores académicos como puntos de referencia intelectual. No sólo la mayor parte de escritores mayores de treinta años deben la comprensión de su entorno político a los trabajos de estos eruditos (Mathiez, Georges Lefebvre, Albert Soboul, así como Jaurès y Lucien Herr), sino que los intelectuales franceses están forzosamente obligados a recurrir a ellos cuando buscan un esqueleto donde articular el cuerpo de su pensamiento. La Revolución francesa, comprendida como un proceso, explica en última instancia todas las contingencias sin resolver de la realidad política francesa».

franceses habían hecho a partir de 1910). Consiste en un ataque al principal stock de la tradición intelectual francesa. Por eso Guizot y Comte son necesariamente tan víctimas como Marx.

Sin embargo, existen razones no intelectuales por las que a partir de 1970 esta degradación de la Revolución francesa empezó a ser menos impensable que antes. La primera es específicamente francesa. La profunda transformación del país a partir de la segunda guerra mundial ha hecho que en algunos aspectos sea irreconocible para quienes lo conocieron antes de la misma. Gran parte del escepticismo sobre la cuestión de si la Revolución fue una revolución burguesa surge de la comparación entre la Francia moderna, industrial, tecnológica y urbana de hoy y la sorprendentemente rural y pequeñoburguesa Francia del siglo XIX; entre la Francia de los cuarenta, con un cuarenta por ciento de población rural, y la Francia de los ochenta donde sólo un diez por ciento de la población se dedica a la agricultura. La transformación económica del país a partir de la segunda guerra mundial no tiene nada que ver con 1789. Entonces, el observador puede reflexionar, ¿qué hizo la revolución burguesa a favor del desarrollo capitalista? La pregunta no carece de base, aunque es fácil pasar por alto el hecho de que para lo que era corriente en el siglo XIX, Francia contaba con una de las economías más desarrolladas e industrializadas, y de que el contraste de otras economías entre 1870 y 1914 con toda probabilidad es igualmente chocante.

Una vez más, la opinión de que la Revolución no fue significativa para Francia, opinión revitalizada por Furet y otros durante el bicentenario, según la cual ésta terminó y su obra está concluida, puede llegar a comprenderse si apreciamos la extraordinaria discontinuidad entre la política del país antes y después de la Cuarta República (es decir, la extraordinaria continuidad desde 1789 hasta 1958). Durante todo ese período la línea divisoria entre la izquierda y la derecha separaba a quienes aceptaban 1789 de quienes lo rechazaban, y esto, tras la

desaparición de la opción «bonapartista» (que en términos franceses era una subvariante de la tradición revolucionaria), separaba a quienes creían en la República de quienes la rechazaban. La segunda guerra mundial marca esta transformación. A diferencia de Pétain, cuyo régimen tenía los rasgos clásicos de la reacción anti-1789, De Gaulle, a pesar de proceder de la tradición católico-monárquica, fue el primer líder genuinamente republicano de la derecha. La política de la Quinta República fue realmente distinta de la de sus predecesoras, aunque incluso la Cuarta, con la eliminación temporal de la vieja ultraderecha y la (también temporal) preeminencia de un partido demócrata-cristiano, se apartó asimismo de la tradición. Ciertamente, la izquierda republicana tradicional también surgió, aparentemente más poderosa que nunca, de la Resistencia a la ocupación, la cual devino la legitimación ideológica de la Francia de posguerra para toda una generación. Y la izquierda republicana, en sus versiones radical, socialista y comunista, fusionó la tradición de 1789 con la de la Resistencia. Sin embargo, esa izquierda, dada su organización, pronto perdería fuerza o se vería aislada. El socialismo radical, de gran importancia en la Tercera República, se desvaneció, y ni siquiera el talento de Pierre Mendès-France pudo detener su decadencia. El Partido Socialista apenas sobrevivió en la Cuarta República y parecía destinado a desaparecer hasta que François Mitterrand lo reorganizó a principios de los setenta de un modo que tenía muy poco que ver con la vieja Sección Francesa de la Internacional Socialista. El Partido Comunista se mantuvo durante una generación dentro de una especie de gueto o fortaleza, cuyas defensas mantenían a raya las incursiones del siglo XX, hasta que en los ochenta sufrió un espectacular declive. Apenas sorprende que los jóvenes e incluso los no tan jóvenes alumnos de la Escuela Nacional de Administración (de la posguerra) y otros tecnócratas políticos vieran la Revolución francesa como algo remoto.

Pero esto no fue así hasta los años cuarenta. Incluso en términos personales, la Revolución estaba al alcance de los jóvenes que (como este autor) cantaron versiones de la revolucionaria *Carmañola* dirigidas contra los reaccionarios, en las manifestaciones del Frente Popular en los años treinta. Los jóvenes revolucionarios de esos años estaban bastante próximos a Gracchus Babeuf, cuya *Conspiración de los Iguales* seguía recordándose gracias a la influyente obra de su camarada Filippo Buonarroti (1761-1835).[28] Éste, de quien se ha dicho que fue «el primer revolucionario profesional», encabezó esas vanguardias revolucionarias de las que su seguidor Auguste Blanqui (1805-1881) llegó a ser líder e inspiración, transformando al pueblo jacobino en el «proletariat» del siglo XIX.[29] La Comuna de París de 1871 constituyó el breve lapso de triunfo de estos comunistas franceses premarxistas. Su último superviviente, Zéphyrin Camélinat (nacido en 1840), murió siendo miembro del Partido Comunista en 1932.

Lo que es más, la historiografía académica de la Revolución francesa era parte integrante de esa Tercera República cuya permanencia política estaba garantizada por la unión de los descendientes del liberalismo de 1789 y del jacobinismo de 1793 contra los enemigos de la Revolución y de la República. Esto era así incluso biográficamente. Sus grandes historiadores fueron hombres del pueblo, de familias campesinas, artesanas u obreras, hijos o pupilos de esos maestros de enseñanza primaria que fueron el clero seglar de la República (Soboul, Vovelle); hombres que alcanzaron las cumbres académicas a través de la estrecha, pero sin embargo accesible, apertura que el sistema educacional republicano concedía al talento, y que estaban decididos a trabajar por su reconocimiento académico

28. Filippo Buonarroti, *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf*, 2 vols., Bruselas, 1828. Véase Samuel Bernstein, *Buonarroti*, París, 1949.

29. Véase Elisabeth Eisenstein, *The First Proffessional Revolutionist: Filippo Michele Buonarroti*, Cambridge, 1959.

mientras seguían ejerciendo de profesores en institutos a lo largo de gran parte de su carrera. Eran franceses de la época en la que el órgano teórico *de facto* de la República, el satírico *Le Canard Enchaîné,* se dirigía a un público esencialmente masculino formado por empleados de Correos y Telégrafos en ciudades como Limoges, que aborrecían al clero y degustaban buenos vinos en los cafés, que se resistían a pagar unos impuestos por definición excesivos y tenían opiniones cínicas sobre los senadores socialistas radicales. Esa Francia hoy aparece remota, e incluso hombres apasionadamente entregados a la tradición revolucionaria como Régis Debray hablan con sentimentalismo e ironía de ella como «el jardín de la Francia de los años treinta, ese hexágono acogedor de colinas y arboledas, de concejales locales y trescientas variedades de queso, al que el radicalismo incorporó su gorro frigio y Jean Giraudoux sus metáforas».[30]

Estos historiadores pertenecieron a la Francia pretecnológica y antigua, hasta el punto de que el gran Mathiez se mantenía en contacto con el mundo sin teléfono y que ni él ni Georges Lefebvre tenían máquina de escribir ni sabían mecanografiar.[31] No eran ricos ni seguían la moda, estaban integrados en ciudades de provincias, y si llegaron a Marx fue por el nada teórico camino del «hombre del pueblo» que busca la postura más radical de todo el espectro político.

La suya no era la Francia de hoy, donde los ejecutivos junior (*jeune cadre*) y los intelectuales de los medios de comunicación son personajes mucho más preponderantes que el catedrático, y donde incluso las instituciones que proporcionaban la educación

30. Régis Debray, *Que Vive La République*, París, 1989, p. 48, es una espléndida filípica contra quienes se sentían incómodos por tener que celebrar el bicentenario de la Revolución, escrita con brío y veneno. Giraudoux, persona ingeniosa donde las haya, escritor y dramaturgo, muy apreciado antes de 1939 pero poco considerado a partir de 1945 (debido a su postura política), por fin ha conseguido ser incluido en la colección *Pléiade* de clásicos franceses.

31. Godechot, *Un Jury pour la Révolution*, París, 1974, p. 324.

superior a los jóvenes brillantes de orígenes modestos, las (no parisienses) Escuelas Normales Superiores, están siendo progresivamente invadidas por los hijos de la clase media alta.[32]

Bajo estas circunstancias no es sorprendente que hoy la Revolución parezca considerablemente más alejada de la realidad de Francia que en los años treinta, por no citar la primera década del siglo, a consecuencia del asunto Dreyfus, cuando Francia todavía estaba convulsionada por la lucha entre quienes ensalzaban a los destructores de la Bastilla y quienes los execraban. El propio París, la ciudad de la Revolución por excelencia, actualmente es el hábitat aburguesado de las clases medias, al que acuden diariamente a trabajar desde los suburbios exteriores y las ciudades satélite quienes una vez se denominaron «el pueblo», y que al anochecer dejan vacías las calles y cerrados los *bistrots* de las esquinas. En 1989 su alcalde era un ex primer ministro conservador y el líder de la derecha francesa, y su partido controlaba no sólo el ayuntamiento sino todos y cada uno de los veinte *arrondissements* de la capital. Si Francia ha cambiado tan drásticamente, ¿por qué no la historia de la Revolución?

El revisionismo histórico fuera de Francia estaba mucho menos politizado, en todo caso desde los días de Cobban, cuya revulsión contra Georges Lefebvre sólo puede comprenderse en el contexto de los temores liberales ante el comunismo soviético y ante la expansión soviética en los años de la primera Guerra Fría. El propio Cobban participó en la Guerra Fría hasta el punto de denunciar a su propio alumno, el profesor George Rudé, cuya carrera académica, en consecuencia, no pudo desarrollarse en Gran Bretaña sino en Australia del Sur y más tarde en Canadá. La mayoría de investigadores revisionistas ya no se dejan llevar por tales pasiones. Entonces,

32. Pierre Bourdieu, *La Noblesse d'État: Grandes écoles et esprit de corps*, París, 1989, p. 296.



¿cómo podemos explicar la retirada general de la interpretación tradicional durante el último cuarto de siglo?

Por supuesto, una razón es que los historiadores se han visto motivados por incentivos cada vez más apremiantes en la medida en que la propia profesión se expandía: lo que Crane Brinton en su crítica de Cobban llamó «la obligación (una palabra más suave no bastaría) que pesa sobre el historiador, y particularmente sobre el joven erudito que quiere establecerse, de ser original ... El historiador creativo, como el artista creativo, tiene que producir algo tan nuevo como una "interpretación". En resumen, tiene que ser *revisionista*».[33] La Revolución francesa no es en absoluto el único campo de la historia donde el incentivo para producir una versión revisionista, es decir, para rechazar las opiniones establecidas, sea apremiante. Se hace particularmente visible en este campo porque la propia Revolución es un elemento central de nuestro paisaje histórico y porque (por esa misma razón) su estudio en las universidades norteamericanas y británicas se ha cultivado más que la mayoría de otros períodos referidos a estados extranjeros. Pero aunque esto dé cuenta de parte del revisionismo en este campo, no puede dar cuenta de todo él.

Es evidente que el liberalismo anticomunista también es un factor importante, y ha sido así desde que J. L. Talmon empezó a explorar esta línea de pensamiento (utilizando un tipo de discurso algo distinto) en sus *Origins of Totalitarian Democracy* a finales de los cuarenta.[34] Sería un error prescindir de los historiadores liberales para quienes el jacobinismo debe rechazarse debido a la progenitura ideológica que produjo, aunque en los ochenta es más fácil comprender estos sentimientos cuando proceden de intelectuales de países comunistas.

33. Brinton, p. 317.

34. J. L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, 1952.

Danton, la película de Wajda de 1982, es obvio que no trata tanto sobre París en el año II como sobre Varsovia en 1980. Sin embargo, este es un factor menor.

Por otra parte, los factores que ya se han señalado en el caso francés también ayudan a explicar la ascensión del revisionismo en otros lugares, incluso aunque haya generado menos rencores políticos, ideológicos y personales que en París. En algunos aspectos, el contexto del revisionismo no francés es más esclarecedor, pues nos permite ver que en él interviene algo más que el receso internacional del marxismo, que por supuesto interviene. El marxismo, como hemos visto, integró la tradición liberal francesa en el siglo XX y la historiografía republicana de izquierdas en su modelo histórico de cambio mediante la revolución. Al final de la segunda guerra mundial, una versión monolítica y monocéntrica del marxismo, encarnada en la ideología de los partidos comunistas alineados con Moscú, conoció su apogeo, y los propios partidos, tras el período más brillante de su historia, estaban en la cima de su poder, tamaño e influencia (que también ejercían sobre los intelectuales de izquierda de toda Europa). Por razones prácticas, «marxismo» significaba este conjunto de doctrinas, pues las demás organizaciones que pretendían representar esta teoría eran (con raras excepciones) políticamente negligibles, y los teóricos no ortodoxos, pertenecieran o no a un partido comunista, solían verse aislados y marginados incluso si estaban en las filas de la extrema izquierda.[35] La unidad antifascista nacional e internacional que hizo que esto fuese posible empezó a romperse visiblemente en 1946-1948, pero, paradójicamente, la primera Guerra Fría ayudó a mantener unidos a

35. El grupo de intelectuales marxistas no estalinistas más importante de Occidente, la Comunidad Trotskista de Nueva York, ya se estaba desintegrando, y muchos de sus miembros más preeminentes estaban tomando direcciones que los llevaban fuera del marco de la izquierda, aunque todavía no comulgaran con el conservadurismo militante.

los comunistas (es decir, a los marxistas), hasta que aparecieron las primeras grietas en el propio Moscú en 1956.

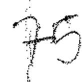
Las crisis que se sucedieron en Europa del Este en 1956 produjeron un éxodo masivo de intelectuales de los partidos comunistas occidentales, aunque no necesariamente de la izquierda o de la izquierda de orientación marxista. Durante la siguiente década y media, el marxismo devino políticamente pluralista, dividido entre los partidos comunistas de distintas creencias y lealtades internacionales, los grupos marxistas disidentes con opiniones diversas que ahora adquirían cierta relevancia política (por ejemplo, las sectas rivales del trotskismo), nuevas agrupaciones revolucionarias atraídas por lo que pasó a ser la ideología de la revolución social por excelencia, y otros movimientos o corrientes de la extrema izquierda sin una organización clara en las que Marx competía con los que él mismo habría reconocido como herederos de Bakunin. Los viejos partidos comunistas ortodoxos, más o menos alineados con Moscú, probablemente siguieron siendo el principal componente de la izquierda marxista en el mundo no socialista, pero incluso en su seno el marxismo dejó de aspirar a una unidad monolítica, y se aceptó una gran variedad de interpretaciones marxistas, a menudo relacionadas con famosos pero hasta entonces marginados escritores marxistas del pasado, o que intentaban casar a Marx con doctrinas académicas importantes o de moda.

La extraordinaria expansión de la educación superior creó un cuerpo de estudiantes e intelectuales muchísimo mayor, tanto relativa como absolutamente, que los conocidos hasta entonces, y ello trajo aparejada la radicalización política de los sesenta, de la que fueron las fuerzas de choque un gusto inusual por la lectura y la discusión teórica y por el uso de una jerga basada en frases tomadas de los teóricos académicos. Paradójicamente, el momento más álgido de este nuevo aunque confuso florecimiento del marxismo coincidió con la cresta de la ola de prosperidad global (el *boom* de los años anteriores a la crisis del petróleo de 1973). En los setenta y los ochenta la izquierda marxista tocaba retirada ideológica y políticamente. Por aquel entonces la crisis afectaba no sólo al marxismo no gubernamental, sino también a las hasta entonces rígidas y oficialmente obligatorias doctrinas de los regímenes comunistas (que, no obstante, dejaron de compartir una única versión dogmática de su religión de Estado). La Revolución francesa, como parte del pedigrí marxista, fue víctima evidente de este proceso.

Pero en un sentido más general, la profunda transformación social, económica y cultural del globo a partir de 1950 (especialmente en los países capitalistas desarrollados) sólo podía llevar a un replanteamiento en el seno de la izquierda marxista, o mejor entre las cada vez más divididas izquierdas marxistas. Así, los cambios de postura del proletariado industrial, que aunque había mostrado signos de querer serlo, ya no parecía suficientemente amplio como para ser el enterrador del capitalismo, junto con los cambios en las estructuras y las expectativas del capitalismo estaban destinados a roer los límites de las teorías tradicionales de la revolución, tanto burguesa como proletaria, de las que la interpretación de la Revolución francesa formaba parte integrante. De hecho, en los sesenta algunos marxistas (en Gran Bretaña, por ejemplo) empezaron a preocuparse por saber en qué consistía exactamente una revolución burguesa y si dicha revolución, caso de producirse, realmente le daba el poder a la burguesía, y pudo advertirse una clara retirada de la postura clásica.[36]

Pero esta discusión trascendió el ámbito marxista. La

36. Para una bibliografía de este debate, véase Perry Anderson, «The Figures of Descent», *New Left Review*, 161 (1987), p. 21, que consiste en una aportación de finales de los años ochenta. Véase también Tom Nairn, *The Enchanted Glass: Britain and Its Monarchy*, Londres, 1988, especialmente p. 378 y ss., y la crítica de este libro por A. Arblaster en *New Left Review*, 174 (1989), pp. 97-110.



cuestión de la revolución burguesa fue clave en numerosos debates entre historiadores que no eran marxistas en absoluto (salvo en la medida en que la mayoría de historiadores serios, a lo largo de los últimos quince años han absorbido gran parte del análisis y de la problemática marxista), así como en los debates de los años sesenta y setenta sobre las raíces del nacionalsocialismo alemán. Si hubo un Sonderweg que condujo hasta Hitler, se debió al fracaso de la revolución burguesa alemana de 1848, mientras que en Francia y Gran Bretaña el liberalismo contó con el refuerzo de una revolución victoriosa (burguesa o no). Por otra parte, los críticos de la tesis de Sonderweg argumentaron que la burguesía alemana tuvo la sociedad burguesa que quería o necesitaba a pesar de no haber llevado a cabo una revolución.[37] No obstante, con o sin revolución, ¿consiguió sus objetivos en algún lugar la burguesía? ¿Acaso a finales del siglo XIX el Antiguo Régimen no sobrevivía en casi toda Europa, como bien señaló un historiador de izquierdas?[38] Seguramente, se contestaba con convicción, incluso en la primera economía industrial los industriales no eran ni la clase dirigente ni mucho menos los miembros más ricos e influyentes de la clase media.[39] De hecho, ¿qué *era* la burguesía del siglo XIX? La historia social, concentrada durante una generación en el estudio de la clase obrera, se dio cuenta de que sabía realmente muy poco sobre las clases medias y se dispuso a remediar su ignorancia.[40]

37. Para un análisis de este debate por un germanista británico, véase Richard Evans, «The Myth of Germany's Missing Revolution», *New Left Review* 149 (enero-febrero de 1986), pp. 67-94.

38. Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Nueva York, 1981 (hay trad. cast.: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1984). Cf. David Cannadine: «Muchos historiadores han dejado de creer que el siglo XIX fuese testigo del triunfo de las clases medias ... No hay ninguna razón que explique... por qué se colapsó la civilización burguesa ... De hecho nunca llegó a conquistar el primer puesto». Crítica de E. J. Hobsbawm, *The Age of Empire* en *New Society* (23 de octubre de 1987), p. 27.

39. William Rubinstein, «The Victorian Middle Classes: Wealth Occupation and Geography», *Economic History Review*, 30 (1977), pp. 602-623, y otros estudios similares del mismo autor.

La cuestión era algo más que puramente académica. En la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, los defensores de su régimen neoliberal radical explicaron que el declive de la economía británica se debía al fracaso del capitalismo británico para romper definitivamente con el pasado aristocrático no capitalista, y en consecuencia a la dificultad de abandonar valores que interferían en el crecimiento del mercado: de hecho, Thatcher estaría acabando la revolución burguesa que Cromwell dejó sin terminar.[41] (Paradójicamente, esta línea de argumentación coincidió con otra que una corriente del marxismo británico había utilizado para sus propios propósitos.)

En resumen, el revisionismo sobre la historia de la Revolución francesa no es más que un aspecto de un revisionismo mucho más amplio sobre el proceso del desarrollo occidental (y luego global) hacia, y en, la era del capitalismo. No afecta sólo a la interpretación marxista, sino a la mayoría de interpretaciones históricas de estos procesos, pues a la luz de los extraordinarios cambios que han transformado el mundo desde el final de la segunda guerra mundial, todos parecen defender la necesidad de reflexionar. No existe un precedente histórico de cambios tan rápidos, profundos y (en términos socioeconómicos) revolucionarios en un período tan breve. Muchas cosas que al principio pasaron inadvertidas se hicieron patentes a la luz de esta experiencia contemporánea. Muchas cosas que se dieron por sentadas aparecen cuestionables. Además,

40. El trabajo más ambicioso en este campo es J. Kocka, ed., *Bürgerlichkeit im 19. Jarhundert, Deutschland im europäischen Vergleich*, 3 vols., Munich, 1988.

41. El profesor Norman Stone en *The Sunday Times* (6 de marzo de 1988), citado en E. J. Hobsbawm, *Politics for a Rational Left*, Londres, 1989, p. 224 (hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, en preparación). Más general: James Raven, «British History and the Enterprise Culture», *Past and Present*, 123 (mayo de 1989), pp. 178-204, especialmente pp. 190-191.

no sólo los orígenes históricos y el desarrollo de la sociedad moderna requieren ciertas reconsideraciones, sino que encontramos en idéntica situación a los mismísimos objetivos de dichas sociedades, los cuales vienen siendo aceptados desde el siglo XVIII por todos los regímenes modernos, capitalistas y (desde 1917) socialistas, a saber, el progreso tecnológico y el crecimiento económico ilimitados. Los debates sobre lo que tradicionalmente (y legítimamente) se ha considerado el episodio capital del desarrollo del mundo moderno, que constituye uno de sus hitos más destacado, deben situarse en el contexto más amplio del final del siglo XX, reconsiderando su pasado y su futuro en el contexto de la transformación del mundo. Mas la Revolución francesa no debería convertirse retrospectivamente en la cabeza de turco que justifique nuestra incapacidad para comprender el presente.

Con revisionismo o sin él, no olvidemos lo que resultaba obvio para todas las personas con una educación en el siglo XIX y que todavía sigue siéndolo: la relevancia de la Revolución. El mismo hecho de que doscientos años después siga siendo objeto de apasionados debates políticos e ideológicos, tanto académicos como públicos, lo demuestra. Uno no pierde los estribos ante cuestiones muertas. En su segundo centenario, la Revolución francesa no ha derivado en una especie de celebración nacional a lo «Happy Birthday to You» (cumpleaños feliz) como ha sucedido con el Bicentenario de los Estados Unidos, ni en una mera excusa para el turismo. Además, el bicentenario fue un acontecimiento que trascendió lo puramente francés. En una gran parte del mundo los medios de comunicación, de la prensa a la televisión, le dieron un grado de preeminencia que casi nunca se otorga a los acontecimientos relativos a un solo país extranjero, y en una parte todavía mayor del mundo los académicos le concedieron un trato de cinco estrellas. Unos y otros conmemoraron la Revolución con el convencimiento de que era relevante para la realidad contemporánea.

Sin duda, la Revolución francesa fue un conjunto de acontecimientos suficientemente poderoso y universal en su impacto como para transformar *permanentemente* aspectos importantes del mundo y para presentar, o al menos dar nombre, a las fuerzas que continúan transformándolo.

Incluso si dejamos Francia aparte, cuya estructura legal, administrativa y educativa sigue siendo en esencia la que le legó la Revolución que estableció y dio nombre a los departamentos donde viven los franceses, siguen siendo numerosos los cambios permanentes cuyo origen se remonta a la Revolución. La mitad de los sistemas legales del mundo se basan en el código legal cuyas bases sentó. Países tan alejados de 1789 como el Irán fundamentalista son básicamente estados nacionales territoriales estructurados según el modelo que la Revolución trajo al mundo junto a gran parte del vocabulario político moderno.[42] Todos los científicos del mundo, y fuera de los Estados Unidos todos los lectores de este libro, siguen pagando un tributo cotidiano a la Revolución al utilizar el sistema métrico que ésta inventó y propagó. Más concretamente, la Revolución francesa devino parte de las historias *nacionales* de grandes zonas de Europa, América e incluso Oriente Medio, a través del impacto directo sobre sus territorios y regímenes (por no mencionar los modelos ideológicos y políticos que se derivaron de ella, ni la inspiración o el terror que suscitaba su ejemplo). ¿Quién podría comprender la historia de, por ejemplo, Alemania a partir de 1789 sin ella? De hecho, ¿quién podría entender algo de la historia del siglo XIX sin ella?

Por otra parte, si algunos de los modelos establecidos por la Revolución francesa ya no tienen mucho interés práctico, por ejemplo la revolución burguesa (aunque no sería acertado

42. Véase «The Nation State in the niddle East», en Sami Zubaida, *Islam, the People and the State: Essays on Political Ideas and Movements in the Middle East*, Londres y Nueva York, 1988, especialmente p. 173.

de–ir lo mismo de otros, como el estado territorial de ciudada-... o el «estado-nación»), otras de sus innovaciones mantienen su potencial político. La Revolución francesa hizo ver a los pueblos que su acción podía cambiar la historia, y de paso les ofreció el eslogan más poderoso jamás formulado dada la política de democracia y gente común que inauguró: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Este efecto histórico de la Revolución no lo desmiente la demostración de que (salvo momentáneamente) es probable que la mayoría de hombres y mujeres franceses no estuvieran implicados en la Revolución, permaneciendo inactivos y, a veces, incluso hostiles; ni de que la mayoría de ellos no fuesen jacobinos entusiastas; o de que la Revolución francesa viera mucho gobierno «en nombre del pueblo» pero muy poco gobierno *del* pueblo, caso que se da en la mayoría de los demás regímenes a partir de 1789; o de que sus líderes tendían a identificar «el pueblo» con la gente «bienpensante», como también es el caso en algunos otros. La Revolución francesa demostró el poder de la gente corriente de un modo que ningún gobierno posterior se ha permitido a sí mismo olvidar (aunque sólo sea en la forma de ejércitos de reclutas improvisados y mal adiestrados que derrotaron a las mejores y más experimentadas tropas de los antiguos regímenes).

De hecho, la paradoja del revisionismo es que pretende disminuir la significancia histórica y la capacidad de transformación de la revolución, cuyo extraordinario y duradero impacto es totalmente evidente y sólo puede pasar desapercibido mediante la combinación del provincianismo intelectual y el uso de anteojeras,[43] o debido a la miopía monográfica que es

43. Como en la primera frase de la conclusión de Solé, *La Révolution*, p. 337: «Tocqueville et Taine ont vu à juste titre dans la centralisation napoléonienne, le principal résultat de la Révolution». Reducir el efecto de un acontecimiento capital en la historia del mundo a la simple aceleración de una tendencia de la administración del Estado francés es lo mismo que decir que la principal consecuencia histórica del Imperio Romano fue que proporcionó a la Iglesia católica el lenguaje para las encíclicas papales.

la enfermedad profesional de la investigación especializada en archivos históricos.

El poder del pueblo, que no es lo mismo que la versión domesticada de éste expresada en elecciones periódicas mediante sufragio universal, se ve en pocas ocasiones, y se ejerce en menos. Cuando se da, como sucedió en varios continentes y ocasiones en el año del bicentenario de la Revolución francesa (cuando transformó los países de la Europa del Este), es un espectáculo impresionante y sobrecogedor. En ninguna revolución anterior a 1789 fue tan evidente, tan inmediatamente efectivo ni tan decisivo. Fue lo que hizo que la Revolución francesa fuese una revolución. Por eso no puede haber revisionismo alguno sobre el hecho de que «hasta principios del verano de 1789, el conflicto entre "aristócratas" y "patriotas" en la Asamblea Nacional se pareció al tipo de lucha sobre una constitución que sacudió a la mayoría de países europeos a partir de mediados de siglo ... Cuando la gente corriente intervino en julio y agosto de 1789, transformó el conflicto entre elites en algo bastante distinto», aunque sólo fuese porque provocó, en cuestión de semanas, el colapso entre el poder y la administración estatales y el poder de la clase rural dirigente.[44] Esto es lo que confirió a la *Declaración de los Derechos del Hombre* una resonancia internacional mucho mayor de la que tuvieron los modelos norteamericanos que la inspiraron;

44. D. G. M. Sutherland, *France 1789-1815: Revolution and Counterrevolution*, Londres, 1986, p. 49. Las diferencias entre este historiador revisionista canadiense y el historiador francés (Solé, *La Révolution*), que a menudo no hace más que parafrasearlo (compárese Sutherland, p. 49, con Solé, p. 83), son instructivas. El primero considera que lo importante de «La Revolución del Pueblo» es su efecto revolucionario; el segundo, que añade un interrogante al título del capítulo correspondiente y presta menos atención a la cuestión clave de que los soldados dejaran de ser leales, hace hincapié en la similitud entre los movimientos de 1789 y otras protestas populares de siglos anteriores. Esta es precisamente la cuestión: tanto en el verano de 1789 como en febrero de 1917 en Rusia, lo importante no fue la estructura de la revuelta sino su *impacto*.

lo que hizo que las innovaciones de Francia (incluido su nuevo vocabulario político) fuesen aceptadas más rápidamente en el exterior; lo que creó sus ambigüedades y conflictos; y lo que la convirtió en el acontecimineto épico, terrible, espectacular y apocalíptico que le confirió su singularidad, a la vez horripilante e inspiradora.

Esto es lo que hizo que los hombres y mujeres pensaran en ella como «la más terrible y trascendental serie de acontecimientos de toda la historia».[45] Es lo que hizo que Carlyle escribiera: «Para mí, a menudo es como si la verdadera *Historia* (esa cosa imposible a la que me refiero cuando digo Historia) de la Revolución francesa fuese el gran Poema de nuestro Tiempo, como si el hombre que *podría* escribir la *verdad* sobre ella valiera tanto como todos los demás escritores y rapsodas juntos».[46] Y esto es lo que hace que carezca de sentido que un historiador seleccione las partes de ese gran trastorno que merecen ser conmemoradas y las que deberían rechazarse. La Revolución que llegó a ser «el punto de partida de la historia del siglo XIX» no es este o aquel episodio entre 1789 y 1815, sino el conjunto de todos ellos.[47]

Afortunadamente, sigue viva. Pues la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, junto con los valores de la razón y la Ilustración (aquellos sobre los que se ha construido la civilización moderna desde los días de la Revolución norteamericana) son más necesarios que nunca cuando el irracionalismo, la religión fundamentalista, el oscurantismo y la barbarie están ganando terreno otra vez. De modo que bueno es que en el año del bicentenario hayamos tenido ocasión de pensar de nuevo sobre los extraordinarios acontecimientos históricos que transformaron el mundo hace dos siglos. Que sea para bien.

45. Rose, *A Century of Continental History*, p. 1.
46. *Collected Letters of Thomas and Jane Welsh Carlyle*, ed. de C. R. Sanders y K. J. Fielding, Durham, Carolina del Norte, 1970-1981, vol. 4, p. 446.
47. Rose, *A Century of Continental History*, p. 1.

APÉNDICE

Los siguientes pasajes de los cuadernos de Antonio Gramsci, antiguo líder del Partido Comunista Italiano, escritos en una prisión fascista en distintos momentos entre 1929 y 1934, indican el modo en que un revolucionario marxista dotado de una gran inteligencia utilizó lo que consideraba la experiencia y el significado del jacobinismo de 1793-1794, tanto para la comprensión de la historia como para el análisis político contemporáneo. El punto de partida es una serie de reflexiones sobre el Risorgimento italiano cuyo grupo más radical, el Partido de la Acción de Mazzini, se compara desfavorablemente con los jacobinos. Aparte de algunas observaciones interesantes sobre por qué la «burguesía» no es necesariamente la clase política dirigente en los «regímenes burgueses», las notas de Gramsci básicamente abordan la (tácita) comparación de dos «vanguardias» históricas: los jacobinos en el marco de la revolución burguesa y los bolcheviques, al menos en su versión italiana, en la era de la revolución socialista. Resulta evidente que Gramsci veía el cometido de los revolucionarios no sólo en términos de clase, sino (tal vez principalmente) en términos de la nación dirigida por una clase.

Para la fuente de su interpretación del jacobinismo (esencialmente los escritos de posguerra de Mathiez, a quien leyó en prisión) y para un comentario crítico más completo, véase

Renato Zangheri, «Gramsci e il giacobinismo», *Passato e presente, 19: Rivista di storia contemporanea* (enero-abril 1989), pp. 155-164. [El presente texto, traducido por Francisco Fernández Buey, procede de la edición crítica de los *Quaderni del carcere*, al cuidado de Valentino Gerratana, Einaudi, Turín, 1975, vol. 3, 19 (X), 1934-1935, pp. 2.027-2.033.]

* * *

Un aspecto que hay que poner en primer plano a propósito del jacobinismo y del Partido de la Acción es el siguiente: que los jacobinos conquistaron su función de partido dirigente gracias a una lucha sin cuartel; en realidad se «impusieron» a la burguesía francesa conduciéndola a una posición mucho más avanzada que la que habrían querido ocupar «espontáneamente» los núcleos burgueses más fuertes en un primer momento, e incluso mucho más avanzada que lo que iban a permitir las premisas históricas. De ahí los contragolpes y el papel de Napoleón I. Este rasgo, característico del jacobinismo (pero, ya antes, también de Cromwell) y, por tanto, de toda la Gran Revolución, consiste en que un grupo de hombres extremadamente enérgicos y resueltos fuerzan la situación (aparentemente) mediante una política de hechos consumados por la que van empujando hacia adelante a los burgueses a patadas en el trasero. La cosa se puede «esquematizar» así: el Tercer Estado era el menos homogéneo de los estados; contaba con una elite intelectual muy desigual y con un grupo muy avanzado económicamente pero políticamente moderado. El desarrollo de los acontecimientos sigue un proceso de lo más interesante. En un principio, los representantes del Tercer Estado sólo plantean aquellos asuntos que interesan a los componentes del grupo social físicamente presentes, sus intereses «corporativos» inmediatos (corporativos, en el sentido tradicional de inmediato y estrechamente egoístas, de una categoría determinada). Efectivamente, los precursores de la Revolución son reformadores moderados que elevan mucho la voz pero que en realidad piden muy poco. Con el tiempo se va formando por selección una elite que no se interesa únicamente por reformas «corporativas», sino que tiende a concebir la burguesía como el grupo hegemónico de todas las fuerzas populares. Esta selección se produce como consecuencia de dos factores: la resistencia de las viejas fuerzas sociales y la amenaza internacional. Las viejas fuerzas no quieren ceder nada, y si ceden alguna cosa lo hacen con la voluntad de ganar tiempo y preparar una contraofensiva. El Tercer Estado habría caído en estas «trampas» sucesivas sin la acción enérgica de los jacobinos, que se oponen a cualquier parada «intermedia» del proceso revolucionario y mandan a la guillotina no sólo a los individuos de la vieja sociedad que se resiste a morir sino también a los revolucionarios de ayer convertidos hoy en reaccionarios. Por lo tanto, los jacobinos fueron el único partido de la Revolución en acto, en la medida en que representaban no sólo las necesidades y las aspiraciones inmediatas de los individuos realmente existentes que constituían la burguesía francesa, sino también el movimiento revolucionario en su conjunto, en tanto que desarrollo histórico integral. Pues los jacobinos representaban, además, las necesidades futuras y, también en esto, no sólo las necesidades futuras de los individuos físicamente presentes sino de todos los grupos nacionales que tenían que ser asimilados al grupo fundamental existente. Frente a una corriente tendenciosa y en el fondo antihistórica, hay que insistir en que los jacobinos fueron realistas a lo Maquiavelo y no ilusos visionarios. Los jacobinos estaban convencidos de la absoluta verdad de las consignas acerca de la igualdad, la fraternidad y la libertad. Y lo que es más importante: de tales verdades estaban convencidas también las grandes masas populares que los jacobinos suscitaban y a las que llevaban a la lucha. El lenguaje de los jacobinos, su ideología, sus

métodos de actuación reflejaban perfectamente las exigencias de la época, aunque «hoy», en una situación distinta y después de más de un siglo de elaboración cultural, aquéllos puedan parecer «abstractos» y «frenéticos». Reflejaban las exigencias de la época siguiendo, naturalmente, la tradición cultural francesa. Una prueba de ello es el análisis que en *La Sagrada Familia* se hace del lenguaje jacobino, así como la observación de Hegel, quien establece un paralelismo y estima recíprocamente traducibles el lenguaje jurídico-político de los jacobinos y los conceptos de la filosofía clásica alemana, a la cual filosofía, en cambio, se reconoce hoy el máximo de concreción y ha dado origen al historicismo moderno. La primera exigencia consistía en aniquilar las fuerzas adversarias, o al menos reducirlas a la impotencia para hacer imposible una contrarrevolución; la segunda exigencia era ampliar los cuadros de la burguesía como tal y poner a ésta a la cabeza de todas las fuerzas nacionales, identificando los intereses y las reivindicaciones comunes a todas las fuerzas nacionales, para movilizar estas fuerzas y llevarlas a la lucha al objeto de obtener dos resultados: *a*) oponer un blanco más ancho a los golpes de los adversarios, esto es, crear una correlación político-militar favorable a la revolución; *b*) quitar a los adversarios cualquier zona de pasividad en la que hubiera sido posible alistar ejércitos vandeanos. Sin la política agraria de los jacobinos, París ya habría tenido la Vendée a sus puertas. La resistencia de la Vendée propiamente dicha está vinculada a la cuestión nacional, exacerbada en las poblaciones bretonas, y en general alógenas, por la consigna de la «república una e indivisible» y por la política de centralización burocrático-militar, cosas a las que los jacobinos no podían renunciar sin suicidarse. Los girondinos trataron de apelar al federalismo para aplastar al París jacobino, pero las tropas enviadas a París desde las provincias se pasaron a los revolucionarios. Excepto en algunas zonas periféricas, donde el hecho diferencial nacional

(y lingüístico) era muy patente, la cuestión agraria fue prioritaria en comparación con las aspiraciones a la autonomía local: la Francia rural aceptó la hegemonía de París, o sea, comprendió que para destruir definitivamente el viejo régimen tenía que formar un bloque con los elementos más avanzados del Tercer Estado, y no con los moderados girondinos. Si es verdad que a los jacobinos «se les fue la mano», también es verdad que eso se produjo siempre en la dirección del desarrollo histórico real, puesto que los jacobinos no sólo organizaron un gobierno burgués, lo que equivale a decir que hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron más: crearon el Estado burgués, hicieron de la burguesía la clase nacional dirigente, hegemónica, esto es, dieron al nuevo Estado una base permanente, crearon la compacta nación francesa moderna.

Que, a pesar de todo, los jacobinos se mantuvieron siempre en el terreno de la burguesía es algo que queda demostrado por los acontecimientos que sellaron su fin como partido de formación demasiado determinada e inflexible y por la muerte de Robespierre. Manteniendo la ley Chapelier, los jacobinos no quisieron reconocer a los obreros el derecho de coalición, y como consecuencia de ello tuvieron que promulgar la ley del *maximum*. De esta manera rompieron el bloque urbano de París: las fuerzas de asalto, que se reunían en el Ayuntamiento, se dispersaron desilusionadas y Termidor se impuso. La Revolución había topado con los más amplios límites clasistas; la política de alianzas y de revolución permanente había acabado planteando problemas nuevos que entonces no podían ser resueltos, había desencadenado fuerzas elementales que sólo una dictadura militar habría logrado contener. [...]

Las razones de que en Italia no se formara un partido jacobino deben buscarse en el campo económico, es decir, en la relativa debilidad de la burguesía italiana y en el diferente clima histórico de Europa después de 1815. El límite con que toparon los jacobinos en su intento de despertar a la fuerza las

energías populares francesas para unirlas al impulso de la burguesía, o sea, la ley Chapelier y la del *maximum*, aparecía en 1848 como un «espectro», ahora ya amenazador, sabiamente utilizado por Austria, por los viejos gobiernos y también por Cavour (además de por el papa). Ahora la burguesía ya no podía (tal vez) ampliar su hegemonía sobre los amplios estratos populares, que, en cambio, había podido abrazar en Francia (no podía por razones tanto subjetivas como objetivas), pero la acción sobre los campesinos seguía siendo, ciertamente, posible.

Diferencias entre Francia, Alemania e Italia en el proceso de toma del poder por parte de la burguesía (e Inglaterra). En Francia se da el proceso más rico en desarrollos y aspectos políticos activos y positivos. En Alemania el proceso adquiere formas que en ciertos aspectos se parecen a lo ocurrido en Italia y que en otros son más parecidas a las inglesas. En Alemania el movimiento del 48 fracasó por la escasa concentración burguesa (fue la extrema izquierda democrática la que dio la consigna de tipo jacobino: «revolución permanente») y porque el problema de la renovación estatal se cruzó con el problema nacional. Las guerras del 64, del 66 y del 70 resuelven a la vez la cuestión nacional y la de clase en un tipo intermedio: la burguesía obtiene el gobierno económico-industrial, pero las viejas clases feudales se mantienen como estrato gobernante del Estado político con amplios privilegios corporativos en el ejército, en la administración y sobre la tierra. Pero, aunque estas viejas clases conservan en Alemania tanta importancia y gozan de tantos privilegios, al menos ejercen una función nacional, se convierten en «la intelectualidad» de la burguesía con un determinado temperamento que se debe al origen de casta y a la tradición. En Inglaterra, donde la revolución burguesa se desarrolló antes que en Francia, tenemos un fenómeno similar al alemán, un fenómeno consistente en la fusión entre lo viejo y lo nuevo. Y ello, a pesar de la extrema energía

del «jacobinismo» inglés, es decir, de los «cabezas redondas» de Cromwell. La vieja aristocracia permanece como estrato gobernante, con ciertos privilegios; se convierte, también ella, en capa intelectual de la burguesía inglesa (por lo demás, la aristocracia inglesa tiene una estructura abierta y se renueva continuamente con elementos provenientes de la intelectualidad y de la burguesía). A este respecto hay que ver ciertas observaciones contenidas en el prólogo a la traducción inglesa de *Utopia o Scienza*, observaciones que conviene recordar para la investigación sobre los intelectos y sus funciones histórico-sociales.

La explicación que ha dado Antonio Labriola de la permanencia de los *junkers* en el poder y del kaiserismo en Alemania, a pesar de su gran desarrollo capitalista, encubre la explicación justa, a saber: la relación entre las clases a que dio lugar el desarrollo industrial, al alcanzarse el límite de la hegemonía burguesa e invertirse las posiciones de las clases progresivas, convenció a la burguesía de que no había que luchar a fondo contra el viejo régimen, sino dejar que siguiera existiendo una parte de su fachada tras la cual velar el propio dominio real.

ÍNDICE ALFABÉTICO

83





ÍNDICE